

LA PROVINCIA ORIENTAL
DE LA
REPUBLICA DEL ECUADOR

APUNTES DE VIAJE

R. GÁCERES S. J.

QUITO

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD.

1892.

Comprado al Sr. D. Monoz

91-CASE

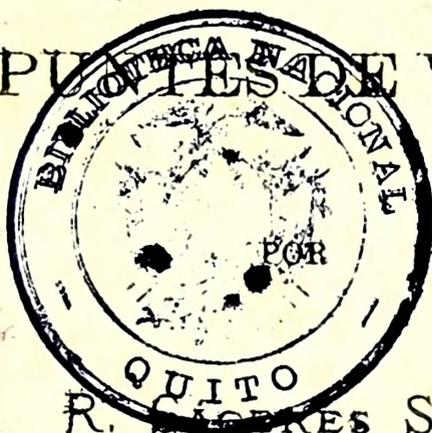
LA PROVINCIA ORIENTAL

H-16

DE LA

REPUBLICA DEL ECUADOR

APUNTES DE VIAJE



R. GONZALEZ S. J.

20 000 libros religiosos
 y otros de sujeción.
 A PRECIO DE POCO
 TEXTOS
 Utiles de escritorio.
 Papelaria. Locales.
 ALMACEN
 Pasaje ROYAL
 Calle de la Compañía
 Aparado No. 515.

QUITO

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD.

1892.

4586

411. 4566 41
C118

Aunque por relación de los Padres misioneros de la Compañía de Jesús, que hace veintitrés años evangelizan las tribus que pueblan la provincia Oriental del Ecuador, ésta no me era del todo desconocida, y aun había repetidas veces hecho algunas excursiones por parte de sus bosques; pero no había llegado nunca á su parte principal, ni navegado por sus históricos y caudalosos ríos. Y lo deseaba vivamente, así por cierta particular afición y curiosidad científica, como principalmente para formarme idea por mí mismo del estado actual de aquella región y de sus poblaciones, y ayudar en cuanto de mí dependiese á la obra de su cristiana civilización.

Pude al fin cumplir mis deseos, y verifiqué mi excursión en los últimos meses de 1891, época la más oportuna para viajar por las vertientes de la cordillera oriental, y por consiguiente aun para hacer algunos estudios y tomar datos geográficos y físicos algo más fundados que los que suelen darse por los que copian á los primeros que aseguraron muchas cosas sin haberlas visto. Disponía para el efecto de algunos instrumentos de precisión para medir ángulos; de barómetro, varios termómetros, brújula de nivel, y además de un pequeño laboratorio para algunos ensayos químicos.

Doy estos apuntes de viaje á la prensa, cediendo á las repetidas instancias de personas para mí muy respetables, y en especial del Supremo Gobierno y de muchos HH. Representantes de la Nación, ansiosos como yo de mirar por el verdadero adelanto de aquellas importantísimas comarcas. Hubieran acompañado este trabajo algunos planos, el perfil del camino, y dibujos de los principales pueblos, de los tipos de los indios, de sus armas y utensilios domésticos; pero la falta de una oficina litográfica me obligan á dejar su publicación para tiempo más oportuno.

Quito, 1º de julio de 1892.

LA PROVINCIA ORIENTAL

DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

I.

DE QUITO A ARCHIDONA.

PASO DE LA CORDILLERA ORIENTAL.—ÚLTIMOS PUEBLOS DE LA
PROVINCIA DEL PICHINCHA.

El viaje á la provincia Oriental se emprende hoy, como hace más de tres siglos, de modo que se pase la cordillera oriental, sino precisamente como Gonzalo Pizarro por el pueblo del Inca, que no existe, á lo menos por la hacienda del mismo nombre, que parece la sustituyó, ó por algún punto cercano, para tomar luego, entre los cerros del Inca y el Tablón, una estrecha garganta que conduce suavemente á una depresión de la cordillera llamada Guamaní, al otro lado de la cual se encuentra Cushnitambo y Papallacta. El camino desde Quito puede hacerse sin fatiga en dos partes: la primera es un agradable paseo por la pintoresca carreterita de Guápulo, Cumbayá, Tumbaco y Pifo, y la segunda de cuatro ó cinco horas de subida hasta una altura de 4200 metros y bajada de otras tres horas por cenagosos páramos hasta Papallacta (3.127 metr.) En buenas caballerías habituadas á caminar por la cordillera, y en un día sereno puede ser deliciosa la ascensión á Guamaní, divisando desde las sucesivas cumbres panoramas de los más encantadores, ya de todo el gran valle de Pifo á Yaruquí, ya del de Chillo sembrado de pintorescas haciendas, que resaltan

blancas en fondo verde; gozando, al dominar el filo de la cordillera, del estupendo espectáculo del coloso de nieve, el Antisana, que parece tocarse con las manos. Preséntase después encantadora la preciosa laguna de Papallacta, formada por el blanquísimo torrente que se desprende de los pliegues occidentales del Antisanilla, que al encontrar cerrado el paso por muralla de rojiza lava llena con su raudal un pintoresco vallecillo cercado de espeso bosque de árboles antiquísimos, de cuyas ramas penden las orquideas más preciadas del Ecuador.—Pero también, y es lo más común, el viajero puede verse sorprendido de lluvias torrenciales, de tempestades y ventiscas que hacen peligrosísimo el ascenso y el paso de Guamaní, y en vez de los hermosos panoramas, llevar fija la vista en los abismos á donde á cada paso puede deslizarse, ó en los cenagosos prados donde se hunde, y traspasado de frío descender por escalones de informe palizada á la desgraciada Papallacta. El que esto escribe ha experimentado ambas suertes; y por esto se da cuenta así de las poéticas descripciones de algún viajero, como de las funestas escenas que describen los más. En realidad, de Quito á Papallacta no hay arriba de 50 kilómetros, y no es su camino de los peores de nuestras cordilleras. En la expedición que da ocasión á estas líneas, el 25 de octubre salí de Quito y llegué en cosa de tres horas al hermoso Colegio que la Compañía de Jesús tiene en las cercanías de Pifo, donde se educan los futuros misioneros del Napo, y otro día, con un cielo y horizonte despejadísimo, trasmonté la cordillera y entré en Papallacta á las 2 de la tarde, deteniéndome en los principales puntos para borrar algunas vistas, y notar sobre todo la temperatura y las principales alturas barométricas.

PAPALLACTA, que es un puñado de casas pajizas sembradas en la ladera setentrional de un ameno vallecito por donde serpentea el río Maspá, no puede de ningún modo llamarse *nido de buitres*, como lo hace un reciente viajero, ni menos de guarida á una tribu de caníbales, como parece indicarlo el mismo. Tendrán sus moradores los vicios comunes á su raza, serán interesados, y en sus fiestas aficionados á la bebida, algo escusables en cuanto al licor, por el intenso frío que allí se experimenta, y tal que en algunos meses obliga á todos á abandonar por completo el pueblo y buscar abrigo en sus tambos lejanos. Por más de once años he tratado con estos indios, y me parecen fieles á toda prueba, de piedad verdadera, y de profundo respeto sobre todo á los sacerdotes. Con ellos he viajado, de ellos he recibido más de una vez las más delicadas atenciones, y en su compañía no tendría el menor recelo de lan-

zarme por esos bosques impenetrables. La expedición norteamericana de Mr. James Orton, publicada en New-York 1871, dió muy notables pormenores acerca de Papallacta, y celebró con justa razón al que entonces era el verdadero patriarca de esa tribu Carlos Caluatijo, cuya numerosa descendencia forma la mayoría de la actual población. Traté años después con ese venerable anciano, y no me parecieron exageradas las alabanzas de Mr. Orton. Papallacta tiene su iglesia entarimada, muy limpia y bien provista de vasos y paramentos sagrados; y sus niños acuden con entusiasmo á la escuela que de nuevo ha reorganizado el celoso Subdirector de estudios del Pichincha, á cuya provincia pertenece el pueblo. La población total es de 48 familias, la mayor parte de ellas relativamente acomodadas, cada cual con sus ganados, y ocupadas en la fabricación de bateas y tablas que traen á Quito y á los pueblos circunvecinos, para llevar en cambio maíz, ya que no les es suficiente el fruto de su rudimentaria agricultura. Sus caballos son de raza especial: de muy pequeña alzada, pero de suma resistencia y firmeza para andar por riscos y derrumbaderos, y en los que, mejor que en otra alguna cabalgadura, puede uno aventurarse á pasar las profundas ciénagas, conocidas con el nombre de tembladeras. Si fuera otra la situación, ó diferente el estado de nuestros caminos, sería Papallacta digna de visitarse por las abundantes aguas termales que brotan en un anchuroso anfiteatro al NO de la población. Pasa por el centro de él, de norte á sur, el río Maspa, frigidísimo como que baja de los helados parámos de Paluguillo, y á su lado los manantiales dichos á la temperatura de 60° c. de modo que pueden templarse á voluntad con las aguas del río. El agua es sumamente clara, y conservada durante muchos meses no deja depósito ninguno. Hay otra curiosidad al SO. y es una fuente de cloruro de sodio; limpiada y profundizada daría buenos rendimientos, según la abundancia de sal perfectamente cristalizada que me dió un ligero ensayo. Los indios conservan la tradición de haberse un tiempo explotado esa salina, asegurando haber existido un pozo que se cegó con un derrumbo; hoy apenas sirve para que el ganado vaya á lamer á los alrededores ó á orillas de la pequeña vertiente.

De Papallacta hacia el oriente se prolonga un estrechísimo valle, que á trechos no es más que el cauce del río Maspa, que va engrosando su caudal con innumerables torrentes y algunos respetables ríos que le entran por entrambas orillas: á la izquierda están los Chalpis y los Quinajuas; á la derecha fuera de otros menores, el Quijos que dió nombre á su antigua pro

vincia, y aun hoy lo da al río Maspá al entrar en él, y lo conserva por algunos kilómetros hasta recibir el Guagrayacu y el Consanga y formar con todos ellos el río Coca (*).

La entrada á la provincia de Oriente, desde hace dos siglos hasta 1880, seguía la ribera izquierda del río de Papallacta por unos 12 kilómetros hasta el punto donde se dice existió el pueblo (?) de Maspá; allí se cruzaba el río para subir á la ribera derecha por una muy agria pendiente de más de un centenar de metros, y coronar una meseta cenagosa, donde se supone existió la ciudad de *Quijos*. De esa meseta se bajaba á una profundísima quiebra por donde se precipita el río *Quijos*, para subir de nuevo, y bajar luego á Guagrayacu, y ascender finalmente al caserío de Baeza. Pero en 1880, el que esto escribe obtuvo del Gobierno el pago de algunas cuadrillas de trabajadores de Papallacta, con los que se abrió una trocha (de 31 kilómetros) que liga desde entonces Papallacta á Baeza; la trocha sigue siempre la ribera izquierda, con suave pendiente, y pasa el Maspá y Quijos reunidos casi en frente á Guagrayacu. Años más tarde se ensanchó á gran costo esta trocha, en la longitud de unos 6 kilómetros de Papallacta hasta el mayor de los Chalpis; pero actualmente ese trabajo de ensanche está perdido, aunque la trocha subsiste, y, comparada á los antiguos despeñaderos y al resto de camino de Baeza á Archidona, es un hermoso y cómodo sendero.

En Papallacta se hacen los últimos aprestos para el viaje de montaña; vístese algún saco ligero y un corto pantalón hasta las rodillas, cálzanse las alpargatas y se empuña un resistente bordón (taona) para sostener el equilibrio en los peligrosos desfiladeros. Lo ordinario es llegar en la primera jornada, al principio de la tarde á los tambos de *Cuyujua*, (2422. metr.) ó de *Aleandría*, últimas moradas de los de Papallacta, en medio de algunos sembrados de habas y maíz, y de temperatura menos cruda, y pernoctar en esas pobres chozas. Al día siguiente, poco después de medio día, se llega al paso del torrencioso río Maspá-*Quijos*, (1890. metr.) comenzándose en él un peligroso juego de maromeros, que tal puede decirse el paso sobre unos larguísimos y endebles palos, que reposan en dos montones de piedras hacinadas á las orillas. Mide ese llamado puente más de 30 metros, y está á 4 ó 5 sobre el nivel del agua; por lo que en las crecientes es fácilmente arrebatado, en cuyo caso los indios con dificultad improvisan una rudimentaria y floja taravita, y el viajero pasa colgado de una argolla, que es la raíz encor-

(*) Nótese de paso que los orígenes del río Coca están en los dos grandes ríos Quijos y Cozanga, que nacen del N. E. y del E. del Antisana; y qué juicio deba formarse de la pretensión de Colombia, que dice tener derecho al Coca desde su origen: luego el Antisana pertenecería á Colombia [!]

vada de algún árbol, con inminente peligro de la vida. Dos kilómetros más, á la margen derecha, atravesando el Guagrayacu, y una empinada subida llevan á Baeza. Como se ve, el término medio, aun en esta parte la menos trabajosa del viaje á pié por la montaña, es de 15 kilómetros por día; y así y todo, los indios se dejarían despedazar si se les obligase á más larga jornada. Sólo cuando acosados por el hambre quieren llegar á su tierra, dejan abandonado al viajero y carga, y cruzan con increíble rapidez el bosque, duplicando ó triplicando la longitud de las jornadas.

BAEZA, según las relaciones antiguas, era ciudad; pero no queda vestigio alguno de ella, y en su lugar está el bosque cerrado y virgen, como en los sitios donde se supone estuvieron Quijos y Maspa. Los tambos actuales que están en su cercanías son de muy moderno origen, y construídos en reciente desmonte.—Aunque algo receloso, siempre que se trata de antiguas narraciones que parecen leyendas escritas para ser leídas á centenares de leguas, ó en la corte de los monarcas españoles con el objeto de obtener algún título ó gobernación, no seré yo quien niegue la existencia de esas ciudades, aunque sí me resista á creer que fueron *populosas*; pues en un cauce de río de clima muy crudo, fuera de Baeza, de pequeña extensión que no llega á más 6 leguas, mal se conciben ni lugar ni medios de subsistencia para numerosos pobladores. Ya tendré ocasión de aducir documentos muy antiguos que han venido á confirmar mis sospechas.—Sea de esto lo que fuere, lo mismo que de otros particulares que refiere Gonzalo Pizarro relativos á este pequeño trayecto (que á él se le figuró de 100 leguas!), es lo cierto que hoy en todo él no se cuenta con más moradores que las 48 familias de Papallacta escalonadas, durante varios meses, en sus pobres chacras hasta Alejandría, y las 5 chozas de Baeza, originadas de una pobre pareja de indios que de Tumbaco fué á fijarse allí, y cuyo jefe actual Fermín es tipo de honradez y merece bien de todo viajero civilizado ó indio, que en su choza y la de sus hijos encuentra la más cariñosa hospitalidad. Un sacerdote de seguro halla más respeto, pues los confiesa, bautiza á sus niños, y celebra el santo sacrificio de la misa en una capilla que Fermín ha formado y adornado con bonitas estatuas esculpidas en Quito. Esta capilla y esas chozas de familias cristianas y caritativas harán algún día de Baeza, si no una ciudad á lo menos un bien organizado pueblo.

Al salir de Baeza, se despide el viajero de todo vestigio de civilización durante algunos días, pues hasta Archidona no se encontrará ni con una choza ó habitación permanente de persona humana: todo está desierto por playas y por cumbres; y aca-

so por esto los de Papallacta cuando acompañan al viajero al Oriente le obligan por lo regular á detenerse un día á descansar, como recelosos de internarse en los enmarañados bosques, y para gustar de la sabrosa conversación de sus amigos, y participar de los alimentos que con generosidad les brindan. Así mismo, al salir de la provincia de Oriente, se saluda á Baeza como un oasis, y sus cinco chozas son como la señal de la cercanía de vida civilizada. A su vez los indios de Archidona suelen en Baeza tomar lengua é informarse si existe en Quito alguna peste sobre todo de viruelas, porque en tal caso desde ese punto emprenden precipitada vuelta, sin aventurarse á pasar el Maspa-Quijos, ni dirigir una mirada al filo de la cordillera.

Á ORILLAS DEL COZANGA.

De Baeza, pasado el Zciayacu se emprende la subida á Cundija (2182^{metr.}), se baja al cauce del Orituyacu, uno de tantos profundos torrentes que del Antisana se precipitan al río Cozanga, y se toma definitivamente la orilla de éste á mayor ó menor distancia del cauce, según lo permiten las quiebras ó los precipicios del terreno. En este trayecto están los famosos lodalazales de Ventanillas y de Yanaturu (lodo negro) formado de detritus de esquistos azules, hasta dar con otro de los mayores afluentes del mismo Cozanga, el río Bermejo, (1852^{metr.}) así llamado por la tierra rojiza de sus riberas que suele teñir de ese color sus aguas en las grandes crecientes. Mide unos 15 metros de ancho, y se pasa por unos palos apoyados en dos montones de piedras; y gracias que los encuentre el viajero, y no le toque llegar después de alguna de las frecuentes avenidas, que bajan del Antisana y arrebatan esos endebles puentes. Del Bermejo, por camino no de lo peor y relativamente plano, á un kilómetro y medio se va á Chiniyacu, punto donde á la tarde suele un viajero no muy perezoso detenerse á dormir. Este sitio, durante la malograda colonia del Sr. Dr. Andrade Marín, fué escogido para fundar un tambo de refugio, y ciertamente que allí los terrenos y el clima son ya muy á propósito para una explotación agrícola; y el tambo se edificó, y se sembraron y cosecharon buenos frutos, como el café: pero á dónde exportarlo sin camino? cómo vivir en esa soledad una sola familia? Al poco tiempo ese tambo no servía sino de depósito de algún barril

de aguardiente, con que se embriagaban los indios que abandonaban las cargas en el bosque; y algo más tarde fué abandonado definitivamente por su poseedor (Modesto Cevallos de Pifo). Aun cuando existía, el viajero formaba más ó menos cerca su tambo al estilo inmemorial de los indios: se limpia la maleza, se arma un plano inclinado á manera de media agua, que se sostiene con dos estacas inclinadas. Las grandes hojas (jatun panga) de una enredadera gigantezca, artificialmente colocadas sobre ese cobertizo, sirven de algún resguardo contra la lluvia, y una fogata seca la ropa del viajero, le da calor, sirve para la comida que en breve rato se improvisa, aleja á las fieras y es el centro donde se agrupan los indios. El tambo, en las grandes tempestades no resiste y deja pasar la lluvia, y no es extraño que el piso resguardado también por hojas quede inundado. Raro es sinembargo que, á pesar de la lluvia, no se pueda encender fuego, porque el indio oriental encuentra luego leña que aunque verde arde con facilidad, si ya no es que entre los restos de los cobertizos viejos descubre trozos de madera carbonizada, que ha ocultado para mejor ocasión.

El tambo se hace de ordinario á la orilla de algún río ó de alguna pequeña fuente, así porque el principal alimento del indio es su chicha, (*) que disuelve en agua, como porque el viajero civilizado necesita, al terminar la jornada lavar cuerpo y vestidos de la capa de lodo que le cubre. La noche suele ser de lluvia torrencial con temerosos truenos, ó de huracanados vientos; pero ótras de serena y majestuosa soledad, como la que tuve en el tambo de Chiniyacu, á la vista de un cerco de oscuro bosque y encima el cielo de subidísimo azul ^{esmaltado} de brillantes estrellas. El tambo á las veces se ^{convierte} en hospital; y si como con los viajeros sacerdotes, el indio sabe que halla á su lado cariño verdadero, con la mayor ^{naturalidad y} confianza presenta ó el pié ó la pierna, destrozada por la marcha fatigosa del día entre los lodazales, zarzas y ^{andadas} piedras. Entre los preparativos de viaje, iban con este fin ^{servieron} casi todas las tardes, alcohol, árnica, etc. y un pequeño estuche de cirugía.

A la mañana, armado un altar de rudos troncos al pie de un árbol, celebrábamos la Santa Misa, antes de emprender la marcha; y los indios de Archidona, no menos que los Papallacta,

(*) Esta *chicha* es de una masa fermentada de yuca y á veces de plátano. Cuando los indios salen á Quito sacan de sus tambos la cantidad suficiente para el viaje de venida y regreso; por lo que, para no cargarse de peso inútil, van dejando enterrada en el bosque la porción que creen necesaria para alimentarse á la vuelta. Por supuesto que la fermentación no importa nada á los indios.

pues nuestra caravana se componía de ambas clases, sin más que ver los preparativos del rústico altar, mostraban espontáneamente su piedad, y sin coacción alguna asistían de rodillas á su celebración.

Consigno de propósito este pormenor, para mostrar el verdadero estado de la fe cristiana y devoción, que no sé por que hay quien hace gala de ponerlas en duda, y que se manifiestan así en esto, como en todo lo que mira á las cosas religiosas. Algunos de los sacristanes de los pueblos que se dicen civilizados de Quito, podrían haber aprendido del piadoso indio de Papallacta, Valerio Cahuatijo, sobrino del anciano patriarca, el religioso respeto en doblar y arreglar en una curiosa canasta todo lo perteneciente á la misa, y llevarlo á espaldas como la cosa de más estima, velando por defenderlo de cualquier accidente de lluvia ú otro de los muchos del camino.

De Chiniyacu se sigue por 7 kilómetros á la orilla izquierda del Cozanga (que corre de Sur á Norte), á veces á una pequeña distancia, atravesando los afluentes que bajan del occidente á pagarle tributo, como el Tutapisco, los dos Yanayacus (pequeño y grande), así llamados por el fondo de sus cauces y color de sus aguas; y otras veces siguiendo el cauce mismo del río Cosanga, abandonándolo cuando las crecientes impiden ya el paso.

El último kilómetro es de pintoresco plano, con todos los caracteres de haber sido anegado por las aguas, y suele ser punto obligado de descanso, al que convida con su amenidad y frescura. Se ha escogido ese punto para vadear (chimbar) el Cozanga, por esplayarse sus aguas más de un centenar de metros, y dividirse en dos brazos, uno extensísimo que da fácil paso, y otro que aun en tiempo de pocas lluvias es invadeable por la violencia de la corriente; el día de nuestro paso, por falta de mejor puente, nos obligó á tomar no sin peligro, casi en medio del río, la punta que flotaba de un árbol cuya raíz estaba en la orilla opuesta, y aventurarnos á este peligrosísimo ejercicio de maromero. Los indios lo pasan con la seguridad y destreza de un mono; y un curioso observador se fijaría en que, merced á la práctica, sus pies se adhieren maravillosamente á cualquier tronco, y los dedos tienen flexibilidad y movimientos casi como los de una mano. Si por alguna lluvia, ó al derretirse las nieves de la cordillera, crece el caudal de aguas, el viajero debe esperar en la orilla con paciencia un momento oportuno, que á veces no se presenta durante muchos días. A pocos pasos se vadea un afluente del mismo Cozanga, que le viene del Oriente, el Pachayacu, y se emprende la subida por una estrecha cuchilla hacia el S. S. E. entre el Cozan-

ga y el dicho Pachayacu. La subida es rapidísima al principio, y luego constante y suave casi en dirección S. á través de una feracísima pampa que toma el nombre del arroyo "Vinillo" donde suele terminar la jornada. El barómetro en "Vinillo" acusa la diferencia de 258^{metr.} sobre el vado del Cozanga. La temperatura de Vinilloyacu al anochecer es de 15° c.° y después de una noche muy fría es á las 6 de la mañana siguiente de 10° cents.

Antes de pasar adelante, daremos una idea de la hidrografía de la parte recorrida desde Papallacta. Fijémonos en el Antisana, sus vertientes del N. y N. E. forman los ríos que van á engrosar el Maspá. Este tiene sus orígenes en los páramos de Paluguillo, y recibe junto al pueblo de Papallacta, por filtración, las aguas de la Laguna que como dijimos se forma de un torrente que baja del Antisanilla. Los principales ríos que bajan de esa parte del Antisana son: el Quinjua, el Huila, el Quijos que es el mayor, y luego el Guagrayacu; y á todos arrastra el Maspá, engrosado también por la izquierda con los Chalpis, Quinajuas y demás que le entran por el Norte. Esta gran arteria del Maspá va de O. á E. y se inclina algo al E. N. E. al recibir el Cozanga y tomar todos juntos el nombre de *Coca*.

Baeza queda á unos 98 metros sobre el nivel del vado del río Quijos, en un no extenso plano de la cuchilla de Cundija, que sube sobre Baeza á otros 200 metros. Al Sur de Baeza y á poca distancia corre profundísimo el *Orituyacu* que como todos los ríos que se encuentran hasta el punto de vadear el Cozanga, entran á este despeñándose más ó menos rápidamente del Antisana.

Así como el Maspá-Quijos en su dirección de O. á E. recoge todas las aguas del Sur y del Norte, así el Cozanga que sigue su carrera de S. á N. (aunque al salir de la cordillera baja de O. á E.), va recibiendo las que vienen de la cordillera oriental del Antisana y de sus cercanías, naciendo él mismo de esta cordillera. El ramal elevadísimo de Huacamayos no sólo le hace espalda al sur y oriente, sino que evidentemente contribuye á aumentar el caudal verdaderamente prodigioso de sus aguas. De los afluentes de la orilla derecha no conozco sino el Pachayacu que cae cerca del vado. Y como el valle en muchos lugares no es tan estrecho como el del Maspá-Quijos, extiéndense las aguas, y las crecientes abriendo cauces diversos forman islas de arena ó piedra y lo cambian con facilidad, y esto hace más peligroso el vado.

Lo dicho pone en claro que todos los ríos que el viajero ha tenido que atravesar desde Papallacta hasta la pampa de "Vi-

nillo", y los que ha visto entrar en las orillas opuestas, toda esa increíble masa de agua forma el río Coca, desde el punto en que unido con aquellos toma nombre propio.

El Coca después forma un arco muy tendido, cruza para el sur, y desagua en el río Napo, abrazando la llamada provincia de Loreto: esta tendrá, á lo más, según nuestros cálculos, la extensión de 30 leguas de Oriente á Poniente, y 15 de Norte á Sur.

DE LA CORDILLERA DE HUACAMAYOS Á ARCHIDONA.

Del Vinillo yacu, la subida al picacho más alto del Norte del paso de Huacámayos es rapidísima. Nuestro barómetro nos dió 2352 metros ó sea una diferencia de nivel de 184 metros, y como la distancia llega apenas á medio kilómetro y no hay un racional desarrollo, acaso porque el instinto nativo del indiano le arrastra á preferir la línea recta, ello es que esa subida es una verdadera y peligrosísima escalera casi encajonada en una zanja para cuya descripción no bastan las más exajeradas ponderaciones. Si las lluvias convierten esa zanja y grada en una serie de verdaderas cascadas, apenas se concibe como puede escalarse la cima por seres humanos.—Desde esa cumbre, si por buena ventura está despejada como en el presente viaje y lo está igualmente el horizonte, podría verse al N. N. E. $\frac{1}{4}$ N. la cumbre nevada del Cayambe, y al E. N. E., sumamente cercano el hermoso cono del *Sumaco*. También se descubrirían los ramales del Antisana, y el laberinto de ramales secundarios derivados de Huacamayos, que forman una extensa é intrincada cordillera. Huacamayos es un verdadero nudo, y el camino sigue por las crestas de los estrechos istmos que unen un picacho á otro, hasta descender definitivamente á Urcusiqui. Esas crestas son tales que á las veces no tienen ni tres metros de ancho, y á entrambos lados hay abismos casi perpendiculares, por lo que no faltan derrumbos que van á una sima profundísima.

Los principales picachos que hay que dominar son cinco, siendo el último de 1635 metros, el que da ya próximamente Urcusiqui, teniendo que salvarse en precipitada bajada 190 metros que hay de diferencia de nivel. Los ríos que corren de este lado sur de la cordillera de Huacamayos que se van atravesando, á

saber: Urcusiquí, Sarayacu, (Jatun) y otros menores, así como los del resto del camino hasta Archidona, todos van á parar al Napo á unas tres leguas del puerto de ese nombre, reunidos á otros que nacen de las cordilleras del Sumaco.

Desde las últimas alturas del Sur de Huacamayos se descubre, en días serenos, un inmenso horizonte y como mar de bosques, terminados al Occidente por la cercana cordillera oriental de la República. Este mismo picacho, visto con poderoso anteojo desde Archidona determina la dirección general del camino casi plano, ondulado en suave descenso, y es de N. á S.—La temperatura va creciendo gradualmente, y si en Urcusiquí, á la sombra y á las doce del día, es de 21°; á las 5 de la tarde en Guayusa Pugru también á la sombra, de 21°50.

La vegetación cambia naturalmente de aspecto, y puede decirse que de ahí adelante, si no con todo el vigor de nuestras costas se desarrolla definitivamente la gigantesca vegetación tropical. La jornada que comienza en Vinillo yacu, puede con facilidad terminar á orillas del *Jondache* que es un torrencioso río que baja de Poniente á Oriente y que, recibiendo las aguas de los ríos y arroyos del lado Sur de Huacamayos, va á unirse con otro no menos caudaloso, el *Hollín*, que reúne las aguas del lado occidental y Sur del Sumaco, y recibir más léjos todas las aguas del Mishahuali, Pano, Tena y sus afluentes, entrando juntos al Napo en el punto en que hoy se ha fundado el pueblo *Pucaurco*.

Pasé á pié el *Jondache* no sin peligro, pues no existía puente; más á la vuelta, una lluvia torrencial me detuvo á sus orillas, porque á poco que crezca es imposible aventurarse en ese impetuoso caudal, que muge encrespado entre dos murallas de rocas. Esto mismo hace que el *Jondache* sea susceptible de un buen puente porque va el río encajonado y tiene altos estribos naturales.

El *Jondache*, punto á donde llegan en sus excursiones de caza los indios de Archidona, no dista de esa ciudad más de 20 kilómetros. El barómetro indicaba en las dos ocasiones que hemos estado á su orilla, 1132 met. Entre el *Jondache* y *Ninacspi* experimentamos lo que es una verdadera manga de agua y viento, con todo el fragor de horrendos truenos, de huracanes y torbellinos que desgajan gigantescos árboles del bosque. Un cuarto de hora basta para hacer de cada planicie una ciénaga y de cada arroyo un impetuoso torrente.

A nuestro modo de ver, las aguas que se atraviesan desde Usayacu, y sobre todo desde la altura de Iscoloma todas van á aumentar las del río Mishahuali, que viene de la vertiente oriental de los Andes, con dirección primero de O. á E., y luego tuerce repentinamente para el sur de modo que el viajero que

va á Archidona le tiene por varios kilómetros á su derecha, hasta que casi enfrente de esta ciudad forma un arco hacia occidente como para recoger los afluentes del Inchillaqui y ótros, y cruza al Sur de Archidona. Lástima que esa hermosa arteria de agua, tenga peligrosísimas cascadas, que sino, desde Archidona podría navegarse hasta el río Napo, sin tocar en el pueblo de este nombre.

Unos 4 kilómetrots antes de llegar á Archidona, se encuentra Mundayacu, sitio de la antigua Archidona, y dos kilómetros después un coposo árbol, que los indios señalan como el punto donde estuvo la segunda Archidona (Rucullacta) hasta hace un cuarto de siglo. No hay de ella vestigio alguno, como no lo habría después de algún tiempo, si hoy se abandonara el actual sitio que se llama Capital de la Provincia.

II.

LA ANTIGUA PROVINCIA DE LOS QUIJOS.

IDEA GENERAL SEGÚN INFORMES OFICIALES PRIMITIVOS.

Para mejor inteligencia de los que desearan saber qué relación tiene la actual provincia del Oriente con las antiguas gobernaciones de la Audiencia de Quito, sobre todo con la de los Quijos y de los Maynas, pondré algunas noticias sacadas de documentos originales; varios inéditos, que acaso den también alguna luz en las cuestiones de límites del Ecuador con las Repúblicas vecinas. Ojalá quedase sentado, como esperamos, que el río Napo en su totalidad pertenece definitivamente á la República del Ecuador.

Según los más antiguos documentos auténticos que han llegado á nuestra noticia, algunos de ellos publicados por el Ministerio de Fomento español en 1881, la Gobernación de los Quijos y la Canela además de *Baeza*, fundada por Gil Ramirez de Avalos "el cual redujo á paz á la mayor parte de aquella provincia" y tuvo la Gobernación por el Virey Mendoza (Don Andrés Hurtado?), comprendía la ciudad de *Avila*, fundada por el Teniente del segundo sucesor de Ramirez, el Dr. Melchor

Vásquez de Avila, ya que la de Quijos fundada por el mismo no subsistió largo tiempo, y en fin la de Archidona. Prescindimos de Sevilla de Oro, porque sólo nominalmente podría contarse en aquellos tiempos como parte de los Quijos. Es verdad que Sevilla de Oro aparece perteneciente á los Quijos en los informes oficiales, y aún en un curiosísimo mapa, reproducido exactamente en una plancha cromolitográfica por los editores de las "Relaciones geográficas de Indias" publicadas como dijimos por el Ministerio de Fomento de España (*), pero de la sola inspección del mapa adjunto á la "Descripción de la Provincia de Quijos", obra del Conde de Lemos en 1608, se deduce lo errados que andaban en materia de geografía nuestros abuelos; porque en el mapa se pintan como á orillas de un mismo río, cuyos orígenes están cerca de la ciudad de Quito, todas las ciudades de Quijos, inclusa Sevilla de Oro y Macas! Y sin embargo es un hecho que Sevilla de Oro situada á la derecha del Upano, tributario también del Marañón, jamás se comunicó con el resto de los Quijos sino por Riobamba y Quito: así lo aseguran esas mismas relaciones. Pero como los Gobernadores, excepto talvez sólo los dos hermanos De Avalos, jamás vieron las provincias de su mando, no estaban obligados á saber ni la geografía de sus gobernaciones.

Las exageradas narraciones de algunos historiadores dicen que á sus principios las ciudades de la gobernación de Quijos eran muy populosas y crecieron como espuma; pero de los documentos oficiales consta que por los años de 1569 y hasta principio de 1600 y aún entrado el siglo XVII, había en toda la extensión, exceptuando Sevilla de Oro, *mil seis-cientos cuarenta y siete* indios (**) con cosa de treinta y tantas familias de encomenderos españoles. Lo grande era el tren de Gobierno que constaba de un Gobernador, tres tenientes, ocho alcaldes, diez y seis regidores, alférez real y alguacil mayor, y con renta de 2000 ducados el Gobernador y los otros á proporción, amén de los treinta y seis encomenderos que recibían el tributo de sus pobres tributarios.

En cuanto á la riqueza de los Quijos, los dichos informes oficiales tienen datos muy curiosos é interesantes. El principal cultivo era el del algodón. Se cosechaban en toda la Provincia unas 600 arrobas, y con este producto se pagaba el tributo, que era dos mantas de algodón, que suponían valer 48 reales, por persona. En Archidona se elaboraba la pita y el tri-

(*) T. I. p. CXII.

(**) Tomamos el número del mayor de los censos que es el del Conde de Lemos.

buto era de 3 libras.—Se detienen los informes en hablar de las *Granadillas* llamadas de Quijos, como de gran riqueza, y aunque hacen mención de otros árboles, dicen que no servían sino para el fuego. Y efectivamente sólo el aliso, y de la vil condición que conocemos, se ha utilizado en las bateas y tablas de Papallacta.—Hubo al principio mucha ponderación acerca de la *Canela*, y parece que el primero que habló de ella fué el capitán Gonzalo Díaz Pineda en 1536, y por eso se dió el nombre de “país de la canela” al territorio de que hablamos. Gonzalo Pizarro afirma, como tantas otras cosas, haber visto muchísimos árboles. En donde realmente los hay es á orillas del Bobonaza y no en el país de Sumaco donde jamás ni en aquellos remotos tiempos, se encontró sino uno que otro canelo y donde nunca fue objeto de explotación. Pero había que decir que había llegado al país de la canela! Donde abundaba y abunda la canela ecuatoriana no es en Quijos sino en Canelos y también algo en Macas; pero Gonzalo Pizarro no conoció estas comarcas. En los tiempos antiguos y aún en los no muy remotos se trató de explotar ese artículo que parecía de gran valor; pero hasta la última empresa peruana fracasó. Raymondi dice que la canela andina, aunque no es de la especie de la de Ceylán, es de las *laurineas*, y del género *nectandra*. Una de las diferencias consiste en que la parte más aromática de la de Ceylán es la corteza, y en la ecuatoriana lo es la semilla y cáliz leñoso. Créese que el olor, mezcla del de canela y clavo, ha impedido la competencia con la de Ceylan.

Las demás fabulosas riquezas que se exajeraban, talvez para disimular el engaño de los que en en busca del “Dorado”, como Gonzalo Pizarro, habían emprendido desgraciadas expediciones, ó talvez para obtener de la Corona alguna Gobernación, se sabe que pronto se reconocieron como falsas. He aquí las palabras del Oidor Visitador Villasante: “Es tierra muy áspera de sierra, por la mayor parte de ella no se puede andar á caballo. No se dá bien el ganado; llévase carne de Quito. No se da trigo, sino maíz y no mucho. Algunos soldados certificaron que era tierra de oro, mas yo nunca ví muestra de ello, ni jamás se halló mina.” Oro en efecto no se hallaba ni se halla sino en el Napo y en algunos afluentes, y por más que se trató de buscar minas, se perdió tiempo y dinero. Y la experiencia debió de convencer de la verdad á los que sólo buscaban oro y no pensaban en la verdadera riqueza de una explotación agrícola: ésta pudo dar muy buenos resultados desde el hermoso valle del Cozanga, que tiene muy fácil comunicación con Quito. Además, alagados con las noticias de otros lava-

deros más ricos, y aun de verdaderas minas, como en Sevilla de Oro, Cayapas y Zaruma, abandonaron en masa la provincia de los Quijos, quedando sólo algunos encomenderos, dignos predecesores de otros de su especie, aunque no lleven el nombre de tales, y cuyas proezas constan en los mismos informes oficiales y otros documentos.

Esta, á nuestro modo de ver, es la verdadera causa del estado miserable de la Gobernación de los Quijos, y no el temor de irrupciones de jívaros, que jamás podían llegar á estas comarcas.—No sabemos que fueran allá después de los dos hermanos Ramírez, ninguno de los Gobernadores, sino que hacían de las suyas sus tenientes. Y acerca del Dr. Vásquez de Avila, nota Villasante: “Que él y su teniente Andrés Contero hizo tantos daños así en los indios de dentro de Quijos como en los indios de la provincia de Quito, cuantos jamás hizo Gobernador del Perú.” Por la mucha molestia y pobreza de la tierra, como observa otro iuformante, Vásquez se retiró al Cuzco, (conservando por cierto la renta de los 2000 ducados y las preeminencias del Gobierno), “donde tiene muy bien de comer y está á quinientas leguas de su Gobernación, de cuya causa los de dichos pueblos (de los Quijos), demás de ser pocos, son mal avenidos y cada día á van menos y creo se despoblarán”. Como en efecto sucedió. Por manera que según los historiadores, sólo se conservó con alguna prosperidad Archidona, á causa de haberla sostenido los Misioneros de la Compañía de Jesús, que definitivamente la tomaron á su cargo.

Para ver lo que la Gobernación de los Quijos era un siglo más tarde, no tendríamos más que leer el informe enviado á S. M. de la Visita hecha de orden del Rey y del Sr. Dr. Andrés de Paredes Obispo de Quito, por el Dr. D. Diego Riofrío y Peralta cura de la parroquia de Santa Bárbara de Quito. Según ese informe, en Baeza no encontró sino 20 (!) habitantes, y por cierto en suma ignorancia.—En Avila y todos sus seis anejos, 917—En Archidona, de 237 habitantes que ponía el Conde de Lemos, la población había subido á 565, y con sus nuevos anejos á 1140.

LA ANTIGUA DOCTRINA DE ARCHIDONA.

Para inteligencia de lo que acabamos de decir, acerca de la Compañía de Jesús, advertimos que la provincia de los Quijos era regida en lo espiritual por clérigos y religiosos dependientes del Obispo de Quito. A sus principios parece que fueron cuatro religiosos de Sto. Domingo que hasta mucho tiempo después eran curas de Papallacta, lo que explica por qué las armas de la Gobernación de los Quijos, [á la que Felipe II llamó "la muy noble y muy leal"], eran una Virgen del Rosario sentada, con dos indios de rodillas delante. Un siglo más tarde, de los nueve clérigos y cuatro dominicanos no había más, fuera de los Jesuitas de Archidona, que un clérigo en Avila y un dominicano, titular de Papallacta, que no la visitaba sino de año en año, residiendo de ordinario en Quito.

La doctrina del Archidona tuvo sus vicisitudes. Poco después que la Compañía de Jesús tomó á su cargo por medio de los PP. Lucas de la Cueva y Gaspar Cujía las Misiones de la provincia de Maynas, á instancias de su Gobernador D. Pedro V. de la Cadena, y se escogió como centro la ciudad de Borja, capital de aquella Gobernación, extendiéndose por las naciones que poblaban los afluentes del Marañón, así de la parte del Perú, como de la Audiencia de Quito, á saber: el Guallaga, Ucajali, Pastasa, Tigre y Napo; se pensó seriamente en buscar comunicación más directa con Quito, ya que la entrada á los Maynas era por Cuenca y Jaen de Pacamores. Entre los que próximamente siguieron á los primeros Misioneros estaban el famoso P. Francisco de Figueroa, el P. Juan Lorenzo Lucero y el P. Raimundo de Santa Cruz(*). Este último sobre todo puede re-

[*] P. Gaspar Cujía nació en Cállari de Cerdeña en 1605, fué el primer superior de la misión de Maynas, y murió en Cartajena en 1667.

P. Lucas de la Cueva, nació en Cazorla (España) en 1596. Fué misionero durante 35 años, y el primero que tomó á su cargo la doctrina de Archidona, y recorrió el Curaray y la vía de tierra entre la parte del Napo y los pueblos que la Misión de Maynas en el Pastasa.

P. Francisco de Figueroa, natural de Popayán, murió á manos de los Cocamas el 15 de enero de 1666 en el sitio en que el río Apena entra en el Marañón.

P. Juan Lorenzo Lucero Zambrano nació en Pasto, y estuvo 26 años en Maynas, de los que 20 fué superior. Es acaso el más famoso de los antiguos misioneros. Muy anciano vivía en el Colegio de Quito en 1712, y nos parece que murió en 1715.

P. Raimundo de Santa Cruz, natural de San Miguel de Ibarra, murió en 1661 ahogado en las cabeceras del Bobonaza.

putarse como uno de los más atrevidos exploradores y que, como suele suceder, pereció gloriosamente en una de sus heroicas expediciones en busca de un camino más al Norte de Baños, ya traginado varias veces por los Misioneros de Maynas. para salir á Latacunga.—El P. Santa Cruz, pues, sabiendo que el río Napo (ó *de Quito* como le llamaban entonces) había servido de vía para salir hasta el Pará, ideó aprovecharse de él para unir la Misión de Maynas con la ciudad de Quito, y fué el primero que en 1638 bajando de la ciudad de Borja se aventuró á buscar aquella famosa junta de los ríos que así la llamaban, ó sea la desembocadura del Napo en el Marañón, con cien indios resueltos, recogidos de los recién convertidos, con sus armas de dardos y flechas y capitaneados por dos españoles con sendos arcabuces. Hallada esa junta, vogó contra la corriente entre un laberinto de caudalosos afluentes por espacio de cincuenta días entre naciones guerreras que le salieron al paso, con quienes tuvo sangrientas peleas; y con el heroico aliento, que sólo puede concebir quien ahora lo haya navegado cuando no hay naciones bárbaras que impidan el paso y sí muchos remeros prácticos que conocen todo aquel inmenso río, tocó finalmente en el puerto del Napo. Dejó allí parte de sus indios y uno de los dos españoles y con los demás llegó á Archidona; siete días después á Baeza y cuatro más tarde á la vista de Quito. Acaso otra vez entretendremos á nuestros lectores con la narración de la entrada triunfal del P. Santa Cruz y de sus indios desde Sta. Prisca por las calles de Quito, del recibimiento por el V. Dean y cabildo de la Catedral, y la de las confirmaciones de las primicias de aquella gentilidad.

El P. Santa Cruz regresó con tres misioneros y sus cuarenta indios á la vuelta de Archidona, recogió en el puerto del Napo á los que había dejado guardando las canoas y bajó ligero el Napo; pero con suma dificultad subió el Marañón para dejar á cada uno en su parcialidad respectiva.—Aunque no se juzgó expedito el nuevo camino, por la dificultad de subir el dilatado río, se sacó otro fruto práctico, fuera de despertar vivísimo entusiasmo en Quito por la evangelización de los salvajes, y fué el solicitar y obtener que la doctrina de Archidona se entregara á la Compañía de Jesús, así para descubrir y catequizar muchas tribus de sus caudalosos afluentes, como para buscar, como en efecto se buscaron, varias rutas por tierra que ligasen algún punto del Napo con el centro de Maynas. A la cabeza de los misioneros de esta parte se hallaba el P. Lucas de la Cueva, uno de los dos fundadores de la Misión de Maynas, que había recibido del Obispo de Quito la colación canónica de la doctrina de Archidona, y promovió mucho esos descubrimien-

tos y fundaciones; apesar de sus años navegó muy despacio todo el Curaray, cerca de cuya boca se fundó el pueblo de San Javier de Icahuates, hasta llegar al Nushino, y á las más apartadas cabeceras del gran río. Buscó también paso por el Araona (actual Arajuno) y Beleno hacia el Tigre por los Gayes y Roamaynas hasta Andoas y Pinches. El dicho P. de la Cueva fué el primero que años antes había resuelto el problema de navegar desde Borja, entrar al Pastaza y luego al Bobonaza, y tocando en el puerto así llamado de la Canela, salir á Baños, donde casualmente se hallaba el Obispo de Quito que no acertaba á celebrar bastantemente tal empresa.—Los diarios de los Misioneros son en extremo interesantes, pero nos alejarían del propósito de esta relación.

La doctrina de Archidona, confiada interinamente á los Misioneros se les dió en propiedad por real cédula de 21 de abril de 1670 de la Reina Mariana de Austria, sin perder por cierto su carácter de curato perteneciente á Quijos; y aunque abandonada algún tiempo, á causa de la guerra sin cuartel que hicieron algunos tenientes y encomenderos, se volvió á recuperar definitivamente algunos años después, logrando fundar la población en paraje más sano y explayado, y dando notable impulso á toda la Misión del Napo.

EL RÍO NAPO

ANEXADO Á LA GOBERNACIÓN DE LOS QUIJOS.

Así las cosas, los Superiores de la Compañía de Jesús trataron de dividir el inmenso territorio de sus Misiones, llegando la del propio Maynas, en la parte Sur, hasta la entrada del Napo en el Marañón; y comprendiendo la otra parte, todo el río Napo y sus afluentes teniendo por cabeza la doctrina de Archidona. La idea, ejecutada ya en el gobierno religioso de los Misioneros, ofrecía graves dificultades en lo político; pues los diferentes descubrimientos y pacíficas conquistas hechas por los Misioneros que habían entrado por Jaen á Borja, se consideraban como natural extensión de los Maynas por centenares de leguas, aunque

la primitiva Gobernación de D. Diego Vaca de la Cadena, apenas tenía un pequeño circuito.

Había que ir á la autoridad soberana y manejar el negocio habilmente, y no se llevó á término sino en 1745.

El R. P. Carlos Brentano, Provincial de Quito, previo informe de la real Audiencia que estimó como fundados los gravísimos inconvenientes de la situación anterior, esto es que desde Borja fueran gobernadas las reducciones del Napo, y grandes las utilidades de lo solicitado, obtuvo una provisión real en la que se ordenó: “se agregue la jurisdicción del río Napo al Gobierno de Quijos, y el Gobernador de esta Provincia administre justicia en toda la jurisdicción del río, excusándose de ella el Gobernador de San Borja, arreglándose á él (auto) sin hacer otra cosa en contrario so pena de mi merced y de quinientos pesos de buen oro para mi cámara” (*). En virtud de esta real provisión la provincia de los Quijos se extendió considerablemente. En 1757 ya encontramos á un Teniente del Napo llamado Catalán, esto es á la autoridad dependiente del Gobierno de Quijos, en el pueblo de San Miguel de Ziecoya abajo de la desembocadura del *Aguarico*, que por cierto fué la ocasión del nuevo ataque de los indios al pueblo, en el que estuvo á punto de perecer el misionero P. Manuel Uriarte S. J. Se le tuvo por muerto por una herida en la cabeza con un atroz hachazo. Este arreglo de gobierno siguió hasta que los jesuitas tuvieron que abandonar sus Misiones á fines del siglo pasado. Con esta clave podemos darnos cuenta de porqué, expatriados los misioneros por Carlos III en 1767, tanto en lo espiritual como en lo temporal el río Napo fué siempre y sin interrupción regido por las autoridades de la Audiencia de Quito. Jamás ha existido en el río Napo autoridad extraña, y si el Perú llegó á Iquitos, nunca á las aguas del Napo, á lo menos mientras vivió el Excmo. Señor García Moreno. Muchos años después, esto es, en los últimos cuatro ó cinco, algún peruano se ha establecido abajo del Mazán; y han avanzado en sus lanchas, expediciones que no queremos calificar, por no hacerlo como debiéramos, atendida la trata de verdaderos esclavos de ciudadanos ecuatorianos, á quienes se lleva al Marañón á venderlos acaso por un barril de aguardiente, ó por unas cuantas monedas. (*)

(*) Esta real provisión original, registrada debidamente, y sellada y rubricada por el escribano de cámara, se conserva en el archivo de los PP. de la Compañía de Jesús en Quito y ha sido puesta á disposición del Gobierno del Ecuador como importantísimo documento en sus cuestiones de límites.

(*) Véase en el apéndice la carta del R. P. G. Tovía. S. J.

III.

DE ARCHIDONA A LA COCA.

LA CAPITAL DE LA PROVINCIA DE ORIENTE.

La Concepción de Archidona.—La actual ciudad de Archidona está, como las que le precedieron, á la orilla izquierda del río Mishahuali; la primera de ellas estuvo cerca de Mundayacu; pero en un lugar más estrecho según rezan las historias y algo malsano, y fué trasladada en 1745 hacia el Sur y edificada con alguna regularidad por el P. Juan Narváez de la Compañía en el sitio (hoy bosque cerradísimo) que los indios llaman Rucu-llacta, que otro que no fueran ellos no podría señalar. Para mejorar todavía de posición, y ocupar el centro de las dispersas chacras de los Archidonas, fué trasladada al actual sitio que se halla aún más al Sur, rodeada como por un semicírculo por el dicho Mishahuali, que la cruza al Sur yendo de Occidente á Oriente, en el punto llamado el Vado, que lo es en efecto para pasar al circuito del Tena, y sirve como de lindero de ambas localidades.—En la actualidad es la residencia habitual del Vicario Apostólico R. P. Gaspar Tovía, de dos PP. Misioneros, y otros religiosos no sacerdotes que cuidan de la escuela y se ocupan en otros quehaceres de la Iglesia y del servicio de la casa. Es también residencia del Gobernador de la Provincia, de su Secretario, del Jefe político, y de una pequeña escolta con su alférez.—Hace tres años que se fundó también casa para las religiosas del Buen Pastor en la que residen cinco religiosas, con algunas ayudantes de las que llaman hijas que tienen á su cuidado la escuela de niñas externas, y además unas veinte internas, que alimentan, visten y enseñan con la mayor caridad y esmero. Sólo el que no tenga sentimientos generosos, pero ni corazón de hombre, dejará de conmoverse profundamente al ver la abnegación de esas heroicas religiosas en aquellas soledades, dedicadas con cariño maternal exclusivamente á la piadosa educación de las indiecitas. Estas las quieren como á madres, lo que he tenido ocasión de ver entre otras veces, en la despedida de una de las religiosas que

regresaba á Quito.—Si verlas en Archidona es cosa que conmueve el corazón, que será el verlas como las he visto yo; entre esos bosques y en los precipicios del llamado camino con la serenidad que no es efecto de un temerario arrojo, sino del verdadero valor del alma piadosa que, por servir á su Dios y salvar á las almas, se ofrece á los más penosos sacrificios?—Y sin embargo no ha faltado quien, y con carácter oficial, ha tenido la osadía de hablar de esas religiosas con desprecio.

En casa de los misioneros están igualmente recogidos unos treinta indíecitos, vestidos y alimentados también por los PP.; que además de la Religión cristiana, aprenden las primeras letras y algún oficio mecánico, para los que instruyen singular habilidad. He visto á varios de esos niños coser expeditamente hasta en máquina, y trabajar como oficiales de carpintería. Además de estos internos asisten diariamente á la escuela niños externos.

La Iglesia es pajisa como las de tales regiones, con pilares de huambula y paredes de chonta, mientras se resuelve el problema de preparar tejas y ladrillos, que hasta ahora ha parecido insoluble; como lo había sido siglos atrás, así por la calidad del barro como por la lluvia casi constante todo el año.—El de la cal parece resuelto, habiéndose últimamente encontrado grandes bancos de piedra de buena calidad; aunque en tales climas y condiciones la calcinación no es tan fácil como pudiera parecer. Pero los ornamentos y vasos sagrados e imágenes, y todo el servicio del culto podría lucir, no digo en muchos de nuestros miserables pueblos llamados civilizados, sino aun en la Capital de la República. El Supremo Gobierno se sorprendió al ver un precioso cáliz y brillante custodia destinados á uno de aquellos pueblos, y por cierto que son inferiores á los de igual clase de Archidona. Ahí está entre otros; el cáliz obsequiado por León XIII en recuerdo de su jubileo, y hemos tenido el gusto de usarlo, así como la hermosa estola que vino con él.

La población de Archidona, según los padrones actuales, tiene 458 familias, divididas en 22 parcialidades, con sus jefes ó capitanes. Tengo aquí que dar una explicación acerca del modo de ser de esta población. Cada una de esas 458 familias tiene que cultivar su chacra para alimentarse de sus productos que son principalmente el plátano y la yuca, fuera de los retoños ó parte blanda de la chonta. Para esos cultivos cada familia debe poseer y posee un pequeño espacio de terreno. Considerando como centro la plaza de Archidona, donde está la casa del Gobernador y el cuartel, la Iglesia, la casa de los Padres y la de las Religiosas, cada parcialidad tiene como si di-

jéramos su sector, y con tal independencia y respeto, que las familias de una parcialidad no tocarán jamás al terreno de otra, y hasta evitarán el mezclarse en viajes ó negocios.—Estos sectores se extienden algunos kilómetros, y no puede ser de otro modo para poder alimentarse; y este es el fundamento justamente apreciado por los legisladores de 1890 al reconocer que ese radio, más ó menos extenso según la población, no puede considerarse de terrenos baldíos, sino de verdadero terreno comunal, y de propiedad de los indios. Tanto más cuanto que también necesitan de pezca, que no es abundante, ni mucho menos en el Mishahuali, de caza, para lo que tienen otras chacras más lejanas á donde se retiran en la época de sus grandes cacerías.—A nuestro modo de ver se ha exagerado la distancia de los tambos ordinarios, y la prueba es que desde ellos en una hora ó menos vienen diariamente los niños y las niñas á la escuela, y si faltan es ó por las crecientes frecuentes y repentinas del Mishahuali, que es bien caudaloso, y de otros afluentes, ó por otros pretextos que nunca faltan para no enviar á sus hijos á la escuela. La distancia parece mayor que lo que en realidad es por la dificultad del camino entre chacra y chacra; pues hay senderos apenas perceptibles que á ellos les parecen camino real, y en los que apenas puede orientarse cualquier otro viajero.—Las vísperas de los días festivos acuden de los tambos de la chacra á otros que tienen cerca de la plaza y de la iglesia.—En mi visita tuve ocasión de ver llenarse la Iglesia, y mucho más en una solemne fiesta al Sagrado Corazón de Jesús, á quien consagré de una manera especial el Vicariato. Entre los indios reinaba la mayor alegría, animación y orden que sería de desearse en otras poblaciones civilizadas. La noche antes estaban vistosamente iluminadas las casas del Gobernador, de los PP. y de las Monjas; alegres fogatas alumbraban la plaza y la música dejaba oír sus melodías. Al día siguiente después de una misa solemne celebrada en un altar adornado con la elegancia de los mejores de Quito, salió una hermosa procesión: marchaban delante los niños internos vistosamente vestidos con gracioso uniforme, todos los varones en dos filas muy perfectas; la bella estatua del Sagrado Corazón seguía después con tres sacerdotes revestidos de ornamentos sacerdotales, y detrás en dos filas también las niñas con su uniforme, y las demás mujeres presididas por sus maestras las religiosas. Toda la extensa plaza estaba circundada de arcos, debajo de los cuales era el desfile, y tan numeroso, que con ser la carrera bien extensa llegaba la cabeza de la procesión á la Iglesia cuando apenas salía de ella el extremo!—El nuevo Gobernador, Señor D. Ramón

Borja que acababa de llegar de Quito, no cesaba de admirar tan hermoso concierto. Singular satisfacción me causó en los otros días de fiesta que pasé en Archidona, ver con qué confianza venían los capitanes y fiscales á tratar con los Misioneros los asuntos de su parcialidad, no menos que la animación de todos sus moradores: ese día aparecen bien adornados y vestidos, y con aire arrogante y tipos nobles, que no se encuentran ya en la degradada raza indígena de las poblaciones de la mesa interandina.—Si sólo encontraran amor y no la esclavitud al salir de sus chacras, creo no sería tan difícil organizar mejor los pueblos; pero como saben que las vejaciones de los especuladores pesan principalmente sobre el que está más cercano, buscan y con razón no estar tan á la mano.—Se ha dicho que huyen del trabajo; yo puedo testificar lo contrario. Ya he hablado de su habilidad y afición á las artes, y con motivo de haber organizado una chacra para alimentar á nuestros niños internos, éstos trabajan algo en ella; pero sobre todo ví con mis propios ojos que espontáneamente venían indios á pedir tarea para ganar su jornal en la labranza: verdad es que el jornal era justo é inmediatamente pagado á su satisfacción y aun con largueza; y este proceder ¡cosa increíble! es una de las graves acusaciones hechas á los misioneros.—De mí sé decir que recibí personalmente toda clase de agasajo y respeto de los indios de todas edades que me rodeaban con el afecto y cariño de niños; y en los viajes hubiéranme llevado en palmas, por el sólo título de Superior de sus misioneros. Todavía en Quito, cuantos llegan vienen á saludarme, con sorpresa de algunos caballeros que los han visto departiendo con notable desparpajo como en casa propia. La índole de los indios de Archidona, si no la viciase el mal ejemplo y la opresión de injustas exacciones, se prestaría á una verdadera civilización. Ya desde antiguo se nota suma fidelidad en sus matrimonios, como lo consignan sus historiadores y lo están experimentando sus misioneros; y sino fuera por la embriaguez y los viajes á Quito, que les aniquilan las fuerzas, pues mozos robustos vuelven á sus tambos como un esqueleto y tienen que descansar varias semanas en sus tambos, si no fuera por estas causas, digo, crecerían como espuma. Gracias á la moral cristiana y á los casamientos hechos en tiempo oportuno, los actuales catastros revelan más que duplicada la población desde que la Compañía de Jesús tomó á su cuidado esa Misión, y esto, á pesar de algunas pestes de viruelas que son desastrosas, y de otras no pequeñas contrariedades.—En las condiciones actuales en que los indios consideran, y con razón, que el salir á poblado sólo es á padecer las cargas y no ha recibir los frutos de la vi-

da social, es sumamente difícil civilizarlos. Hay el trabajo y amor del Misionero que salta á la vista y les halaga, y la opresión y exacciones de quienes los miran como esclavos, ó mejor diría, como cosas; la obra del primero queda destruida por la del segundo, y esta es la razón de una lucha que no puede menos de existir entre dos elementos esencialmente contrarios. “O nosotros ó los Misioneros” decía con franqueza uno de los especuladores, pocos días antes de mi llegada á Archidona.

EL PUEBLO DEL TENA.—Está á diez kilómetros al sur de la plaza de Archidona; el camino es plano y en su mayor parte empalizado, y en la época de nuestra visita, que era la de mejor temporal, nos pareció de verdadero recreo. Al llegar al vado del *Mishahuali* hay dos vías, una breve y recta por tierra al otro lado del río, y otra en canoa bajando á la izquierda el *Mishahuali*, y remontando después á la derecha el Tena Plano; es un pintoresco viaje, si el río está en su estado normal, y no poco peligroso, en sus repentinas crecientes. Tuve ocasión de ver una de éstas, que sin saber cómo ni cuándo sobrevino, corriendo impetuoso el Tena y arrebatando las canoas de su puerto.—El pueblo del Tena está en un sitio elevado en la confluencia del río Tena que la rodea por occidente y sur, y el Pano que viene en dirección de sur á norte. Estos dos ríos juntos dan luego una vuelta al oriente, y como he dicho otra vez entran en el *Mishahuali* que sigue esa dirección hasta dar con el Hollín, y con él entre peñas entran en el Napo.—En otro lugar hablaremos de esta desembocadura.—Hasta hace pocos años se hablaba mal del carácter de los indios del Tena, pero hoy acaso son los que más inteligencia y entusiasmo manifiestan, y los que me han parecido más simpáticos. Contra lo comunmente visto en otros pueblos, aquí los niños no nos abandonan durante el día entretenidos en alegres juegos al salir de la escuela, muestran afición á ésta y á las artes mecánicas, y la mayor parte del pueblo vive muy cerca de la casa de los misioneros; y con la sólo dirección de uno de ellos se han improvisado carpinteros y armadores para construir la mejor casa de la Misión, y un muy lindo altar.—Para ese pueblo era la magnífica caja de música, el cáliz y la custodia que admiraron los caballeros de Quito.—La población tiene 200 familias, repartidas en nueve parcialidades ó capitánías, á las orillas del *Mishahuali*, Pano, Tena y sus pequeños afluentes.—Hay dos sacerdotes, de los que el uno puede decirse que más atiende al vecino Napo y á otros dos anejos del mismo río, y otro religioso coadjutor.—El Tena ofrece las más gratas esperanzas, pues su movimiento de población en 1891 fué de 26 matrimonios, 38 nacidos y sólo 14 muertos.

EL PUERTO DEL NAPO.—Pasado á pié, ó en una pequeña canoa el río (Tena-Pano), tomando rumbo al S. E. se llega á divisar el río Napo, después de andar unos 7 kilómetros.—Fué el puerto del Napo siempre de gente dificultosa de manejar, diseminada en sus chacras á las orillas del río Napo, y más á las de los afluentes cercanos.—Con la desmembración de varias parcialidades de río abajo, hoy cuentan sólo 135 familias.—A la orilla setentrional del río que corre de O. á E. que, aunque cercano todavía á la cordillera, lleva un imponente caudal tranquilo y profundo que refleja el oscuro y gigantezco bosque de enfrente, está una estrecha faja de casas; se desmontó tierra adentro una buena área en terreno más elevado y sano, para formar el pueblo; pero ese terreno está hoy ocupado por gente extraña contra la ley del Congreso de 1890, y con gran detrimento de la justicia y de la existencia mismo del pueblo.—Los del Napo y demás pueblos ribereños se gozan en el agua, con suma habilidad vogan en estrechísimas canoas hechas de un tronco de *Ahuano* ó *Ajua* (especie de caoba); siendo muy común ver á una indiecita, sola en la proa, dirigir su embarcación en busca de frutas y de leña, ó simplemente para atravesar el río. Sea por esa mayor libertad, ó porque han sufrido más vejaciones, los indios del Napo son de los más reacios á la civilización. Digno es de oír á alguno de sus principales, con aire y tono de verdadero jefe de tribu, dirigir la palabra al Gobernador ó á los misioneros.—El medio de sujetarlos suele ser la amenaza de hacer que residan entre ellos algunos soldados cuyas tropelías son proverbiales y les asustan aun solo imaginadas.—Sin embargo, en lo religioso y en lo político convendría dar impulso á esa población que es la llave de toda la Provincia, y que el Gobierno tuviera propias grandes canoas y mejor algunas lanchas de vapor á su disposición para sus viajes.—Los misioneros tienen actualmente dos de regular forma, algo mayores que las ordinarias de los indios, aunque de una sola pieza y á lo más de 85 centim. de ancho sobre 7 metr. de largo, en una de las cuales surqué yo las aguas del Napo. La tripulación era de tres indios á la proa y uno á la popa que es como el patrón de la embarcación, y dirige hábilmente el rumbo entre las correntosas aguas de la parte superior del río, ó las numerosas islas y bancos de la parte baja, con un remo ó canaleta que llaman *cahuina*. Los de la proa que se llaman punteros por ir á la punta, vogan con remos casi sólo cuando hay que atravesar (chimbar) el río; que por lo demás manejan unas largas varas, que fijan en el fondo ó en las rocas de la orilla, para hacer avanzar la canoa en la subida. Las correntadas, algunas sumamente peligrosas, se suben arrastrando la canoa á brazo, lanzándose todos los tripulantes al agua:

es cosa que causa angustia versus hercúleos esfuerzos, al paso que admiración la habilidad con que salvan pasos dificultosísimos. Si el indio no está embriagado, y se le trata bien y cobra con esto amor á su patrón, puede éste fiarse de él aun en los pasos más peligrosos. En general son mejores remeros mientras más abajo del río moran, excepto los de la Concepción, que son sin disputa los que mejor conocen la navegación hasta el Marañón y las salinas del Perú.

El día 10 de noviembre con un tiempo magnífico, estando el río ni muy crecido ni muy seco, esto es, sin extremos peligrosos, sin ningún recelo me confiaba al Napo, en una de esas estrechas canoas, y con un andar ni muy rápido ni muy lento, admiraba sus pintorescas riberas, y notaba el rumbo con una improvisada bitácora colocada en el frente de mi rústico asiento al centro de la embarcacioncilla. Dejamos á la derecha el sitio donde estuvo la malograda colonia, de la que no queda más que un tambo entre el bosque. Pocos momentos después se pasa el famoso remolino de *Latas* y de cuyo peligro, en favorables circunstancias y con hábiles remeros, casi ni se dá uno cuenta; en otra ocasión hasta atraqué la canoa á sus temidas rocas para tomar algunas muestras interesantes de un gran banco de cal gris, donde se descubren todavía las conchas á que debe su formación. A unos 16 kilómetros del Napo, río abajo en la banda izquierda, en un sitio elevado junto á la desembocadura del Michahuali (que lleva consigo las aguas del Hollín, Pano, Tena y otros menores) está el nuevo pueblo de Pucaurcu.

SAN JABIER DE PUCAURCU.—Cuyo nombre lo debe á los altos bancos de greda rojiza de sus inmediaciones, es de reciente fundación, con bonita iglesia y altar bien pintado y de maderas muy finas. Consta de sesenta familias que pertenecían al pueblo del Napo, pero cuyos tambos estaban muy lejanos, esto es de *Latas* abajo. Crecerá la población; y su movimiento en el año 1891 fué de doce matrimonios, trece nacidos y ocho muertos. Muestran mucha docilidad, y una de las súplicas que sus jefes fueron á presentar al nuevo Gobernador (Apu), y me hicieron á mí, fué que no se permitiera de ningún modo avecindarse á ningún comerciante en su pueblo, con amenazas de abandonarlo.—Contra lo que se suele afirmar, y es en general cierto, los de Pucaurcu me han llevado á sus tambos, y mostrado gustosos todo su menaje, armas, adornos, & y lo más íntimo de su hogar, para tomar nota y dibujarlo. Notaré que en la desembocadura del Mishahuali no se forma una idea del gran caudal que trae, y que en el Napo no se nota después

considerable aumento. Es verdad que ambos ríos van muy encajonados.

El AHUANO está á unos 15 kilómetros del Pucaurcu, situado también á la orilla izquierda del río Napo. Este comienza ya á ensanchar sus riberas, que suelen ser muy bajas, y á dividirse sus aguas dejando lindísimas islas, de modo que la navegación se hace difícil por tener que escoger tal ó cual canal (*chicta*), de los que algunos son peligrosos, y otros al contrario más favorables en las crecientes, sobre todo al remontar el río. El Ahuano consta de unas 37 familias, y es famoso por la abundancia de serpientes de la peor especie, la *pitatalala*. Sus moradores se alimentan de la pezca que es ya más abundante y de la caza. El tipo de los aguanos es muy característico, sobre todo por la nariz alta y aguileña, y porque se recortan el pelo; son además de carácter más franco y vienen á departir con suma confianza con el misionero, apenas éste desembarca.

Casi enfrente, un poco río abajo, desemboca á la derecha del Napo un río famoso desde los primeros tiempos de las Misiones, que entonces se decía *Araona*, y hoy se llama *Arajuno*. Es la entrada para atravesar hacia el sur con rumbo al pueblo del Curaray y Canelos.—Los antiguos misioneros navegaban por el Araona, hasta encontrar el *Nushino*, que también navegaban, y entraban al Beleno (hoy Villano). Actualmente se prefiere dejar la embarcación que casi no sirve más que para pasar á la banda derecha, y se sigue por tierra por un penosísimo camino de dos días hasta el pueblo del *Curaray*, en las cabeceras del río de ese nombre, que recibiendo después varios afluentes caudalosos y sobre todo el *Mauza*, entra á larga distancia en el Napo.—De este pueblo hay camino de dos días hasta el pueblo de Canelos á orillas del *Bobonasa*, centro de la actual Misión dirigida por los RR. PP. dominicanos. No he visitado el pueblo del Curaray, pero por los catastros formados diré que constaba de 37 familias, que una epidemia de estos días, *la influenza*, acaba de reducir á 25.

Enfrente al Ahuano, el río Napo muestra majestuoso aspecto, y más, cuando crecido cubre las islas y levanta grandes oleadas, pasa mugiendo y arrebatado, arrastrando grandes árboles como si fueran una paja. A poco de haber atracado nuestra canoa, vino una de esas crecientes, que vista desde lo alto del pueblo era en extremo imponente. El río va comiendo la ribera en que está el pueblo del Ahuano, y los actuales misioneros aseguran que en 20 años ha carcomido más de 50 metros, y sigue carcomiéndola.

SANTA ROSA.—Es pueblo pequeño de unas 30 familias, restos de otra numerosa población, á unos 20 kilómetros del Ahuano, y está situado en la ribera izquierda del Napo en una alta meseta, á lo menos donde está la iglesia, la casita del Misionero y otra para las autoridades civiles, cuando allí tocan, con algunas chozas más. La parte Sur de la población, es más baja. Pero á pesar de la altura de la primera, todos esos terrenos son húmedos, y en algunos puntos cenagosos y por ello malsanos. Lástima grande es ésta para el porvenir; porque aunque la actual *Santa Rosa* no está en el mismo sitio que la antigua, que era de peores condiciones de salubridad, tiene su misma importancia, la de ser como si dijéramos el puerto para las demás poblaciones de la llamada provincia de *Loreto*.

Santa Rosa perteneció siempre en lo antiguo á la doctrina de Avila, como consta del informe citado del doctor Riofrío, y así no dependía de Archidona ni por consiguiente de su doctrina.—Durante los primeros años de la República, fué la residencia oficial de los Gobernadores, y digo oficial, ó mejor nominal, porque á causa de la mayor cercanía á Quito, las autoridades preferían vivir lo más del tiempo en el Napo ó en Archidona.

Entre el Ahuano y Santa Rosa ponen los mapas, y aun las geografías que sirven de texto oficial de enseñanza, á *Napotoa*: existió efectivamente á mediados de este siglo; pero hoy ni rastro ni memoria queda de ese siempre miserable pueblecillo. Los otros dos pueblos que se hallan siguiendo el curso del Napo, son *Suno*, en la ribera derecha, y no enfrente, sino dos horas más abajo de la desembocadura del río Suno, que viene de junto á Loreto. Va decreciendo y apenas consta ahora de 24 familias. El de la *Coca* ó sea el que fué pueblo de este nombre, en la época de mi excursión casi había desaparecido, no constando más que de 9 familias.

LA COCA, enfrente de la histórica desembocadura del río Coca, ha sido lugar donde se han fijado muchos de los explotadores de caucho; pero entendemos que por más de una causa Dios no ha bendecido sus trabajos. El antiguo pueblo de la Coca que hace 20 años contaba 40 familias estaba situado al frente del actual, esto es en la ribera izquierda del Napo, en la confluencia del río Coca. Su autoridad era ecuatoriana (D. Juan Rodas) y su cura uno de los primeros misioneros de la Compañía de Jesús, el P. Ambrosio Fonseca. Hubo de abandonarse el sitio por las terribles avenidas del río Coca. Años después el Prefecto de Mocoa, no sabemos con qué derecho, nombró teniente suyo á un ecuatoriano que había fijado su vi-

vienda allí: el caso es tal vez único en su género, de ser un ciudadano ecuatoriano autoridad (?) colombiana en terreno ecuatoriano, sin pueblo en que ejercer su mentida autoridad, pues ese ciudadano vivía solo!

Entre la desembocadura del Suno y la del Coca, está la del río *Payamino*, que después de dilatado curso y recogiendo las aguas del *Pauxiyacu* y *Punino* entran directamente en el Napo, y no en el Coca, como falsamente afirman los primeros narradores de novelescas expediciones y los que hasta el día los han copiado.

DE LA COCA AL AMAZONAS.

De las narraciones ó descripciones de viajes y exploraciones antiguas del río Napo hasta el Pará, la que se ha confirmado por el estudio y experiencia posterior es la del P. Cristóbal de Acuña S. J., quien en compañía del P. Andrés de Artieda, hizo el viaje por especial comisión de la real Audiencia de Quito. La provisión real decía: “Ruego y encargo á Vos “P. Cristóbal de Acuña, que partais para la dicha provincia del “Pará, teniendo cuidado de descubrir, con la mayor claridad “que os fuere posible, la distancia de leguas, provincias, pobla- “ciones de indios, ríos y parajes particulares que hay desde “la primera embarcación (que fué en el actual puerto del Napo) “hasta el Pará, informándoos con la mayor certeza que pu- “dieres de ello, para dar bastante noticia, como testigo de vis- ta en mi real Consejo de Indias.” Lo que prueba que la Au- diencia de Quito y la Corte española no tenían fe en las narra- ciones de los que, como dice el historiador Cevallos (*), no habían hecho más que bajar y subir por el Marañón “como aventu- reros ó viajantes á quienes la casualidad llevó por esas aguas”. Y en efecto el P. Acuña tuvo esta comisión, que cumplió con particular esmero y feliz éxito, con motivo del viaje casual de dos religiosos legos franciscanos (Fr. Diego de Brieda y Fr. Andrés Toledo), restos de la desgraciada expedición de Pala-

(*) Resumen de la H. del E. t. II. pág. 173.

cios, que fueron á parar al Marañón, y motivaron la venida por el mismo Napo del Capitán Texeira, quien entró por el Payamino y Avila á Quito.

Durante el siglo pasado se redujeron muchas tribus del Napo, de las que hasta catorce cuenta en su informe un Visitador real en 1745. Los jesuitas siguieron reduciendo más hasta el infortunado 1767.—En la actualidad casi han desaparecido esas tribus. Pero todavía hay á la presente varios lugares del río Napo, abajo de la desembocadura del Coca, habitados por ecuatorianos que se ocupan en la extracción de caucho principalmente, y son: *Tiputini* á tres días de bajada desde la Coca, á la boca del río Tiputini, que entra por la derecha, con 25 familias de indios á órdenes y sueldo del Sr. Delfín Parduro. En frente del Tiputini á la orilla izquierda del Napo, está con algunas familias otro ecuatoriano, que busca libertad (?) en el pretendido derecho de Colombia.

SAN JAVIER, en la desembocadura del Curaray, donde el Sr. Juan Rodas tiene cosa de 30 familias, algunas del Curaray. Este San Javier no debe confundirse con el antiguo San Javier cercano á la misma desembocadura, formado de la simpática y piadosa tribu Icahuates, de que hicieron tantos elogios los misioneros antiguos, y desapareció como tantos otros con la pragmática de Carlos III.

HUIRIRIMA, posesión del D. Benigno Villena ecuatoriano, á orillas del Huiririma que tampoco debe confundirse con otro pequeño Huiririma, que algunos ponen antes del Curaray, no sabemos con qué fundamento.

PUCABARRANCA, hay dos portugueses con algunos caucheros.

LA MAGDALENA, posesión del Sr. David Andrade, ecuatoriano de Pelileo, está á orillas del río Mazán (*Masa* decían las antiguas relaciones) á cuatro días de bajada desde el Curaray, y á menos de uno de distancia del Marañón. Desde el Mazán hay camino de tierra para Iquitos de siete horas próximamente.—Seis horas abajo del Mazán está el "Destacamento", reconocido como de jurisdicción ecuatoriana hasta estos últimos tiempos. El Gobernador del Napo, aun en días de vivos, nombraba el Teniente político, y era el punto donde se detenía la escolta ecuatoriana cuando llevaba algún desterrado por aquella vía.

Como apéndice, y para que se tenga noticia más detallada curso entero del Napo, insertaremos una interesantísima carta del R. P. Gaspar Tovía S. J., Vicario Apostólico del Napo, que varias veces ha emprendido ese dilatado viaje pa-

ra atender á los ecuatorianos, así blancos como indígenas, á quienes no sabemos hayan visitado los Gobernadores civiles, y de seguro ningún sacerdote con carácter de tal de la vecina República que sin justicia pretende su posesión.

Digamos una palabra del río Aguarico, que entra al río Napo por la banda izquierda, y se le ve al fin del 3º ó 4º día después del Coca. En el tiempo de nuestra visita, aunque no llegamos allí, residía en su embocadura el desgraciado Higinio Díaz asesino de Mr. Parller.—No sabemos los restos que queden de los antiguos pueblos de *San Bartolomé y San José de Mocoya, de San Pedro, San Estanislao, San Luis, Santa Cruz y el nombre de Jesús*, que los misioneros de la Compañía de Jesús tenían en el Aguarico, según el informe del Dr. Riofrío, tantas veces citado, porque hemos querido tomar datos de personas extrañas. En ese documento oficial se calcula la población total de los pueblos del bajo Aguarico, en 1628 indios cristianos y 435 catecúmenos.—Por la muerte dada al P. Francisco Real, misionero del vecino pueblo de San Miguel de Ziecoya, y la que intentaron dar después en el mismo pueblo al P. Manuel Uriarte, esos indios comenzaron á desbandarse. Conste entre tanto que el Aguarico, desde su desembocadura en el Napo hasta muy arriba, perteneció á la parte de la misión de los Jesuitas cuya cabeza inmediata estaba en Archidona. Respecto al alto Aguarico, ó sea á sus cabeceras, bien sabido es que están en lo que se llamó país de los *Cofanes*, evangelizados por el famoso mártir P. Rafael Ferrer de la Compañía de Jesús (*) en los primeros años del siglo XVII. El P. Ferrer bajó por el Aguarico al Napo y Marañón en 1605 y gastó muchos meses en su exploración, después descubrió el curso del Putumayo, y recorrió casi la mayor parte de sus naciones; siendo muy de sentir que así sus informes minuciosos al Gobierno de Quito, como su catecismo y vocabulario en la lengua cofana hayan desaparecido, sobre todo con el extrañamiento de los Jesuitas en el siglo pasado. La entrada á los Cofanes la hizo el P. Ferrer por Pimampiro, último pueblecito oriental de la provincia de Imbabura en la hoya del río Chota.

Si no hasta los Cofanes, á otra no muy extensa tribu confinante había entrado por ahí mismo el famoso P. Onofre (Estevan) de la misma Compañía, Rector de Quito, que fué el primero que evangelizó también á las tribus de la vertiente occidental de Cayapa, y el fundador de sus pueblos.—Y baste lo dicho para demostrar que el Aguarico en todo su curso pertenece de derecho al Ecuador, por más que esas regiones

(*) Véase Cevallos, Hist. del E. t. 2. págs. 132—140.

habitadas por yumbos, cofanes y sucumbíos, hayan sido mirados con tan poco ó ningún interés, por no decir abandonados, dando así lugar á que algunos, aun ciudadanos ecuatorianos, por librarse de la justicia de su país, hayan admitido ó se hayan arrogado título de autoridad extranjera en esas comarcas; de lo que aun en la actualidad hay ejemplo.

PROVINCIA DE LORETO.

Volvamos á la que fué doctrina de Avila en la antigua provincia de Quijos, cuyos pueblos están en mucho mejor pié, y con población casi duplicada desde hace unos veinte años.— Entraremos por *Santa Rosa*, y recorreremos sus poblaciones en el orden en que se van encontrando al tomar el camino de ese punto para el Norte.—Puédesse entrar por el Suno con fácil navegación, yendo á pará directamente á Loreto, ó por el Payamino á un pueblecito de ese nombre.

Saliendo de Santa Rosa á unas tres horas se encuentra el río Bueno, ó Bono, que corre ya con no despreciable raudal en dirección al Oriente, y como casi todos los ríos, puede detener al viajero. Pasado el Bueno y siguiendo al N. N. O. al cabo de tres horas se llega á *San Juan de Cotapino*. Es pueblo pequeño de 22 familias á orillas del río de su nombre que, á poco de correr también al Oriente, entra en el *Pucuno* ya muy caudaloso, y que ya trae un largo curso de N. á Sur, como que viene de las faldas de Sumaco.

LA CONCEPCIÓN se encuentra siguiendo al Norte pasado el Pucuno, á unas 4 horas de Colapino, en la ribera izquierda del pequeño río *Dahuano*.—Consta de 200 familias en cinco parcialidades, entre los grandes ríos *Pucuno* y *Guataraco*, y aún en el *Chacayacu* que se une al anterior no muy lejos de la Concepción.

LORETO, actual centro y cabeza de esta región, se halla á 7 horas de la Concepción y cuenta con cuatrocientas familias fuera de más de un centenar de viudas. Niños de doctrina suben á quinientos veinte que, como en Archidona, vienen con alguna mayor puntualidad que allá, á recibir todos los días

instrucción religiosa y las primeras letras. Las niñas sólo asisten á la doctrina cristiana, y como son tan numerosas, y es centro tan importante, es ya urgente fundar también en Loreto una casa de religiosas del Buen Pastor como la de Archidona: las abnegadas religiosas con ánimo más que varonil, porque las mueve únicamente el amor á Jesucristo y el verdadero celo por la salvación de esas abandonadas indiecitas, se ofrecen á ello. El Congreso nacional debería decretar la fundación de esa Casa y dotarla á lo menos como la de Archidona, que tan exelentes frutos está ya produciendo, como es notorio.

Loreto está al N. E. de la Concepción, y tiene al oriente el Río Suno, ya navegable, de modo que desde el puertecito del *Montacocha* se puede bajar directamente al río Napo en cinco horas. El Suno en ese trayecto aumenta considerablemente su ya poderoso caudal con el triplicado del Chacayacu, Guataraco y Pucuno que le entran juntos con el nombre *Guataraco*, y algo más abajo con el Bueno. Es una vía fluvial de suma importancia, que aumenta la de Loreto sobre la antigua Avila, que no estaba ni está en tan favorables condiciones.

AVILA, que dió nombre á la doctrina, como parte muy principal de la antigua Gobernación de Quijos, aun en sus tiempos más prósperos no llegó á tener más que 270 almas; hoy tiene 150 familias y no pocas viudas, en ocho parcialidades que toman nombre de los grandes y pequeños ríos en cuyas riberas buscan su alimento. Está situada al N. O. de Loreto, á 8 kilómetros, y recostada en los ramales de la cordillera del Sumaco.

SAN JOSÉ es el pueblo más cercano á Baeza, de modo que desde este punto, atravesando el río Cozanga, hay camino (?) directo, si puede llamarse camino el peligrosísimo, por despeñaderos y profundas quiebras, y por ríos caudalosos que se interponen y se pasan con gran trabajo por balsas, por maromas de bejucos y por puentes formados de un solo palo según las palabras textuales del Sr. Riofrío en su informe oficial, como testigo de vista. Por eso solamente en determinadas épocas del año salen por ahí los indios de San José. Está situado á la orilla izquierda del río Suno, ya caudaloso á pesar de tomarlo no muy lejos de su origen, de manera que para ir á Loreto ó Avila hay no pequeña dificultad en vadearlo. Tiene de población 125 familias, fuera de un número considerable de viudas que están distribuídas en siete parcialidades.

PAYAMINO es el último pueblecito de esta parte de la provincia, apenas cuenta 34 familias, á orillas del famoso río de su nombre. Decimos famoso, porque se ha tenido como el más pintoresco y rico, á lo menos por sus afluentes Pauxiya-

cu, Chapano y Punino: famoso fué también porque por él entró el Capitan Tejeira en el viaje que provocó la expedición del P. Acuña. Actualmente se reconstruye su iglesia, consumida por las llamas.

Permítasenos, ya que hablamos del *Payamino*, decir una palabra acerca de la narración inédita hasta hace poco de F. Gaspar de Carvajal, escrita evidentemente en el mismo sentido que los informes de Francisco de Orellana, y para justificar á éste y librarle del calificativo de traidor. Según Carvajal, salidos los 50 soldados con Orellana, en el bergantín (?), del real de Pizarro, que según todos los datos parece estaba situado no lejos de la cascada del Coca, esto es hacia San Rafael, prosiguieron río abajo, y “con este río (dice) se juntan otros poderosos, así como el Cozanga por el cual así mismo pasamos, como otro que se dice Payamino y el de la Canela”.—Ahora bien, aunque tan formalmente asegura Carvajal que fueron pasando por dichos ríos, éstos no se juntan al Coca en ese trayecto. El Payamino, como hemos dicho, desemboca directamente en el Napo arriba, de manera que Carvajal no pudo verlo al ir en el Bergantín, ya que camina paralelamente al en que él vogaba, y en cauce profundo; el río de la Canela es un mito, y no sólo no desemboca en el Coca; pero ni existía río de ese nombre en el país por Carvajal recorrido. El Cozanga no entra en el Coca, sino que con el Quijos se disputa ser su origen, y está mucho más atrás de la cascada, como que no tiene ese nombre de Cozanga sino en las cercanías de Baeza. Es verdad que en toda la narración de Carvajal, como en la de Pizarro, hay muchísimos datos fabulosos, p. e., que *primero* llegaron al gran País del Sumaco y de la Canela, y *después* (calculando en 100 leguas la distancia) á las juntas del Quijos y del Cozanga.— (*) Con razón historiadores como D. Pedro F. Cevallos consideran á todas luces fabulosas esas narraciones.

(*) Lo primero con que debía encontrarse Pizarro era con las juntas del Quijos y del Cozanga á *siete ú ocho* leguas del paso de la Cordillera; después, apenas dominada cualquiera de las cumbres de los ramales de Guacamayos, se presenta el hermoso cono del Sumaco. Cuántos errores, pues, en tan pocas líneas ~~de~~

IV.

LAS MISIONES.

DESDE 1868 HASTA 1875.

No es mi intento hablar de los antiguos Jesuítas que, durante los siglos XVI y XVII, idos á la Gobernación de Maynas á ruegos de su Gobernador D. Pedro Vaca de la Cadena y de la real Audiencia de Quito, extendieron inmediatamente así la Gobernación civil como sobre todo la civilización cristiana por los principales afluentes del Marañón, tanto de la parte de las montañas del Perú como de las del Ecuador. Esto pediría más espacio, y acaso algún día daré á luz documentos sumamente interesantes sobre la materia.

Hablo ahora solamente de la nueva Compañía.—En julio de 1863 el primer Concilio Provincial Quitense suplicó á la Santa Sede confiara la Misión de los indios orientales á los religiosos de la Compañía de Jesús (*), y el segundo Concilio (**) en 1869, reconociendo “que pesaba sobre la Iglesia y la Nación ecuatoriana el más grave de los deberes, el de atraer á la vida y civilización cristiana á las innumerables tribus orientales” “para satisfacer en cuanto fuere posible esa obligación,” formuló su famoso proemio y decreto III, y estipuló un contrato con la Compañía de Jesús que fué aprobado, junto con el Concilio, por la Santa Sede. Aun antes de ratificarse este contrato, ya en los primeros meses de 1869 el R. P. Ambrosio Fonseca con el P. Manuel Guzmán entraron por la vía de Baños á Canelos siendo todavía Vicario apostólico el Ilmo. Señor Daniel Pástor elegido en 7 de agosto de 1867. El P. Fonseca recorrió aquella doctrina, pasó al Curaray, y dió la vuelta por el Napo y Archidona á Quito á dar cuenta de su expedición. Por enero de 1870 volvió por la vía de Papallacta á Archidona, y recorriendo los pueblos de esa doctrina y los de Loreto confió al P. Guzmán la evangelización de los del Curaray y Canelos. Quedó así definitivamente á cargo de la Compañía el cuidado de esas misiones

(*) Pág. 97.

(**) Proem. decr. III.

cuando, por renuncia del señor Pástor, su Santidad nombró en 7 de febrero de 1871 por sucesor en el Vicariato al R. P. Andrés Justo Pérez de la Compañía de Jesús que lo fué durante más de nueve años, sucediéndole en el cargo, nombrado por S. S. en 1880, el actual Vicario R. P. Gaspar Tovía S. J.

Cuando por enero de 1870 entraba por segunda vez y ya de fijo el R. P. Fonseca con el P. Guzmán al territorio Napo, y le recorría en toda su extensión hasta Iquitos, entraban también á Macas los PP. Andrés J. Pérez y Nicolás Soberón; y á Gualaquiza, los PP. Luis Pozzi y Domingo García, todos acompañados de religiosos coadjutores. No se había ratificado todavía en Roma el contrato; pero ya la Compañía tomaba sobre sí el penosísimo encargo. Se trató también de entrar á Zamora, pero se suspendió el viaje de acuerdo con el Gobierno eclesiástico y civil, que juzgando peligroso al par que infructuoso ocupar una sola población, sin esperanza de internarse hasta las tribus bárbaras, entonces en época de gran agitación y matanzas, determinaron se esperase momento más oportuno, y el éxito de la ocupación de Gualaquiza que, si iba prósperamente, podía ser también entrada para las tribus cercanas de Zamora. Desgraciadamente no fueron vanos los temores, malográndose aun las halagüeñas esperanzas fincadas en Gualaquiza. Construida ya por el R. P. Pozzi una hermosa Iglesia bien paramentada, y organizada una escuela para niños; las irrupciones armadas de los jívaros obligaron al Supremo Gobierno á sostener un destacamento militar que luego retiró, imposibilitándose de este modo la acción de los Misioneros. Estos, después de más de dos años de penosos trabajos, durante los cuales tuvieron vendidas hasta sus vidas, dejaron con gran dolor una residencia que habíau regado con sus sudores; y á insinuación de las supremas autoridades se trasladaron á otro punto que se consideró de mayor importancia, esto es, al centro de la provincia de Loreto. No se perdieron de vista las jivarías del sur, porque desde Macas se hacían excursiones á ellas y aún hacia las de Méndez, y también se ensayó la fundación de pueblos puramente jívaros, obtenida la amistad de algunos de sus capitanes (*). Constan en el periódico oficial de aquellos años los informes enviados al Presidente de la República y á la Delegación Apostólica así desde Gualaquiza como desde Macas; y el estado floreciente de toda la Misión en los informes presentados á los congresos de 1873 y 1875 á los que remito al lector.

(*) Ya entonces figuraba el jívaro Charupa, que según el estado de las luchas intestinas de esas tribus, venía á estar largas temporadas al abrigo de los Misioneros;

DESDE 1875 Á 1892.

El asesinato del Excmo. Sr. García Moreno, que había contribuido más que ningún otro á la fundación y desarrollo de la Misión oriental, privó á ésta de casi todo apoyo moral y material. No obstante este abandono, y de haberse visto la Compañía de Jesús hostilizada y vilmente calumniada, y aún públicamente insultada en la persona de sus Misioneros y hasta en la del Vicario Apostólico por los que se decían representantes de la autoridad en aquel territorio, donde ni la vida de los PP. estuvo algún tiempo en seguridad, habiendo tenido que salir en su defensa contra el arma homicida ciudadanos extranjeros (*), la Compañía digo, se mantuvo firme en tiempos sumamente borrascosos, y se mantiene hasta el día ^{ya} con cuatro pueblos ó estaciones, ~~que~~ á las que se comprometió con los PP. del Concilio II Quitense, sino con la serie de pueblos de que hemos hecho mención en otro lugar de este trabajo. La población se ha duplicado y en algunos puntos casi triplicado, merced á las costumbres más morigeradas por el Cristianismo, á pesar de las pestes que durante este tiempo han afligido aquellas comarcas. En esos pueblos se cumple con los deberes cristianos con más regularidad que en muchos de los pueblos de la parte civilizada de la República, se instruyen niños y niñas en la doctrina cristiana, y en los centros más poblados hay escuelas de primeras letras para niños, y en la Capital del Vicariato, como en su lugar apuntamos, también para niñas, habiendo la Compañía logrado llevar á las religiosas del Buen Pastor. Estas tienen además unas 25 niñas y los PP. 30 niños internos á quienes, además de la instrucción en las letras y artes, se dá habitación, alimento y vestido, y se prodigan los más esmerados cuidados. En los informes oficiales de la Gobernación de Oriente publicados por el Gobierno constan estas obras, y que para ellas no se ha contado con recursos oficiales para local, útiles, ni demás gastos de los internos; de modo que los 1500 niños de la provincia oriental con que se ha aumentado la cifra de los que reciben instrucción primaria en la República, son debidos únicamente á la abnegación de los religiosos y re-

(*) El príncipe Carlos de Uraj que viajaba con el nombre de Barón Neuffen, en compañía del R. P. Vicario Apostólico, un día en la ribera del Napo tuvo que ponerse en guardia para defenderle. En su palacio de Wurtemberg recordaba años después aquella escena.

ligiosas que tal vez no tienen otro premio que calumnias, fuera del que les está reservado por otro remunerador que todo lo pesará en su día y en justísima balanza. Sin embargo, la Nación debería atender á esa necesidad, si quiere preciarse de favorecer la civilización de sus nacionales de Oriente.

En la actualidad la demarcación del primitivo Vicariato confiado en 1871 á la Compañía de Jesús ha sido modificado.

La Santidad de León XIII, atendiendo benignamente á las instancias de la Nación ecuatoriana, juzgó que era llegado el caso de dividir, primero en dos y después en cuatro secciones, el inmenso territorio que cae al Oriente de las diversas diócesis de la provincia eclesiástica ecuatoriana. A la Compañía se le reservó la parte setentrional que comprende el río Napo y sus afluentes, por lo que solo á esa parte me he concretado en este trabajo.

Para recapitular haremos constar que la Misión del Napo contiene al presente un Vicario Apostólico y quince religiosos más de la Compañía empleados, ya fijamente, ya en escursiones circulares, en la evangelización de cerca de dos mil familias cristianas divididas en catorce pueblos.

RENTAS DE LA MISIÓN.

El Concilio II Quitense en su contrato ofreció los fondos que había decretado para iniciar la fundación de la Misión y sostenerla después, creyendo, como era natural, que al desarrollarse sería necesario aumentar los recursos proporcionalmente (*). A su vez el Gobierno del Ecuador, en cumplimiento de lo estipulado en el Concordato (**), decretó auxilios para el fomento de las misiones, y consta el artículo á esto relativo en los presupuestos anuales ó bienales aprobados en los respectivos Congresos.

Con el decreto del Concilio quitense se ha conformado fielmente el Ilmo. S. Arzobispo y Cabildo Metropolitano en lo que á ellos tocaba, y algunas veces otros Obispos y Cabildos de otras diócesis; como de Riobamba, Ibarra y Manabí.

(*) Conc. Prov. Quit. Decr. III n. 3º

(**) Conc. 1862. art. 22; Nueva lección del Concord. 1822. n. 22.

Lo demás (sobre todo, lo contenido en los incisos 4º, 5º y 6º del número 3) ha quedado hasta la fecha letra muerta; lo que computado sólo hasta 1892, subiría á mas de \$1 30.000 que no se han dado á las misiones, como rezaba el contrato.—

En cuanto á lo votado en los Congresos ecuatorianos, desde la muerte del nunca bien llorado García Moreno hasta fines de 1890, tampoco se ha dado á las Misiones *ni un centavo*.

La suma á que asciende lo decretado en los Congresos, y no pagado á la Misión de Oriente es superior á *cuarenta y seis mil sucres* (\$1 46.000). Cuánto podía haber adelantado aquella provincia, así en caminos como en escuelas, iglesias, etc., etc. con sus fondos tan justamente decretados!—

No acusamos á ninguna persona; pero era necesario consignar alguna vez el hecho, ya que las cifras que figuran en solemnes contratos y en los presupuestos de la Nación se han tomado en serio, y como fielmente entregados, así en Roma como en otras capitales europeas, aun en la misma República del Ecuador; cuando la verdad es lo que publicamos, y están ahí las cuentas de la Colecturía metropolitana, y las del Ministerio de Hacienda que no nos dejarán mentir.

Muchos de los obligados á contribuir, según el Concilio quitense, han solicitado y obtenido después de 1890, ó la condonación absoluta ó la reducción de sus deudas, por razones que suponemos muy justas, pero que ceden en menoscabo de la Misión. También á petición del que suscribe, y á cuenta de la ingente suma arriba indicada, dió el Gobierno en 1890, 500 sucres. En el Congreso de 1890, para que finalmente cumpliera la Nación sus serios compromisos con la Compañía de Jesús, y sobre todo con la Santa Sede, de quien se había solicitado la erección de nuevos vicariatos, adjudicó para ello el ramo de la pólvora que calculó suficiente para llenar los presupuestos de los vicariatos, y que aún dejaría un sobrante para caminos á la provincia oriental. Pero según los datos oficiales que constan en la Memoria del Sr. Ministro de Hacienda, la pólvora no dió ni con mucho lo calculado, y la suma líquida, deducidos los gastos del manejo del ramo, repartidos proporcionalmente en las cuatro secciones de los misioneros de Oriente, fué apénas un tercio de lo que puntualizaba el presupuesto.

Al hablar de la renta no he hecho mención de lo que el presupuesto pone siempre para las escuelas de Oriente, en el ramo de instrucción pública: porque *jamás* ha pasado de estar escrito en esos documentos oficiales.

Y sin embargo, la Compañía de Jesús ha cargado con todos los gastos de la Misión, en que, para decirlo en pocas pa-

labras, están incluídos los viajes desde Europa del R. P. Vicario Apostólico para asuntos del Vicariato; la compra de vasos sagrados y paramentos para la mayor parte de las iglesias de los catorce pueblos que están con mayor decencia y abundancia que muchos de los pueblos civilizados de la Sierra; los edificios para habitación y escuelas, con los útiles de éstas, vestidos y alimentación de niños que los misioneros tienen como internos en Archidona. Y esto, repetimos, sin recibir la mayor parte de lo que figura como dotación de los misioneros; atendidos casi á lo que la Iglesia Metropolitana ha erogado de su parte, que dicho sea de paso, apénas bastaba para un miserable sustento, pues distribuida entre los misioneros, no les tocaba á éstos más de lo que recibe un jornalero ó soldado raso de la Capital.

V.

OBSERVACIONES GENERALES.

No terminaré estos lijeros apuntamientos de viaje sin consignar algunas observaciones generales, que ocurren á cualquier viajero que deseoso del verdadero progreso de los pueblos recorra la Provincia oriental. Las unas están indicadas en el curso de lo hasta aquí dicho, pero estimo muy oportuno reducirlas á puntos determinados, y resumirlas todas en breves términos.

I. CAMINO AL ORIENTE. La primera es la urgente necesidad de un camino que una la Provincia de Pichincha con la Oriental. No lo hay en realidad y, sobre todo en tiempo de lluvias, los ríos oponen infranqueables barreras, quedando la Provincia oriental en completo aislamiento y abandono. Pero como lo óptimo es enemigo de lo bueno, no pienso que deba tratarse de camino de mucho costo, cuyo solo presupuesto destruiría toda esperanza de ejecución. Debería pensarse en habilitarse la vía actual, poniendo cuatro ó cinco puentes de acero en los principales ríos caudalososísimos y que interrumpen toda comunicación en sus crecientes. El costo de dos de ellos que están ya en Quito, fué en París de 8.000 francos, lo que prueba

que los cinco, puestos en Quito, apenas llegarían á \$/ 10.000.

Con esto y con que se asignase un pequeño fondo para que dos veces al año se limpiase el bosque bajo y se hiciesen algunos empalizados, trabajo que alguna rara vez ejecutan hoy sin retribución alguna, por fuerza, y malamente los indios, habría lo suficiente por el momento atendida la escasez del erario.

ESCUELAS.—Se da ya alguna instrucción á cerca de 1500 niños, como se ha publicado en la Memoria del Ministro de Instrucción Pública, apoyándose en el Informe del Sr. Gobernador de aquella Provincia. Pero si eso ha de continuar, es menester mano firme en las autoridades para obligar á los indios á que envíen sus hijos, y cumplan la ley de instrucción pública, imponiéndoles alguna pena, por ejemplo, un rato de trabajo, ya que no se puede imponer multa á los que impiden que se dé educación á sus hijos.—Además, se debería cumplir con lo ordenado en la ley de proveer de locales y de útiles de enseñanza, prescindiendo de la dotación de los maestros, que siendo los religiosos de la Compañía la dedicaran á vestir y alimentar, como ya lo hacen á muchos de los niños, y á comprar instrumentos para la enseñanza de algunas artes que reputo ser punto indispensable, mas que otros de puro adorno, para la formación de poblaciones civilizadas. Todo esto se ha iniciado, pero no puede tener conveniente desarrollo si sólo se hace *únicamente* á costa y trabajo de los Misioneros como hasta ahora se hace.

PUEBLOS.—Atendidas las razones mas obvias se ve la necesidad de ir atrayendo á los indios á formar centros mas unidos, si se quiere que lleguen á vida civilizada; pero considerando en concreto las circunstancias, expuestas en otro lugar, de tener cada familia que cultivar su porción de terreno para mantenerse, fuera de verse obligados por la condición del clima, á vivir con cierta holgura para no perecer víctimas de peligrosísimas enfermedades; lo oportuno sería adoptar un término medio, obligándoles á reunirse una ó dos veces por semana, y emplear en ello toda la eficacia de la autoridad de entrambos poderes eclesiástico y civil. El indio si no ve firmeza en la autoridad, pasará meses y meses en sus bosques, entregado á sus instintos salvajes. ¿Qué sucederá pues, si se fomentan éstos, y se les aleja de la influencia y enseñanza del Misionero? El esfuerzo de éste, aunque sacrifique no sólo su salud sino su vida, se hace completamente inútil si los indios están, como hasta aquí, oyendo de muchos de los que por allí viven y se dicen cristianos, las mas atroces calumnias contra los sacerdotes, y viendo el ejemplo de irreligión y de menos-

precio de todo lo sagrado y de cuanto tenga viso de autoridad. Si hay seres perniciosos para la Provincia Oriental son sin duda esos que con su vida y activa propaganda trabajan por minar la base de toda civilización, que es la Iglesia.

LEYES especiales hay para la Provincia Oriental, y aunque incompletas, la mayor parte son muy bien pensadas y sumamente benéficas: no estaré yo porque de una plumada se cambien, sino es acaso alguna para facilitar la acción de la justicia. Lo que en el Oriente hace falta no es la ley escrita, sino que se cumplan debidamente las que hay. Por desgracia la acción del Supremo Poder está sumamente lejos, y varios de los que allí han ejercido la autoridad inmediata han tenido móviles muy ajenos de la civilización de los indios, y del engrandecimiento y prosperidad de la Patria, ó han sido débiles consentidores de atropellos de la moral y la justicia, cuando no cómplices ellos mismos y aun principales autores.

PORVENIR Y RIQUEZAS DE LA PROVINCIA ORIENTAL.—Las tiene de todo género esa extensísima región, que no sé por qué fatalidad ha quedado ignorada y abandonada á la rapacidad de ruines explotadores, y esta triste experiencia hace preguntar: ¿de qué valen esas riquezas? Llegará esa Provincia á ser lo que pudiera para la prosperidad de la Nación ecuatoriana? Por si acaso merecieren ser atendidas, he aquí algunas ideas prácticas que miran al porvenir de la Provincia oriental, si la República quisiera sacar algún partido de ellas. Yo distinguiría dos secciones en la Provincia de oriente: una que comprendería la faja desde Baeza á Archidona; y otra la que está á las riberas del río Napo y de sus inmediatos afluentes. La primera es muy á propósito para explotaciones agrícolas; y comenzando de la cuenca del río Cozanga magníficamente regada y de clima donde se produce el café, con la circunstancia de ser verdaderamente baldíos sus terrenos, ya que no hay habitación ninguna humana desde el cacerío de Baeza.—Esas explotaciones suponen siempre un camino á la Capital, y además, trabajo y constancia; cualidades no muy comunes en nuestros pueblos, donde se quisiera riqueza que viniera de lo alto, cruzándose ellos de brazos en la indolencia. Y al tratarse de explotación agrícola, se debería comenzar por la parte más cercana á Baeza, porque la naciente colonia todo lo tendría que llevar de Quito ó de las poblaciones limítrofes: dígallo la malograda colonia del Napo. Emito estas ideas, aunque estoy persuadido que el pueblo del Ecuador, más que de territorios nuevos y extensos necesita de brazos y de mejorar su agricultura para sacar la riqueza que le brindan los inmensos terrenos mal cultivados de la región interandina. Quien pre-

fiere la ociosidad, y con ella la miseria por no dedicarse en la parte civilizada á trabajos relativamente fáciles, mal puede arrostrar la fatigosa vida de sacrificio de una colonización en bosques vírgenes.

La otra parte que se dá á las riberas del Napo, para ser útilmente explotada, exige la colonización previa de la faja anteriormente citada, para tener con ella caminos, auxilios y recursos cercanos, y salir de la miserable situación en que hoy se encuentran los colonos del Napo. Fuera de esto, debe tenerse presente que el trabajo en el Ecuador se ejecuta con brazos de indios; y si éstos constituyen la riqueza de las haciendas de la sierra, con mucho mayor razón deberán serlo en el Oriente. Pues bien, aún para utilizar racionalmente esos brazos, y no distribuirlos como al presente se hace, lo primero es civilizarlos cristianamente, hacerles comprender con la utilidad las ventajas del trabajo y remunerárselo debidamente. Estas condiciones son imposibles en el estado actual de la Provincia oriental: se oponen, por la mayoría de los que allá van, obstáculos á la civilización cristiana, mejor dicho se hace guerra á esa civilización, usando de los indios como de viles máquinas, degradando su carácter con el fomento de vicios como la embriaguez y el halago de meses de vida salvaje en medio de sus bosques. Lejos de hacer amable el trabajo se les inculca la libertad mal entendida, y se les excita á no sujetarse á lo que impone la Autoridad con toda justicia y en bien de ellos mismos. La remuneración de su trabajo no es la justa, y á veces es totalmente negada, siendo continuos los reclamos de los indios, como puede atestiguarlo el último de los Gobernadores accidentales que ha estado en aquella Provincia.

Instrucción religiosa, moralidad, justicia, y entrañas de caridad con los indios; y al cabo de algunos años las tribus del Napo tendrán multiplicada su población, estarán en vía de verdadera civilización y preparado así el camino para su futuro y positivo progreso. Sin esto cualquier utopía de explotación del territorio Oriental terminará en funesto desengaño.

APENDICE.

EXCURSION HASTA EL RIO MAZAN.

CARTA DEL R. P. GASPAR TOVIA, VICARIO APOSTÓLICO DEL NAPO,
AL R. P. SUPERIOR DE LA MISIÓN ECUATORIANA.

R. P. Superior:

Archidona, á 16 de marzo de 1892.

Muy amado en Jesucristo Padre:

Antes de ayer, á eso de las tres de la tarde, llegué á esta casa, sin novedad, gracias al Señor, teniendo el gusto de encontrar á todos los PP. y HH. buenos en general, si bien el pobre P. Sánchez continúa padeciendo con sus piés.

En el Tiputini y en la Coca tuve la agradable sorpresa de encontrar cartas de V. R., y ya puede calcular el afán y gusto con que las abriría y leería, después de estar tanto tiempo ayuno de noticias de por ahí. Tristísima por todo extremo es la que me da V. R. en su última carta recibida en la Coca, del fallecimiento de nuestro muy amado P. General, que ha sido para mí sensible á par del afecto que le profesaba, teniendo, como tengo, tan fresca la memoria de su exquisita bondad y amor de verdadero padre con que me trató en Fiésolle, y del interés tan vivo con que miraba todo lo que se refería á esta pobre Misión. Dios.

N. S. habrá premiado con la largueza que acostumbra las muchas y eminentes virtudes que le caracterizaban, y desde luego hacían ver en él al verdadero hijo y sucesor de N. S. P. Ignacio.

Agradezco mucho á V. R. las demás noticias que en sus estimables cartas se sirve darme: suponiendo que deseara V. R. saber algo de mi expedición, voy con mucho gusto, aunque sea ligeramente, á darle algunos detalles:

Salí de Loreto el martes 16 de diciembre, caminando por tierra unas cinco horas; hasta llegar á cierto punto del río Suno, donde estaba amarrada á un árbol la canoa que ya V. R. conoce, y que debía ser mi casa flotante durante el viaje. La desamarramos, metimos en ella los dos záparos y el cajón con el altar portátil, nos embarcamos y comenzamos á bajar con toda la rapidez que lleva el río Suno, y que requiere toda la práctica y habilidad de los indios en manejar y dirigir la canoa para no estrellarse mil veces en tantos peñascos como se encuentran á cada paso. V. R. conoce ya cuan agradable es la bajada en canoa por cualquiera de estos ríos, tanto por la velocidad con que se camina, cuanto por la variedad de paisajes que se ofrecen á la vista.

Muy pronto llegamos á la confluencia del Suno con el Guataraco su tributario, y al mismo tiempo que nosotros, llegaba otra canoa que bajando por el dicho Guataraco conducía el plátano, yuca y demás cosas pertenecientes á los cuatro indios de la Concepción que debían ser mis compañeros en el viaje. Atracamos á la orilla, salimos á tierra, hicimos de comer de lo cual teníamos no pequeña necesidad, se desocupó la canoa que había bajado por el Guataraco trasbordando su contenido á la nuestra, y el resto de la tarde se ocupó en cortar las cañas hojas y bejucos necesarios para hacer el pamocari, que ya V. R. sabe lo que es.

La mañana del día siguiente se empleó toda en hacer dicho pamocari que debía ser mi vivienda durante tantos días, y mi única defensa contra soles ardientes, lluvias torrenciales, turbonadas y todos los demás efectos de la intemperie en estos bosques. Y digo *mi* única defensa, porque efectivamente el pamocari sólo era para mí. Los pobres indios tanto de día como de noche sufren á cuerpo descubierto todos los rigores de la intemperie. ¡Pobrecitos! De día van con el remo en la mano: si el sol es muy fuerte, de vez en cuando se deja oír la voz *armas huan*, que quiere decir, nos bañaremos, y en seguida soltando el remo se tiran al agua para refrigerarse un poco: y si llueve mucho, como sabe hacerlo por aquí, se reducen al mínimum posible de ropa y reciben la lluvia sobre su cuerpo casi desnudo. De noche duermen sobre la arena de la orilla del río y, ¡cuántas veces los infelices! tienen que interrumpir su profundo sueño, en horas avanzadas de la noche, y levantarse más que de prisa, pa-

ra á lo menos recibir de pié los torrentes de agua que les caen encima.

Eran como las tres de la tarde cuando, ya todo arreglado, mis indios se despidieron de sus parientes que habían venido con la canoa bajando el Guataraco, y que se volvieron subiendo dicho río, y nosotros nos embarcamos en la nuestra, y emprendimos definitivamente el viaje.

Mis compañeros eran cuatro: tres punteros y un popero, como se les dice por aquí: punteros son los que van con tres remos en la punta ó proa de la canoa, como lo recordará V. R., y popero el que va á la popa haciendo el oficio de timonel. Los cuatro eran de la Concepción; todos muy dóciles, muy serviciales, y sobre todo, muy prácticos en el río Napo, conociendo perfectamente el laberinto de vueltas y revueltas que forma el río en su caprichoso curso, y los lugares rápidos y remansos por donde conviene pasar, según que se baja ó se sube. Ya calculará V. R. cuán contento iría yo con ellos, y con cuanto cariño les habré tratado durante todo el viaje.

Nos detuvimos algunos momentos para echar la red en los puntos en que había pesca, y el Señor nos favoreció, como dicen ellos "Dio Yapa curca", dándonos lo bastante para comer aquella noche y á la mañana siguiente.

Serían como las cinco de la tarde cuando, bajando el Suño, dimos vista al Napo, y pocos momentos después entrábamos en el *Jatum yacu*, el río grande, como le llaman los indios. Poco bajamos por él, pues como ya se aproximaba la noche, habiendo llegado á una bonita playa de limpia arena, abordamos á ella, saltamos á tierra, amarramos la canoa, encendimos fuego, hervimos los pescados en agua con sal, y los comimos juntamente con plátanos asados, después rezamos y nos acostamos, ellos en la arena y yo en la canoa.

A la mañana siguiente, apenas lo permitió la luz del crepúsculo, comenzamos á bajar. Por las adjuntas cuartillas verá V. R. el camino que hacíamos cada día, la hora de salida y de parada, las diversas vueltas y tornos que forma el río, la dirección de ellas, las islas, los afluentes, etc. Llevaba siempre delante la brújula grande que conoce V. R., á fin de determinar del modo mejor posible la dirección del río en sus muchas y variadas vueltas.

Antes de pasar adelante quiero dar á V. R., que tanto se interesa en la conservación de mi salud, un detalle de mi vida de canoa. Al despertar aquella mañana observé que el poncho y cobija que me servían de colchon estaban mojados por la evaporación del agua que siempre hay en el fondo de la canoa, y entendí desde luego que toda aquella humedad se me habría estado pegando á los huesos durante toda la noche; y como yo es-

toy plenamente convencido de que la enfermedad del año pasado no tuvo otra causa que el haber venido durmiendo durante treinta y tantas noches sobre esa agua corrompida, conocí en seguida que íbamos á tener una segunda tragedia, y determiné seriamente prevenirla. Al embarcarme en el Napo, el P. Pérez se empeñó en que llevase en la canoa el catrecito de campaña que conoce V. R., y tanto me instó que al cabo, sólo por darle gusto, lo puse á bordo, con intención de no usarlo, pues siempre lo he mirado como un mueble inútil, á lo menos para mí. Pero al ver la humedad que mi pobre cuerpo había tomado aquella noche, pensé de otra manera, y traté de ver si podía armar dicho catrecito dentro de la canoa. Dicho y hecho: como la canoa es bastante ancha de popa, pudo caber en ella con holgura el catrecito armado; sequé al sol la ropa y la tendí sobre el catre, de modo que así se establecía una corriente de aire de media vara de espacio entre el fondo de la canoa y mi pobre humanidad, librándome de la perniciosa influencia de aquellas emanaciones de agua carrompida. Ya ve V. R. que el hallazgo no pudo ser más feliz, y ya calculará cuán de corazón daría gracias á Dios N. S. que por medio del P. Pérez me hacía tanto bien. El catrecito así armado no sólo me servía para dormir, sino que también hacía las veces de silla y de mesa durante el día, en él colocaba mis libros y mis papeles, y sentado en él teniendo delante la brújula, sobre la *quincha*, ó tabla de guadua picada, podía ir con toda comodidad delineando el curso del río.

Nada digno de especial mención ocurrió en aquellos días. El tiempo era magnífico y la temperatura relativamente agradable, como indico á V. R. en las referidas cuartillas. Al pasar por la Coca nos detuvimos un momento para dejar á Don Javier Morán unas cartas que habían venido de Quito para él.

A las seis de la mañana del cuarto día, que era Domingo, llegamos á la confluencia del Tiputini con el Napo, donde tiene Delfín Panduro, cuñado de Don Juan Rodas, formado una especie de pueblecito con sus peones caucheros. Salimos á tierra, arreglamos en seguida el altar, celebré la Misa á la cual asistió toda la gente que allí había, y después de dar gracias y tomar el café con que me obsequiaron los dueños de la casa, nos embarcamos y seguimos nuestro viaje. A eso de la una de la tarde pasábamos frente á la boca del río Yasuní, que como sabe V. R. le entra al Napo por la orilla derecha, como el Tiputini. Yba yo leyendo dentro del pamacari y oí que el indio popero decía á los punteros, que había allí una canoa con un pañuelo. No dejó de llamarme la atención lo del pañuelo, y picado de la curiosidad, que en estas circunstancias se excita mucho más que de ordinario, salí del pamacari, y con el auxilio de los

gemelos, pues ya íbamos distantes, ví que efectivamente el indio tenía razón; sólo que el pañuelo que él decía, era la bandera ecuatoriana. Entonces conocí que estaba allí la comisión armada que, por orden del Supremo Gobierno, había ido á tomar los asesinos de Mister Parker. No me pareció muy estratégico que digamos el pensamiento de poner bandera, pues dicho se está que los criminales que la vieran, no tendrían que discurrir mucho para poner los piés en polvorosa ó en lodorosa.

A las cinco de la tarde de ese mismo día pasábamos frente al río Aguarico, en cuya desembocadura tiene su casa el desgraciado y principal asesino del infortunado Parker. Dije á los indios que dirigieran la canoa por la orilla opuesta á fin de pasar todo lo distante posible de la dicha casa: pues ni quería perder tiempo, ni creía conveniente hablar entonces con dicho sujeto; pero él que, como todo el que vive en estas soledades, estaba ansioso de hablar con cualquiera que se presentara, apenas vió la canoa que pasaba frente á su casa gritó; pero yo, que intencionalmente me había quedado dentro del pamacari, fingí no haber oído y dije á los indios que apretaran los remos y pronto estuvimos fuera del habla.

Nada de notable ocurrió en los tres días siguientes que continuamos bajando el río Napo sin encontrar alma viviente á quien darle los buenos días, y el miércoles 23 de diciembre á eso de las cuatro de la tarde pasamos por la desembocadura del río Curaray, y quince minutos después llegábamos con toda felicidad á casa de Don Juan Rodas que me recibió con el afecto de siempre. Como era ya la antevíspera de Navidad, pasé allí la vigilia y el día de Pascua, hice algunos bautismos, y habiendo sabido que en la boca del Mazán había algo que hacer, determiné bajar allá en compañía de Don Juan Rodas que iba á Yquitos con sus canoas para vender su caucho.

Cuatro días gasté en llegar á la casa de Don David Andrade, ecuatoriano, de Pelileo, la cual casa está situada en la misma desembocadura del río Mazán en el Napo. Desde este punto se baja todavía un día para llegar al Amazonas; pero por tierra se corta ese ángulo que forma el Napo con el Amazonas, y se va á Yquitos en siete horas.

Como allí nadie me esperaba, fué una verdadera novedad mi llegada. En seguida corrió la voz que, "había venido el P. de arriba", como ellos dicen, y comenzaron á ponerse en movimiento para bautizar á sus hijos, que es de lo único que ellos cuidan; pero, una vez allí, yo me encargaba de que hicieran lo demás.

Don Juan Rodas, que llegó como medio día después que yo á causa de que sus canoas cargadas andaban menos que la mía, me contó después el alboroto que había en las diversas casas si-

tuadas acá y allá en ambas orillas del Napo, cuando se enteraron de que la canoa grande que había pasado llevaba un P. de arriba que se iba á detener en el Mazán ó sea la Magdalena, que así se llama la propiedad de Don David Andrade. Como allí no se conoce otro medio de locomoción más que la canoa, en seguida todas éstas se pusieron en movimiento para bajar á la Magdalena, que estaba entonces verdaderamente para tafetanes. ¿A dónde vas? preguntaban á los que bajaban los que aun no se habían puesto en movimiento. Voy al Mazán contestaban, á hacer bautizar á mis hijos, pues dicen que ha venido el P. de arriba. Don Juan Rodas me decía; “Padre, estoy admirado de la fé de esta buena gente; algunos, que en su vida me han visto, vienen con grande empeño á suplicarme que sea el padrino de sus hijos; Señor, me dicen, sea Ud, el padrino de mi chico, pues no conozco aquí á nadie”. Hubo familia que subió desde el Marañón por el Napo, durante seis días para venir al Mazán. Verdaderamente, es para dar gracias á Dios N. S. al ver como se conserva la fé entre aquella gente en medio del abandono en que viven, y al mismo tiempo ver la grande estimación que tienen de los PP. de arriba. Yo creo que esto debe ser todavía reminiscencias de los P. P. de la antigua Compañía.

Yo que ví tan buenas disposiciones, me dí prisa á aprovecharlas. Apenas desembarqué, buscamos un sitio á propósito en la casa para poner el altar que quedó bastante bien en el fondo ó extremo de un corredor, sirviendo éste de capilla donde nos reuníamos mañana y tarde. Aquel fué mi campo de batalla con el demonio por espacio de tres semanas que permanecí en la Magdalena, y no dudo que la Santa bendita, á la cual siempre he tenido gran devoción por el amor tan tierno que manifestó en su vida á N. S. Jesucristo, contribuiría mucho con sus oraciones para alcanzar del Sr. la conversión de aquellos pobrecitos. Allí se decía la Misa, se hacía la doctrina á los chicos, las instrucciones á los grandes, los bautismos, las confirmaciones, las confesiones y los matrimonios. Como indiqué antes, ellos no venían más que por bautizar á sus hijos; pero una vez allí fácilmente se les convencía de que tenían que hacer lo demás que les faltaba, y lo hacían sin resistencia, que era para bendecir á Dios N. S., Padre, me decían, aquí vengo para hacer bautizar y confirmar á mi hijo. ¿Está Ud. casado? les preguntaba yo en seguida. No, me respondían. Pues tienen Uds. que casarse. ¿Cómo han de vivir así en público concubinato? Pero, P., si no veníamos preparados para eso. No importa; yo les preparo en un momento. Había que empezar por explicarles los misterios de la fé; pues no puede V. R. figurarse la ignorancia en que viven. ¡Pobrecitos! Después les hablaba de la necesidad de la confesión para que el Se-

por les perdonase los pecados; los confesaba, cosa que en su vida habían hecho, y luego me ponía á cumplir la penitencia con ellos. Hecho esto, les instruí sobre los deberes que les imponía el matrimonio, y después los casaba para velarlos el día siguiente en la misa. Hubo días que casé y velé cuatro, cinco y hasta siete parejas al mismo tiempo. Esta operación se repetía casi todos los días, pues raro fué aquel en que, bien de arriba, bien de abajo, no vinieran algunos que debían casarse.

Bauticé á no pocos infieles, y por cierto, la mayor parte de ellos ecuatorianos que habían sido cazados [sic] ¡qué vergüenza! por los caucheros peruanos, y llevados después á vender por 40, 60, 80, ó más soles, según su estado de robustez y de fuerza, como pudiera venderse una mula lojana, un potro yungá ó una vaca lechera de los calientes de Imbabura. ¡Qué mentis tan solemne á la civilización cristiana! ¡A esta altura nos hallamos después de 19 siglos de catolicismo! Aunque no soy ecuatoriano, la sangre se me subía á la cara al contemplar tan cruel injusticia. En la Magdalena había cinco ó seis de estos desgraciados. El día de Reyes, á eso de las tres de la tarde, bauticé una india de 30 años que había sido traída del Curaráy y vendida por 40 soles: la infeliz sin duda había recibido muchos golpes y estaba completamente estropeada, tanto que á la madrugada siguiente murió; y es de creer que se fué al cielo con la gracia bautismal á cantar eternamente *Dirupisti Domine, vincula mea*.

Para acabar con esta materia, voy á referir á V. R. un episodio por extremo interesante que podría servir de argumento para una magnífica tragedia. Subiendo el río Napo, como á dos días antes de llegar al Curaráy, en un punto llamado Huiririma, vive un blanco con su mujer y sus hijos, según la naturaleza. Cuando yo bajé para el Mazán, pasé de largo, y no supieron quien era; después hubieron de saberlo y ya me esperaban, de modo que apenas asomó la canoa salió en la suya el dueño de la casa á toparme en medio del río y hacerme la súplica de costumbre: "Padre, tengo aquí varias criaturas que deben bautizarse, etc. Yo acudí con mucho gusto á su petición, y con tanto más cuanto que pensaba aprovecharme de la ocasión que se me presentaba para sacar á él y á su mujer del escandaloso estado en que vivían y ponerles en gracia de Dios. Pero ese día no estaba allí la Magdalena, ó si estaba, no estaba para fafetanes: Mucho les dije, mucho les exorte, pero todo fué en vano. Se quedaron como estaban: Que no es S. José padre del Niño, como dice el R. Monso. Pero vamos al asunto. Bauticé, en poco más de dos horas que estuve en aquella infortunada casa, como unos diez y siete: entre ellos se bautizó, con el nombre de Antonia una joven; como de 18 á 20 años, casada hace pocos me-

ses en la tribu de los Abishiris, y por consiguiente, ecuatoriana pura, y cuya historia es la siguiente:

Como acabo de decir, no hace muchos meses unos peruanos caucheros resolvieron unirse para hacer una correría en tierras de Avishiris y cautivar los que pudieran atrapar. Salieron de Yquitos, subieron el río Napo hasta la boca del Curaray, y, remontando este río por espacio de quince ó veinte días, dejando las canoas emprendieron el camino por tierra hacia el norte con dirección al río Napo, en busca de alguna casa de Avishiris que sorprender. Caminaron tierra á dentro más de ocho días sin encontrar lo que buscaban. ¡Constancia digna de mejor causa! Ya calculaban que estarían muy cerca de la cuenca del Napo, cuando un día de pronto comenzaron á oír cierto ruido extraño á gran distancia. Prepararon sus armas, acortaron el paso caminando con cautela, y pronto quedaron convencidos de que el ruido lo producían los salvajes que estaban reunidos en una gran choza de las que á ellos le sirven de habitación, y que á la sazón celebraban alguna de sus fiestas. Alegres por haber acertado á llegar en coyuntura tan favorable, y contando desde luego con una presa segura, aquella pandilla de desalmados mas crueles que fieras, á merced del ruido que había en la choza, pudieron deslizarse sin ser sentidos por entre las matas de yuca que la rodeaban, y tomando una posición conveniente á su infernal intento, á una señal dada hicieron una descarga cerrada sobre aquellos infelices que estaban en lo más animado de su diversión.

Lo que allí pasó es más para imaginado que para descrito; porque, verdaderamente ¿quién será capáz de pintar el espanto que se apoderaría de aquellos pobres salvajes que en su vida habían oído las detonaciones de armas de fuego, el estrago que harían las balas en aquella masa de personas desnudas, los lamentos de los heridos, y los gritos y llantos de mujeres y niños que intentaban escapar por donde podían y que iban á caer en manos de sus implacables verdugos? Como es de suponer, muchos de aquellos desdichados quedaron muertos, otros mal heridos que morirían también al poco tiempo, y los restantes, unos pudieron escapar, y otros, especialmente mujeres y niños que no tenían tanta agilidad y fueron menos afortunados, fueron cogidos por aquellos piratas sin corazón que, declarándoles buena presa, y ufanos con su botín de carne humana, dieron la vuelta en demanda de sus canoas que habían quedado amarradas á orillas del Curaray.

Nuestra pobre Antonia que ya la llamaremos así, aunque todavía no era cristiana, fué de las que no huyeron con tanta presteza como el caso requería, y en compañía de una hermanita suya como de nueve años que le suplicaba llorando que no la

abandonase, fué cogida por uno de aquellos forajidos, tuerto para más señas, hombre de corazón perverso cual se requería para formar parte de tan diabólica expedición. En un momento perdió la infeliz su libertad, sus padres, que fueron asesinados, su patria y todo cuanto podía tener en este mundo, para comenzar á ser una cosa de la pertenencia de aquel malvado, que desde ese momento pudo disponer de ella á su capricho.

En medio de todo, Dios no permitió que fuesen muy afortunados en su botín los salteadores peruanos. En el viaje por tierra, desde el lugar de la matanza hasta la orilla del Curaray, que, como dejé indicado, duró por lo menos ocho días, se les escaparon muchos; de modo que al llegar al punto de embarque, casi no llevaban más que unas cuantas mujeres y chiquillos. Los embarcaron en sus canoas, y comenzaron á bajar el Curaray para salir al Napo.

Al segundo ó tercer día de bajada encontraron un vaporcito que subía; atracaron al costado de éste y, ya allí, empezó la venta de aquellas infelices víctimas del salvajismo civilizado, mucho más feróz que el salvajismo salvaje, y valga la frase. Al maquinista del vapor se le antojó comprar una de las cholitas, como ellos dicen, que tendría cuatro años, y pronto se cerró el trato. Un garrafón ó damajuana de aguardiente y dos piezas de zaraza fué todo el precio de aquella infeliz criatura que, siendo incapaz de conocer, empezó á sentir desde aquel momento toda la magnitud de su desventura. ¡Qué escena aquella capaz de partir de dolor otros corazones que no hubieran sido de piratas!

La infortunada niña tuvo que ser arrancada á viva fuerza de los brazos de su madre, sin que le valiera su llanto, sus súplicas, ni el adherirse fuertemente con sus tiernos bracitos al cuello de la que constituía su único bien sobre la tierra. Aquellos corazones duros é insensibles como piedra no eran accesibles á otro sentimiento que el de la codicia, y no hubo remedio: la niña fué trasladada de la canoa á la cubierta del vapor y se separaron, continuando éste subiendo, y la canoa bajando el río Curaray.

¡Qué sentiría aquella desgraciada niña al verse en el vapor separada de su madre, entre gente desconocida, sin entender su lengua, atemorizada con el ruido de la máquina, privada de sus alimentos ordinarios, y constituida en aquel modo de ser completamente nuevo para ella! No era posible que su tierno corazón pudiese sufrir tan fuertes impresiones. He sabido que la infeliz murió algún tiempo después.

Entre tanto los de la canoa siguieron bajando, y como en vez de la niña que habían dejado traían un garrafón de aguardiente, dicho se está que desde luego comenzaron á beber y to-

maron una borrachera clásica. Una vez borrachos, empezaron las cuestiones, como acontece en esa clase de gentes, sin duda por la desigualdad en el repartimiento del botín. De las palabras pasaron á las obras, aporreándose de lo lindo, de modo que al llegar á la boca del Curaray iban algunos de ellos, especialmente nuestro famoso tuerto, con la cara hinchada y ensangrentada.

¡Qué dirían al contemplar tan edificante escena, Antonia y sus compañeras de infortunio, que sobrecogidas se habían refugiado á un extremo de la canoa! ¡Qué pensarían de la religión y civilización de aquellos energúmenos que de la noche á la mañana se habían improvisado sus señores absolutos! ¡Valiente muestra de religión y de cultura ofrecían á aquellas desventuradas Avishiris, que por vez primera tenían ocasión de tratar con gente que se decía cristiana y civilizada!

En este estado llegaron al río Napo y desembarcaron en el sitio del Sr. Rodas quien, no obstante repugnar y condenar con toda su alma tan criminal conducta, tenía que callarse para no sufrir algún atropello de parte de aquella gentuza; contentándose, especialmente su Señora, con favorecer en lo que podía á aquellas infelices esclavas á fin de hacerles más llevadera su desgracia.

Al día siguiente llegó al mismo lugar el vapor que ya venía de regreso para Yquitos, y atracó al mismo puerto de D. Juan Rodas donde tenía que cargar algún caucho. Venía sobre cubierta la indiecita que, como dije antes, había sido comprada y arrancada á su madre. La pobrecita apenas vió á su madre en tierra la conoció, y antes que nadie pudiera impedirselo, se arrojó al agua y vino á abrazarse con ella. Trataron de separarlas, pero no fué posible; y entonces las llevaron á las dos así abrazadas al vapor.

El capitán de éste resolvió entonces comprar á la madre, así como el maquinista había comprado la hija; y estipulado y entregado el precio, hizo el vapor la señal de desatracarse de la orilla y proseguir su viaje. Pero la india que conoció de lo que se trataba, y recordó el buen trato que había recibido de la Señora de D. Juan Rodas, apenas advirtió que el vapor comenzaba á moverse, se arrojó al agua para librarse de su nuevo Señor; pero todo fué inútil, pues el capitán mandó cuatro marineros en su seguimiento, que alcanzándola y amarrándola la condujeron al vapor. Todo esto lo he oído de boca de D. Juan Rodas, testigo presencial de tan salvajes escenas llevadas á cabo por gente que se llama cristiana y civilizada, y que respira filantropía por todos los poros de su cuerpo ¡... con la filantropía! Pero volvamos á nuestra Antonia.

Esta con su hermanita continuaban en poder del pirata tuerto, que según parece no quería venderlas sino reservarlas para sí. Salió pues con ellas del sitio de D. Juan Rodas y llegó al lugar de que hablé antes llamado Huiririma, que está como un día de bajada. Allí se comprometió á sacar caucho para D. Benigno Villena, dueño de aquel sitio, recibiendo dinero ó efectos adelantados, y se fué con sus dos cautivas á la orilla del Napo, enfrente de Huiririma á arreglar su vivienda y su chacra,

Sucedió que, en uno de aquellos días, aquel tuerto desalmado hizo una gravísima injuria á la hermanita menor de Antonia que, como he dicho, tendría como ocho ó nueve años. Este nuevo crimen colmó la medida del sufrimiento de Antonia que, hasta entonces había podido contener á duras penas las oleadas de indignación, de odio y de venganza que se agitaban en su corazón á la vista de tantas iniquidades. La vista de su pobre hermanita, tan brutalmente ultrajada por aquel monstruo, la sacó fuera de sí, y con toda la agilidad y presteza de un salvaje corrió, tomó uno de los machetes del tuerto, y, antes que éste pudiera catarse, le descargó tal machetazo sobre el pescueso que le dejó la cabeza colgando. Como por lo menos le cortó una de las carótidas, la muerte del pirata fué casi instantánea. Antonia viéndole tendido y bañado en sangre, conoció que ya nada tenía que temer de él, y así dió rienda suelta á todo su furor salvaje.

En aquel momento se agolparían en tropel á su memoria todas las injurias que había recibido en tan poco tiempo de aquel desgraciado. Recordaría la matanza de sus padres y parientes, tan bárbaramente asesinados; la esclavitud de ella y de su hermana, los malos tratamientos que sin duda recibirían en el camino: todo esto unido al último crimen de que acababa de ser víctima su pobre hermana, excitó de tal manera su furor y su venganza, que loca de ira se ensañó como una fiera en aquel cadáver todavía palpitante; y tantos tajos le dió y con tanta furia, que lo redujo á menudos pedazos. No satisfecha aún con esto, cogió todas las cosas que pertenecían á aquel desventurado, ropa, herramientas, el fusil con que habían sido asesinados sus padres, en fin, todo cuanto había en la choza, y lo arrojó al río Napo. Hecho esto, tomó de la mano á su hermanita, y huyó de aquel lugar de horror metiéndose en la espesura.

En Huiririma, en casa del patrón del muerto, nada se supo de aquella espantosa tragedia durante aquel día; pero al siguiente, otro de los peones, atravesando el río con su canoa, vino á aquel lugar, y horrorizado del cuadro que se ofreció á su vista, volvió á pasar el río para avisarlo á su patrón. Este, calculando lo que había ocurrido, despachó en seguida algunos de sus peones que

siguiesen el curso del río, tanto para arriba como para abajo, á ver si podían coger á Antonia: y en efecto, los que subieron el río dieron con ella después de poco tiempo.

A la cuenta, recordando ella que la casa de D. Juan Rodas estaba río arriba, y teniendo presente el buen trato que había recibido, en la imposibilidad de volver á su país, pensó, á lo menos, refugiarse allá; pero la infeliz no conocía que su deseo era de todo punto irrealizable. Debía atravesar muchas leguas de bosque cerradísimo sin tener siquiera una dirección fija. Por otra parte, el cuidado de su hermana tierna y enferma le impedía caminar con algún desembarazo, de modo que las dos debían necesariamente morir de hambre en aquellas espesuras. Fué pues una providencia para ellas el ser halladas por los que las perseguían: si bien la pobre Antonia hubo de pagar bien cara la conservación, por entonces, de su vida. Al descubrir á sus perseguidores, intentaron huir, pero rendidas de cansancio y desfallecidas de hambre no pudieron hacerlo. Fueron, por tanto, alcanzadas, cogidas, amarradas y puestas en la canoa, llegando á las pocas horas á Huiririma donde fueron presentadas á su nuevo verdugo, el dueño de aquel lugar.

Este que, según parece, no debe tener entrañas más tiernas que las de su peón muerto, tomó á Antonia y la mandó azotar cruelmente. Después tomando un palo grueso con honores de viga, ató fuertemente una de sus extremidades al cuello de la infeliz Antonia, y la otra á uno de los estantes ó postes de la casa, quedando la pobre muchacha en la misma traza de una mula ó buey que tira de un ingenio. En seguida reunió sus peones, que son como unos veinte, y les mandó que cada uno diese á Antonia un bofetón y una patada ¡Vaya un recurso ingenioso!

De esta suerte continuó Antonia atada á su palo día y noche, sin darle más alimento que algún plátano ó yuca, lo suficiente para que no muriese de hambre. Al fin Dios N. S. tuvo misericordia de ella, y se la manifestó por el medio que menos podía esperar.

Un joven limeño, N. Ureta, que tenía el empleo de vista en la aduana de Yquitos, habiendo dejado su destino, y deseando restituirse á Lima, quiso hacer su viaje por Quito y Guayaquil, para lo cual determinó subir el río Napo y salir á Papallacta. Subiendo el río llegó á Huiririma precisamente en los días en que Antonia estaba sometida al tormento que podemos llamar de la viga. Saltó á tierra, y al entrar en la casa de D. Benigno á quien no conocía, se encontró con aquel repugnante espectáculo. No pudo menos de sentir gran extrañeza con ribetes de indignación, é inquirió la causa que lo motivaba: al oirla se indignó más, y con la libertad y franqueza de buen limeño echó

en cara á aquel improvisado verdugo la injusticia que cometía castigando á una joven salvaje, que, por serlo, ni conocía ni estaba sujeta á otra ley que la natural, en virtud de la cual, y en propia defensa, había matado á su injusto y cruel opresor. Hízole ver también que él ningún derecho tenía para castigar por sí y ante sí, y menos de una manera tan bárbara á una muchacha sobre la cual ninguna jurisdicción tenía.

Nuestro buen D. Benigno que se encontró de manos á boca cuando menos lo pensaba con aquella carga de derechos naturales y positivos, de jurisdicciones y otras zarandajas que no entendía, y que en su diccionario todavía figuran en el número de los neologismos que aún no han merecido la sanción de la Academia, creyó por lo menos que ya no más se le venía encima todo un regimiento de halanos y, acto continuo, con la misma autoridad con que había condenado á Antonia, la absolvió de culpa y pena y la puso en libertad.

El limeño siguió su viaje subiendo el río, y Antonia, viéndose en libertad, no hay para que decir que lo primero que pensó fué huirse de aquel lugar tan odioso para ella.

Su hermana estaba entonces completamente postrada, y era imposible que la siguiese: pero estaba allí otra compañera de esclavitud que había sido vendida ó regalada por los piratas, y poniéndose las dos de acuerdo, quedó resuelta la fuga para aquella misma noche. El intento era caminar á ocultas por el bosque y llegar á la casa de D. Juan Rodas para asilarse en ella; pero, como dije antes, era imposible que aquellas dos muchachas solas, desprovistas de alimento, de fuego, sin camino, sin dirección determinada, vagando en aquel océano de vegetación llegasen al término deseado. Debían, pues, necesariamente morir de hambre en aquellas espesuras. Sin embargo, ó no reflexionaron esto, ó si lo reflexionaron pudo más en ellas el deseo de salir de aquel lugar: pues es lo cierto que aquella noche, cuando vieron dormidos á los de la casa, se salieron de ella con gran cautela y se metieron en el bosque caminando en él todo lo que pudieron, pues estaban seguras de que apenas amaneciese y las echasen de menos las habían de perseguir.

Lo que aquellas infelices criaturas sufrieron durante dos semanas, errantes en la espesura del bosque, no hay pluma que pueda describirlo. El hambre, el cansancio, la incertidumbre de la dirección que debían seguir, el abrirse paso por medio de aquellas espesuras impenetrables sin tener siquiera un mal cuchillo con que ayudarse, el continuo pasar y repasar tantos lodazales, tantas ciénagas, tantos ríos más ó menos caudalosos, el temor continuo de ser halladas por los que las buscaban,

tantos padecimientos físicos y morales las redujeron á tal estado de aniquilamiento, que ya faltas de fuerzas caían continuamente pues no podían tenerse de pié.

En tan crítico estado no había remedio para ellas en lo humano: su muerte era inevitable. Pero Dios N. S., que en su misericordia infinita se hace contradicho aun con los que no le buscan, y responde aun á los que no le preguntan, quiso también esta vez no sólo librarlas de una muerte segura, sino concederles la realización cumplida de sus deseos. ¿De qué modo? Valiéndose de una de esas trazas maravillosas que sólo el amor de Dios para con sus criaturas sabe disponer y realizar cumplidamente.

No había aquel día qué comer en casa de D. Juan Rodas, y la señora de éste llamando á uno de los peones que le sirven en el trabajo del caucho, le dijo: Toma la escopeta y vete al monte á ver si encuentras algo á qué tirar, pues hoy no tenemos qué comer. En efecto, Vicente, que así se llama el peón, záparo por más señas, tomó la escopeta, y en compañía de su mujer se metió en la canoa dejándose ir río abajo á ver si encontraba algo á qué tirar. Llegaron hasta un paraje llamado Franciscococha casi equidistante de la casa de D. Juan Rodas y de Huiririma.

Allí desembarcaron, amarraron la canoa, y ya se disponían á internarse en el bosque para tirar á lo que se presentase, cuando de pronto oyen una voz lejana: vuelven la vista hacia el lugar de donde venía la voz, que era precisamente la orilla opuesta del río Napo, y, en cuanto aquella gran distancia lo permitía, les pareció ver como dos personas desnudas. Mucho les sorprendió aquello, pues estaban muy lejos de pensar en encontrar por allí gente de ninguna clase, y menos en aquella traza. Deliberaron unos momentos, y al fin, no sin algún recelo, pues hasta la manera de gritar era extraña para ellos, determinaron embarcarse en la canoa y atravesar el río para ver qué era aquello.

No hay para que decir que aquellas, como dos personas, eran Antonia y su compañera que en una de las innumerables vueltas y revueltas que habían dado por el bosque, tuvieron aquella mañana la fortuna de salir á la orilla del río Napo que era el punto señalado por Dios N. S. para favorecerlas. Venían ya tan destituídas de fuerzas, que les era imposible continuar por más tiempo su penosa marcha, y así se resolvieron á morir de aquella manera.

Ya hacía un buen rato que estaban sentadas á la orilla del río, cuando vieron con sorpresa que por la opuesta bajaba la canoa de Vicente y su mujer. Su primer impulso fué sepa-

rarse de la orilla y meterse en el bosque, pues se les ocurrió, y no sin motivo, que aquella canoa sería tal vez de los que desde Huiririma habían venido en persecución suya; pero como la canoa bajaba, era probable que fuese de la gente de D. Juan Rodas, y en ese caso estaban salvas. Aquí empezó un nuevo tormento para aquellas infelices: la lucha cruel entre el temor y la esperanza. Querían gritar en demanda de socorro; pero al mismo tiempo las retraía el temor de ser cautivadas de nuevo y castigadas cruelmente. Por otra parte, si dejaban pasar aquella ocasión, la muerte sería necesariamente su único y próximo término, pues en el estado de postración á que se habían reducido era inevitable. ¿Qué hacer, pues? ¿A qué resolverse? La ansiedad era terrible para aquellas infelices ya tan abatidas y aniquiladas. Se trataba de la vida ó la muerte. Dios N. S. las iluminó, y Antonia que por ser la más joven tenía algo más de vigor, reuniendo las fuerzas que le quedaban dió el grito que de la banda opuesta oyeron Vicente y su mujer. Había sonado la hora de la salvación de aquellas desgraciadas.

Pronto llegó la canoa al lugar en que estaban ellas; y fígrese V. R. cuál sería el asombro de Vicente y su compañera cuando al llegar á la orilla se encontraron con aquellos dos esqueletos animados. Estaban consumidos á fuerza de tantas privaciones y sufrimientos como habían tenido durante quince días, sus carnes desgarradas, y su ropa deshecha, habiendo tenido que atravesar por tantas espesuras. Pero al mismo tiempo, considere V. R. hasta dónde llegaría el gozo de Antonia y de su compañera de infortunio cuando conocieron que la canoa no era de la gente de Huiririma sino de la de Sn. Javier, que así se llama el sitio de D. Juan Rodas, y que, por consiguiente, se habían concluido sus trabajos.

Al punto hicieron conocer por señas á Vicente, pues ellas no sabían záparo ni quichua, que deseaban subir á Carmen, pues éste es el nombre de la Sra. de D. Juan Rodas, y era lo único que podían pronunciar. Vicente y su mujer las metieron en la canoa, les dieron un poco de chicha que era lo único que tenían, y en seguida empezaron á subir el río, sin pensar ya en caza ni en nada.

Con no pequeña sorpresa vió Dña. Carmen llegar á Vicente, que en vez de carne para comer le traía aquellas dos nuevas comensales que tenían gran necesidad de alimento; y conociendo que Dios la destinaba para que fuese ángel tutelar de aquellas pobres avishiris, se dispuso á cumplir del modo mejor posible con su providencial cargo.

Tan pronto como atracaron á la orilla las hizo salir de la

canoa, las llevó á la casa, las vistió, les dió de comer, y ejerció con ellas todos los oficios de una cariñosa madre. Y por lo que hace á las dos salvajes, tan providencialmente salvadas de una muerte cierta, demás está decir la extraordinaria alegría con que abrazaron á aquella nueva madre que Dios en su misericordia infinita las había deparado, y por la cual, ó sea por buscar á la cual habían sufrido tantos trabajos y penalidades de todo género hasta ponerse en evidente peligro de perder su vida.

Merced al buen trato y cuidado de Dña. Carmen, muy pronto comenzaron Antonia y su compañera á reponerse; pero como era tanto lo que habían sufrido, así en lo físico como en lo moral, su naturaleza ya estaba minada: aquellas sacudidas tan violentas se habían sucedido con tanta rapidez en el espacio de sólo mes y medio, que al fin hubo de rendirse. Ambas cayeron enfermas. Dña. Carmen redobló entonces sus cuidados y asistencia para con ellas, haciendo todos los esfuerzos posibles por salvarlas, y en efecto lo consiguió con respecto á Antonia, pero su compañera sucumbió al fin, recibiendo antes el agua de socorro.

Pronto convaleció Antonia, y con los cuidados de su madre adoptiva á cuyo lado vivía muy contenta, en breve llegó á conseguir su antiguo vigor y robustez. Pero según parece, estaba escrito que la infeliz tenía aún que sufrir.

No había pasado mucho tiempo, cuando el dueño de Huiririma supo que las dos salvajes huidas de su casa habían conseguido asilarse en la de D. Juan Rodas; y en seguida puso á éste una carta reclamándole en debida forma sus dos cholos, como él decía.

Estaba á la sazón ausente D. Juan Rodas, y su señora, que no se ahoga en poca agua, le contestó en seguida con no menos energía que dignidad, diciéndole que aquella (pues ya había muerto una) india avishiri era súbdita ecuatoriana, perfectamente libre, que en uso de su libertad había ido á asilarse en su casa donde permanecería todo el tiempo que quisiese, y que ella, como ecuatoriana también, se hacía un honor amparándola y defendiéndola contra todo peruano pirata, ó ecuatoriano traidor que intentase ofenderla. Con semejante tapaboca, aquel pobre hombre tuvo necesidad de callarse y desistir por entonces de su tan ridícula como injusta pretensión, pues se convenció de que no estaban maduras. Pero muy pronto un acontecimiento inesperado vino á cambiar radicalmente la suerte de la pobre Antonia, que no parece sino que llevaba escrito en la frente este lema: "Sufrir."

La desventurada muchacha que con justa razón pudié-
ra-

mos llamar el rigor de la desgracia, fué entregada á los que debían conducirla de nuevo á Huiririma.

Un rayo liriéndola no la hubiera impresionado tanto como la inesperada noticia de que debía salir de S. Javier para volver á Huiririma. Al punto corrió á D^a Carmen, se abrazó á ella, la bañó con sus lágrimas, é hizo todos los ademanes y demostraciones que pudo para manifestar su dolor y su repugnancia en dejar aquel lugar que era el único bien que tenía sobre la tierra. ¡Infeliz! ¡Qué pasaría entonces por aquel corazón ya tan lacerado! Yo creo que en esta ocasión dió Antonia la prueba más evidente de su grandeza de alma. Cualquiera otra en igualdad de circunstancias, al ver que se le cerraban todas las puertas, dejándose llevar de sus instintos salvajes, sin el apoyo de la fé y de la educación cristiana, hubiera cometido un disparate. Ella, al fin, convencida de que su desgracia no tenía remedio, se metió en la canoa que debía conducirla; diez horas después desembarcaba en Huiririma, y allí la encontré cuando llegué á aquel lugar.

Como dije anteriormente, cuando llegué á Huiririma, bauticé en dos tandas unos diez y seis ó diez y ocho, y en la segunda tanda vino Antonia. Como yo estaba al cabo de toda su trágica historia, apenas la ví por primera vez supuse que era ella. Nada dije por entonces al dueño de la casa, pues como tenía esperanza de que se resolviera á confesarse y casarse, no quise disgustarle; pero cuando ya me convencí de que no pensaba en casarse, y que en vano perdía el tiempo con él, entendí que no tenía porqué guardarle ninguna clase de consideraciones, y llamándole á parte, le hice ver con toda la energía de que soy capaz, su infame conducta maltratando y esclavizando á aquellas pobres muchachas sobre las cuales ningún derecho tenía. Le dije que inmediatamente que subiera á Archidona, mi primer cuidado sería dar parte al Supremo Gobierno de tan escandaloso hecho á fin de que fuese castigado, y que no omitiría medio ni diligencia alguna para acabar en el río Napo con estos crímenes, tan propios de piratas y salteadores como indignos de una persona cristiana y civilizada.

Después que me separé de allí, pensando que el procedimiento que yo proyectaba, por eficaz que fuera, necesariamente debía de ser lento, y deseando llegar cuanto antes al término, pues se trataba de redimir un cautivo, resolví seguir un procedimiento más breve y al mismo tiempo más seguro. Resolví, pues, rescatar con dinero á esta desgraciada avishiri; y al efecto, valiéndome de otra persona, he propuesto al dueño de Huiririma comprársela mediante la cantidad que él exija. Hasta ahora no sé el resultado, pero tengo confianza de que será favorable, pues

el resorte de la codicia es muy poderoso en esta clase de gentes. De esta manera la pobre Antonia conseguirá definitivamente su libertad, y podrá ir libremente á vivir con D^a Carmen, ó con las M. M. ó donde más le plazca. Es de suma importancia la cristianización y civilización de esta avishiri, pues ella servirá después mucho para entrar á evangelizar su tribu, privada de la luz del evangelio desde que asesinaron al P. Pedro Suárez.

Con que ya ve V. R. cómo de la noche á la mañana me he hecho fraile mercedario rodimiendo cautivos; pero con hábito negro.

Sin duda el Sagrado Corazón de Jesús quiere manifestarnos cuánto le agrada que se le haya consagrado el Vicariato, facilitando la conversión de esos infieles salvajes; y por eso también el demonio ha movido tanta guerra á la infeliz Antonia, que parece ser llamada por Dios N. S. para contribuir poderosamente á esta conversión. Pidámoslo con instancia que así sea.

El relato de la historia de Antonia me ha hecho olvidar del Mazán, y tiempo es ya de que volvamos á él. Como dije antes, permanecí allí tres semanas haciendo cuanto pudo por aquellos pobres que estaban tan necesitados. Hubo algunos episodios por extremo curiosos. V. R. no puede imaginarse la ignorancia que hay entre aquellas pobres gentes en materia de religión. El día después de llegar, habiendo convenido con los dueños de la casa que la misa fuese á las siete y media, me estaba preparando para ella, cuando recibí un recado diciéndome si acostumbraba tomar algo antes de la Misa. Figúrese V. R. lo que yo tendría que reirme al oír semejante embajada.

Otro hubo que me dijo estaba buscando padrino para confesarse (1). Ya se ve, no hay que reirse: el pobrecito nunca se había confesado, y como él vió que había padrinos para bautismo, para confirmación y para matrimonio, y que todos andaban buscando padrinos por acá y por allá; pensó desde luego que también para la confesión debía de haber padrino, y salió por allí buscando quien le apadrinase para decir sus pecados. Esto me recuerda un hecho que ocurrió en cierto lugar, que no diré. Fué uno á confesarse, y llevaba capa, que hacía frío: manifestó al P. su deseo de confesarse, y éste le dijo: está bien, póngase Ud. de rodillas. Entonces el penitente le pregunta muy serio: Padre, ¿me quito la capa? Y sin embargo, el del padrino para confesarse es persona que usa gran reloj de oro, anillo de oro con piedra fina, bastón con puño de oro, y no sé si tendrá también el entendimiento de oro. ¡Pobrecito!

Hubo otro que deseando confesarse, y que administrase también el bautismo y la confirmación á algunos de su familia

y servidumbre, me mandó una solicitud en debida forma con su minuta al margen, y todo como si se tratase de pedir al Ministerio de Hacienda la exención de derechos de aduana para un cajón de libros que ha de pasar por Guayaquil, ó de alcanzar del Municipio de Quito el permiso para sacar agua potable de la fuente de Santa Bárbara. En cuanto recibí la solicitud, determiné guardarla para remitirla á V. R., pues estoy seguro de que en su vida habrá leído un documento semejante.

Concluído ya todo lo que tenía que hacer en el Mazán, me despedí de aquella buena gente y empecé á subir el río Napo. "Volverás otra vez Padre", me decían aquellos pobres indios. "Si tú no vienes, ¿quién ha de venir? De abajo no viene nadie". Yo les prometí que había de volver.

Diez días duró la subida desde la boca del río Mazán hasta la del Curaray donde está el sitio de San Javier perteneciente á D. Juan Rodas. Durante esta subida me detuve en cuatro lugares para bautizar y confirmar. Uno de ellos fué Huiririma donde bauticé, como dije, á Antonia. Nada de particular ocurrió durante esos diez días, á no ser la redención de cuatro cautivos que fué como ahora diré.

Hacía ya algunos años que un peruano llamado Abrahan Pérez, natural de Moyabamba, andaba por el Napo y sus afluentes cometiendo toda clase de fechorías contando con la impunidad de que gozan todos los criminales en estas bienaventuradas regiones. Robaba, cautivaba, vendía, en fin, era el terror de los pobres indios. Estando yo en el Mazán, supe que debía él bajar por aquellos días, y me detuve uno para esperarle; pero no habiendo parecido comencé á subir. La primera tarde atracamos temprano á una gran playa de arena con intención de dormir en ella. No hacía media hora que estábamos allí cuando vimos bajar por el río á lo lejos una canoa, y desde luego supusimos que era Abrahan Pérez.

Venía conmigo D. Juan Rodas, y además otros dos blancos ecuatorianos que desde el Mazán habían querido acompañarnos en esta primera jornada, conduciéndonos en su bote de vapor. Desgraciadamente la máquina estaba ya apagada; pero no obstante se preparó una canoa, y fueron en ella D. Juan Rodas con los otros dos blancos para salirle al encuentro: pronto lo abordaron y le intimaron la orden de venir á la playa á presentarse al Padre. Yo, á falta de otro, hacía las veces de jefe civil y militar, y de todo.

Llegadas las Canoas á la orilla, saltó Abrahan á tierra y se me presentó saludándome muy cortesmente. Yo le dije en seguida, que sabía llevaba oculta en su canoa una niña como de once años, seducida y sacada con engaño de la casa en que su

padre la había depositado. Al verse descubierto no se atrevió á negármelo, y le intimé la orden de entregar la niña. Intentó salir del paso diciéndome que su padre se la había dado; pero fácilmente le hice ver que mentía, y que la carta de que se había valido para sacar la niña de la casa en que estaba, había sido escrita por él, suplantando la firma de su padre. Con esto él se convenció de que no había remedio. Fué á la canoa, sacó la niña y me la entregó, haciéndolo yo á mi vez á la esposa de D. Juan Rodas para que la condujese en su canoa. Zoila, que así se llama la niña, está ya en casa de las M. M.

Después he sabido que en la misma canoa llevaba Abrahan una muchacha como de diez y ocho años robada en el río Yasuni, otra de más edad del río Aguarico, y un muchacho como de diez años cogido en la boca del mismo Yasuni; que la canoa que llevaba era también robada, y que otras dos Canoas pequeñas que iban amarradas al costado de la grande, probablemente lo eran también. Finalmente, un winchester de catorce tiros que llevaba había sido también escamoteado á un negro cauchero. Como ve V. R., Abrahan es un mozo aprovechado. Tan pronto como llegué aquí, hice que el Gobernador pasase una nota al Prefecto de Iquitos pidiéndole la inmediata libertad, y restitución á su país, de unos indios súbditos ecuatorianos, sin perjuicio de aplicar á nuestro famoso Abrahan las penas que en el Perú, como en todas partes, impone el código á los piratas.

Con Abrahan iba otro prójimo, primo suyo, el cual llevaba consigo un muchachito como de doce años, hijo de una india cristiana á quien había yo casado en segundas nupcias el año anterior. D^a Carmen, esposa de D. Juan Rodas, que no tiene pelo de tonta, y que conoce perfectamente todas las trapacerías é infamias que se cometen en este río con los pobres indios, apenas vió al muchacho (Miguel), dijo para sí: éste debe ir robado ó engañado. Esperó que Miguel saliera á tierra; en seguida se le arrimó con disimulo, le preguntó cómo venía con aquellos blancos, y muy pronto conoció que el infeliz venía engañado, que había sido sacado del poder de su abuela pagándole á ésta seis sucses; con la promesa de devolvérselo después de un mes; pero que en realidad no volvería más á ver á su familia, y probablemente sería vendido en Iquitos. Ella, indignada, le echó en cara su sencillez y falta de juicio, le hizo ver la gran pena que tendrían tanto su abuela como su madre, que á la sazón se hallaba ausente, y concluyó diciéndole: métete en la canoa del Padre y no salgas de élla para nada, que él te defenderá.

Ignoraba yo completamente todo esto, cuando á la hora de marchar veo venir á Isaac, que así se llamaba el primo de Abrahan (lástima que no hubiera aparecido otro primo con el nom-

bre de Jacob), muy apurado y que dirigiéndose á mí me dice: Padre, ¿qué es lo que va á hacer V. R. conmigo? ¿Porqué me quita V. R. este muchacho que es huérfano y que viene conmigo de su voluntad? Yo que, como he dicho, no estaba en autos de lo que ocurría, no entendí lo que Isaac quería decirme: pero D^a Carmen, que estaba á la vista, vino en seguida, me puso en dos palabras al corriente de lo que pasaba, y ya entonces pude tomar de lleno parte en el asunto. Desde luego le hice ver que Miguel no era huérfano, puesto que tenía madre y padrastro; ni tampoco tenía voluntad de ir con él á Iquitos, como lo demostraba hasta la evidencia habiéndose salido de su canoa y refugiándose en la mía: que además, siendo Miguel súbdito del Ecuador, yo era el que representaba allí los derechos y el honor de la República, y tenía por consiguiente un deber de ampararlo y protegerlo.

Cuando Isaac vió mi actitud y recordó sin duda lo que había pasado la tarde antes con su primo Abrahan en la cuestión de Zoila, se convenció de que tenía perdido el pleito, y entonces su apuro no tuvo límites. Padre, decía, ¿qué va V. R. á hacer conmigo? ¿y por qué me quita este muchacho? Yo no se lo quito, le contesté. Yo no hago más que protegerlo y ampararlo en el uso de su derecho. Y para que U. vea que obro con perfecta imparcialidad, vamos á preguntarle si desea seguir con U. para Iquitos, ó quiere más bien venir conmigo para restituirse á su casa. Si él dice que quiere ir á Iquitos, no tengo nada que hacer; pero si por el contrario dice que desea venir conmigo, yo tengo que defenderlo de cualquier violencia que se le quiera hacer, primero porque él espontáneamente se ha metido en mi canoa, y segundo porque yo represento en este caso los derechos de su madre.

Como era natural, el acontecimiento atrajo allí á todos los que había por aquellas cercanías. Pregunté, pues, á Miguel si quería ir á Iquitos ó venir conmigo; pero como estaba el otro delante, no se atrevía á contestarme. Volví á instarle, pero él no salió de su silencio; lo cual visto por Isaac comenzó á insinuarle que dijese que quería ir con él, pero él ni por esas se movió. Entonces yo dije: en vista de que nada contesta, y que de sus palabras no podemos sacar nada, debemos estar á lo que signifique por sus obras, que en este caso deben suplir á las palabras: cuando él se ha metido en mi canoa, sabiendo que yo voy para arriba, es porque tiene voluntad de subir á su casa, y así me lo llevo; si él no quiere venir, buen cuidado tendrá de salirse de la canoa y pasar á la de U. Mientras decía yo esto, mis cuatro indios se colocaron en su puesto; de modo que no hice más que decir, "vamos", y

desatraco la canoa, empezando á subir. Isaac comenzo á gritar que cómo habia de perder los cinco duros que él habia dado. Le contesté que no los perderia: y en efecto, dije al dueño del vaporcito que diera los cinco soles á Isaac, que yo me encargaba de pedírselos á la abuela de Miguel y devolvérselos por medio de D. Juan Rodas. A esto no tuvo Isaac ya nada que contestar, y así hubo de resignarse con su mala suerte en medio de las risas de todos, que celebraban el desenlace de aquella comedia.

A los tres días de subida por el Napo llegamos á la casa de Miguel, cuya abuela le recibió como si le viera resucitado, devolviendo la plata inmediatamente, con lo cual manifestaba la ninguna voluntad con que la habia recibido. La pobre vieja habia creído que no volveria á ver más á su nieto.

Dos días después llegamos á un lugar llamado Pucabarranca (Barranco colorado). Allí viven dos hermanos portugueses negociantes en caucho, y que tienen á su servicio cierto número de peones con sus familias. Me detuve en aquel lugar unas tres ó cuatro horas para bautizar y confirmar varias criaturas. Concluido todo, se me acercó una mujer y me dijo: P. quiero confesarme. Se confesó y después vino á verme, y me dijo que queria pedirme un favor, para lo cual me contó su historia.

Era natural de Quito, vecina de la Magdalena. Habia venido al Napo con un negro de Barbacoas, peón de D. Javier Morán, y se casaron en la Coca, ante el P. Puertas. Bajaron después al Tiputini y allí fué robada por otro negro que, *velis nolis*, la llevó consigo mucho más abajo. En este tiempo murió su legítimo marido, y el negro que la habia robado, fué bárbaramente asesinado, estando borracho y dormido, por otro negro en presencia de ella. Después de esta tragedia vino no sé cómo á Pucabarranca donde estaba cerca de un año, esperando ocasión de subir para salir á Quito, pero siempre habia dificultades; por lo cual ella temia, y con sobrado fundamento, que habia interés en no dejarla salir de allí. Tenia dos hijas una como de seis años y otra de pechos.

Al ver llegar la canoa en que yo venia, pensó que aquella era la ocasión que Dios le presentaba para salir de allí, y resolvió aprovecharla. Me suplicó, pues, por el amor de Dios, que me compadeciese de ella y la ayudase á salir de aquel lugar donde estaba como cautiva, queriendo disponer de ella y de sus hijitas como si fuesen esclavas. Yo procuré consolarla como mejor pude, pero ella no entendia ni queria otro consuelo que no fuese el salir de aquel lugar. Verdaderamente, me dió gran pena de ella, por ser quiteña y porque veia la gran

injusticia que querían hacer con aquella infeliz, sobre todo quitándole su hija mayor para mandarla al Marañón. Le hice ver con toda claridad, delante de uno de los dueños de la casa, que ella, como ciudadana del Ecuador, era completamente libre, con perfecto derecho de ir á donde quisiera, y que nadie podía impedirle el libre ejercicio de ese derecho sin cometer un grave delito; pero que en cuanto á venir conmigo, era de todo punto imposible, pues yo no podía traerla en mi canoa.

El portugués, delante de mí, no se atrevía á decir nada en contra; pero, según ella me refirió después, cuando se lo indicaba, le decía, que de ninguna manera se iría, que yo no mandaba en aquella casa; pues él era el que mandaba, y no se había de hacer más que lo que él dispusiera. Entre tanto yo acabé de arreglar y empaquetar mi altar portátil, y traté de embarcarme para seguir mi viaje. Antonia, que así se llamaba también esta infeliz, y va de Antonias, al ver que se le iba de entre las manos la única coyuntura favorable que se le podía presentar para salir de su cautiverio, redoblaba sus súplicas, se me arrodillaba, lloraba á lágrima viva, y hacía todo lo imaginable para vencer mi repugnancia. Repito que me daba grande compasión de ella, pues conocía perfectamente que tenía mucha razón en todo cuanto decía, y que si no aprovechaba aquella ocasión, nunca saldría de allí, ni volvería á ver su país. Entonces le dije: mire U., llevarla en mi canoa, como le he dicho, no puedo hacerlo; lo único que puedo hacer es conducirla hasta aquella playa de arriba donde me espera D. Juan Rodas, y allí podrá U. ir en compañía de su señora, pues ellos tienen dos canoas.

Figúrese V. R. la alegría de aquella pobre mujer cuando vió resuelto el problema, y que su libertad era un hecho. Todas las expresiones le parecían insuficientes para manifestarme su gozo y su reconocimiento. En seguida corrió á traer sus sillitas y meterlas en la canoa. Pero la alegría de Antonia contrastaba abiertamente con el disgusto y despecho retratados en la cara del portugués. Ya se ve, el caso no era para menos: él estaba sorprendido de ver como en un momento, y del modo más impensado, había cambiado la suerte de aquella infeliz mujer y sus niñas, y eso en su propia casa, donde él mandaba y donde en ese mismo asunto no se había hecho nunca más que lo que él quería.

En medio de todo, hay que confesar que fué prudente. No se atrevió á decirme una palabra que manifestase su disgusto; pero yo veía que la procesión con colgaduras y todo andaba por dentro, y me reía como un descosido. Todo su mal humor lo desfogaba con Antonia. ¡Qué imprudente es U.,

le decía. Espere U. una ocasión más oportuna: no faltarán canoas que suban, y entonces podrá U. irse. No señor, le contestaba Antonia con una sencillez y una sinceridad que me hacían feliz, muchas canoas han subido desde que estoy aquí, y nunca me ha dejado U. embarcarme; y si no aprovecho esta ocasión, después sucederá lo mismo; pues no estando aquí el P. nadie me defenderá. El portugués no teniendo nada que contestar, se replegaba á su imprudencia. No sea U. imprudente, le decía, mire U. como tiene que ir el Sr. P. molesto en la canoa, metido entre los indios y mojándose por dar á U. el mejor lugar de la canoa.

Todavía debimos esperar un buen rato, pues viendo que no podían detener á Antonia, á lo menos, hicieron con maña que su hija mayor, acompañada con otras de su edad, se internase en el bosque y allí la ocultaron, para que la madre á última hora no la encontrase, y de ese modo ponerla en la alternativa de renunciar al viaje, ó dejar allí á su hija. Pero ella que conoció la traza, se fué al bosque, gritó en todas direcciones, y contestándole la niña, pudo dar con ella y meterla en la canoa.

Saqué pues tres cautivas de Pucabarranca, Antonia y sus dos hijas. Nos embarcamos, atravesamos el río, y subiendo un poco, llegamos donde estaba D. Juan Rodas que no pudo menos de reirse de mi aventura. Le entregué las tres libertas y seguimos subiendo.

A los dos días ó poco más, llegamos á Huiririma. D. Juan Rodas siguió subiendo para esperarme más arriba, y yo me detuve á hacer lo que ya dejo dicho. Después de concluído todo, ya al anochecer, convencido de que los dueños de la casa estaban bien hallados en su concubinato público, y resueltos á continuar en él, me despedí, pues no quería dormir en aquella casa, y, aunque ya anohecia, nos embarcamos para ir á dormir en una isla de arena que estaba en frente en medio del río.

El dueño de la casa quiso que me quedara á comer, para lo cual aquella mujer había hecho los preparativos que allí podía hacer; pero yo me excusé manifestándoles que no había ido á eso sino sólo á poner sus almas en camino de salvación; pero en vista de que ellos rechazaban la gracia extraordinaria que Dios en su misericordia les concedía, ya no tenía nada que hacer allí. Nos embarcamos pues, y llegando ya de noche á la isla de en frente, encendimos fuego, calentamos un resto de loco de la mañana, cenamos, rezamos y nos acostamos, ellos en la arena y yo en la canoa.

Por la mañana, antes que amaneciera, ya íbamos de ca-

mino: de modo que al amanecer, los de Huiririma no nos vieron en la isla de en frente. Como á las nueve de la mañana llegamos á la isla en que nos esperaba D. Juan Rodas. Caminamos todo aquel día y el siguiente, y á la caída de la tarde del tercero llegamos á S. Javier, que es el sitio, como dicen allá, de D. Juan Rodas.

Allí estuve diez días misionando á aquellos indios que son todos peones del Sr. Rodas. Hubo, como en todos los otros lugares, bautismos, confirmaciones, confesiones y matrimonios, pláticas y catecismos. Desde el Mazán al Curaray gastamos doce días. No teniendo que hacer más en S. Javier, nos embarcamos, y empezamos á subir hacia el Tiputini, distante del Curaray diez á doce días. En este viaje quiso acompañarnos D. Juan Rodas en su canoa, durante cuatro días, hasta el punto llamado Lorocaparina. Se me olvidaba decir á V. R. que Antonia (la rescatada de Pucabarranca) y sus dos niñas se quedaron en casa del Sr. Rodas, á fin de ganar alguna cosa con que costearse después el viaje á la sierra. La otra chica Zoila, quitada á Abraham Pérez, venía en otra canoa que dispuso D. Juan Rodas, para que la condujese hasta el Tiputini donde vive su cuñado Delfín, hermano de Dña. Carmen.

La causa por qué D. Juan Rodas quiso acompañarme hasta Lorocaparina fué ésta. En esta travesía del Curaray al Tiputini, ocurrió el hecho más importante y de más consuelo para mí de toda la expedición. El Divino Corazón de Jesús se dignó al fin concederme lo que tantas veces le había pedido. ¡Cuántas noches estando yo en esas playas situadas entre el Tiputini y el Curaray, cuando ya los pobres indios rendidos de cansancio por haber venido empujando la canoa todo aquel día, se quedaban profundamente dormidos tendidos en la arena, arrodillado sobre ella le he pedido al Divino Corazón la conversión de los Avishiris! Le pedía con grandes instancias que á lo menos se dignase facilitarnos los medios para entrar en sus tierras é intentar atraerlos de alguna manera. Pero hasta ahora nada había conseguido.

Era, sin duda, gracia muy singular la que pedía, y N. S. Jesucristo no quería concedérmela sin que se la pidiera mucho. Pero, habiéndosele consagrado ahora el Vicariato de un modo especial, parece que ha querido manifestarnos cuán grata le ha sido esta consagración, concediéndonos generosamente lo que hasta aquí nos había negado; y á mí especialmente dándome el consuelo de ser el primero que, después del martirio del Padre Pedro Suárez de la antigua Compañía, ha puesto el pié en tierra de Avishiris. ¡Plegue al mismo Divino Corazón que también sea el primero de la moderna cuya sangre tiña y abone es-

ta tierra hasta ahora tan estéril! Voy, pues, á referir á V. R. con mucho gusto cómo se ha verificado este hecho tan inesperado y que, ciertamente, es uno de los más gratos é importantes de mi vida.

Estando en casa de D. Juan Rodas me refirió éste cómo unos peones suyos, compañeros de los cuatro infelices que fueron asesinados el año anterior por los infieles en Oritococho, buscando caucho se habían acercado á Lorocaparina; y no obstante lo peligroso del sitio por la proximidad de los salvajes Avishiris, lo cual hace que nadie se atreva á desembarcar en aquellas playas, se aproximaron á la orilla, y dejando sus canoas amarradas, comenzaron á caminar con gran cautela, internándose poco á poco en el bosque. Iban á la vista unos de otros y con sus armas preparadas para evitar una sorpresa de los indios. Durante las primeras horas nada ocurrió que pudiera entorpecer su marcha: encontraron y señalaron (es el signo de propiedad entre los caucheros), algunos árboles de caucho y continuaron su marcha; pero poco después uno de ellos dió con una vereda de los salvajes.

No obstante que iban desde luego prevenidos para todo, la vista sola de la vereda los desconcertó, pues sabían ellos muy bien que la vereda significaba proximidad de infieles, y la proximidad de infieles quiere decir proximidad de la muerte, especialmente tratándose de Avishiris que siempre fueron tan sanguinarios. Los más prudentes dijeron, “volvámonos: ¿para qué hemos de seguir? ó nos matan ó hemos de matar. ¿Y qué hemos de sacar de esto? Todavía están llorando las cuatro viudas que quedaron el año pasado. A nuestras pobres mujeres les va á suceder lo mismo. Volvámonos pues”. Otros más animosos, especialmente un tal Francisco Salazar, indio de Archidona, pero que vive en San Javier donde lo he casado este año, estaban empeñados en seguir adelante y trabajaban por convencer á los otros. Al fin, después de un pequeño altercado entre la prudencia y el atrevimiento, resolvieron continuar adelante pero con la condición de estar sólo á la defensiva, y no hacer uso de sus armas sino en el último extremo, pues, como decían ellos, el patrón lo había de llevar muy á mal.

Camaron, pues, siguiendo la vereda, la cual era más ancha á medida que avanzaban en ella. Pasado algún tiempo, el que iba adelante vuelve de pronto diciendo que había en el lodo huellas recientes. En efecto, todos se aproximaron y tuvieron ocasión de ver que hacía poco tiempo, y tal vez aquella misma mañana, habían pasado por allí los Avishiris.

Como era natural, la proximidad del peligro aumentó su sobresalto; pero resueltos ya á llegar hasta el fin de aquella ver-

dadera aventura, continuaron su marcha. Continuaron también las huellas de los infieles, pero no encontraron á nadie. Sin embargo, no habían caminado mucho cuando dieron vista á un gran desmonte en el cual había una chacra muy extensa y en el centro de ésta una choza ó galpón de grandes dimensiones, habitación de los Avishiris.

Era llegado el momento crítico, momento decisivo de vida ó muerte para ellos. Se detuvieron y examinaron sus armas para cerciorarse de que estaban en disposición de hacer uso de ellas. Estos momentos son terribles, no solo por la ansiedad que produce la presencia del peligro, sino también por las desastrosas consecuencias que trae consigo una imprudencia, una lijereza, y sobre todo un exeso de miedo. Nunca, como en esos instantes, se requiere calma, serenidad y mucha presencia de ánimo. A veces un tiro disparado al aire, tal vez por el que tenía más miedo, ha dado ocasión á una horrible matanza. No hace muchos meses, en los bosques próximos al Tiputini ocurrió un suceso verdaderamente trágico (*).

Pero volvamos á los peones de Don Juan Rodas.

Apenas habían comenzado á caminar por lo chacra, fueron ya sentidos por los salvajes que estaban en la choza, saliendo éstos en seguida con sus lanzas á disputarles el paso. Lo ordinario en estos casos es que al ver á los salvajes en actitud hostil, los caucheros disparen sus armas sobre ellos, caigan varios muertos los demás salgan huyendo, y los caucheros se apoderen de

(*) Iban ocho ó nueve caucheros perfectamente armados, y obrando con gran torpeza é imprudencia, habiendo encontrado una gran chacra de salvajes, quisieron entrar en la casa ó choza que había en ella. Es aquella tribu muy brava y belicosa: y los salvajes apenas sintieron el ruido extraño para ellos de los que venían, echaron mano á sus armas. Dió la casualidad que no había más que tres, pues los demás estaban ausentes. Sorprendidos por aquella visita tan inesperada, su primer impulso fué defenderse; pero viendo que eran más los caucheros, huyeron. Uno, sin embargo, que no tenía más que una macana de chonta trató de oponerse algo á que entrasen en la casa, y entonces ellos, no obstante estar muy bien armados y que nada tenían que temer á una miserable macana, se figuraron tal vez que el salvaje los iba á matar, y le atravesaron de un balazo. Al oír el disparo, uno de los que huían y que debía de ser valiente, se figuró sin duda lo que era, y volvió á defender ó vengar á su pariente trayendo tres lanzas de chonta: los caucheros que por el miedo que tenían creyeron tal vez que todo el ejército de Jerjes se les venía encima, le hicieron una descarga y cayó el infeliz atravesado por las balas. Todo fué obra del miedo, como yo se lo he dicho ahora cuando estuve allí: "Son ustedes unos cobardes: si no se sentían con valor para sostenerse y afrontar siquiera la vista de los salvajes, no debían haberse puesto en la ocasión; y después ¿para qué? para matar cobardemente á indios relativamente indefensos, porque ¿qué tienen que ver cuatro lanzas de chonta con los winchesters que pueden disparar doce y catorce tiros en dos minutos?"

A más de esto: ¿qué habéis sacado de esa expedición? Nada; pues el caucho que allí hay no pueden ustedes sacarlo so pena de tener siempre su vida en peligro: y por otra parte, ellos, al ver sus parientes muertos, se confirman más en la idea que tienen de que todo el que entra allí va solo á hacerles mal, con lo cual se aumenta su enojo y su ferocidad y se dificulta más y más el atraerlos."

chacra, casa y todo cuanto allí haya. Pero entonces el Sagrado Corazón de Jesús que dirigía este asunto lo dispuso de otra manera. Infundió á los peones de D. Juan Rodas serenidad suficiente para no dejarse dominar por el pánico, y aun para intentar hacer ver á los salvajes que venían de paz, para lo cual pusieron sus armas en tierra.

Los Avishiris por su parte, olvidándose de su natural ferocidad por esta vez, parece que entendieron el significado de poner las armas en tierra, é hicieron ellos otro tanto. Los caucheros que vieron esto, se animaron á avanzar un poco, y así se fueron aproximando hasta que llegaron al lugar en donde estaban los Avishiris. En seguida les dieron algunos regalillos que ellos admitieron de buena gana, y ya con estas prendas, que era el único lenguaje que podían usar entre ellos, quedó, en cuanto podía quedar, ajustada la paz. Permanecieron algunos días en aquellos bosques buscando caucho, sin que se hubieran alterado las buenas relaciones entre ellos; tanto, que Francisco Salazar hasta se quedó á dormir una noche en la choza de los salvajes.

Ahora considere V. R. con qué atención y con cuánto gusto oiría yo esta relación tan interesante cuanto inesperada de boca de Don Juan Rodas, cómo se me harían los dientes agua, y cómo al mismo tiempo que el Sr. Rodas me refería semejante hecho, estaría yo avergonzándome de que los caucheros me hubieran tomado la delantera; y formando mi resolución inquebrantable de ser el segundo, ya que por mis pecados no he sido el primero, en entrar por esta puerta hasta ahora cerrada á todo el mundo

Di gracias al Divino Corazón de Jesús porque al fin había oído mis súplicas sobre los infelices Avishiris, y desde luego comencé á tratar de la manera de ir á sus tierras, aunque no fuese más que para conocerlos y que ellos me conocieran. Pronto quedó resuelta la expedición. Como dije antes, concluido lo que había que hacer en San Javier, arreglé mi viaje y comenzamos á subir de nuevo por el río Napo. D. Juan Rodas quiso acompañarme hasta Lorocaparina con el deseo de entrar también á ver á los Avishiris. Subimos cuatro días desde la boca del río Curaray, y el sábado 13 de Febrero á eso de las siete de la mañana llegamos á Lorocaparina. Di gracias al Sagrado Corazón por habernos conducido hasta allá con felicidad, y encomendé á nuestra Madre Inmaculada el éxito de aquella expedición, pidiéndole que la enderezase á la mayor gloria y servicio de su Hijo Santísimo, y Capitán nuestro Jesús.

Aunque puede decirse que el terreno estaba ya preparado con la visita que á los Avishiris hicieron los peones de D. Juan Ro-

das, todavía la empresa no dejaba de ofrecer peligro, y siempre se jugaba un verdadero albur pues, por una parte habían pasado ya cinco meses de la visita de los referidos peones, y todos sabemos que en cinco meses un indio, y sobre todo un salvaje, muda mil veces de modo de pensar. Tampoco sabíamos si todavía estarían allí los mismos Avishiris, ó en su lugar estarían sus enemigos; porque ellos están en continua guerra unos con otros, y los que hoy son vencedores mañana son vencidos; y también ignorábamos cuál era el estado de su salud después de la visita de los peones caucheros; pues si desgraciadamente había habido entre ellos uno siquiera con catarro después de marcharse los dichos peones, estábamos perdidos; porque desde luego dirían que los caucheros les habían llevado la enfermedad; y así á nosotros nos recibirían con las lanzas.

Considerando todo esto yo no temía por mí, pues al cabo moría en mi oficio de misionero en el cual ya se sabe que la vida, ya por un motivo ya por otro, está siempre en tela de juicio: temía sí por el Sr. Rodas que, sólo por acompañarme, se metía en aquel berengenal abandonando sus negocios y exponiéndose á dejar viuda á su señora, y huérfano á su hijo. Pero yo tenía gran confianza en el Divino Corazón que nos había de favorecer, toda vez que aquello todo se hacía por su mayor gloria y por extender su reinado sobre la tierra: y por otra parte, el morir en manos de infieles, si no por extender la fe al menos con ocasión de propagarla, es una gracia demasiado grande para que un peate como yo sea capaz de disponerse siquiera á recibirla. Con que este asunto me tenía sin cuidado.

Sin embargo, aunque mi *prudenciómetro*, y valga la palabreja, no marca muchos grados, pues nunca me perdí de vista en achaque de precaución, tomé todas las que eran posibles en aquel caso, como por ejemplo, haciendo que viniesen con nosotros algunos de los peones caucheros que habían ido la primera vez, y entre ellos Francisco Salazar, tanto para que nos sirviesen de guías, como también para que si aun estaban allí los salvajes ya conocidos de ellos, nos recibiesen con menos reparo.

Nos pusimos, pues, de gran uniforme; saco blanco, valón y alpargatas, dejamos amarradas las canoas á la orilla de una pequeña cocha ó ensenada que forma allí el Napo, y comenzamos á caminar bosque adentro.

No le ocultaré á V. R. que tenía yo en aquellos momentos mi buena dosis de sobresalto; porque, la verdad, esto de verse por primera vez entre salvajes en su propio elemento, y con salvajes tan feroces como los avishiris, es cosa para quitar la gana de reir al más jovial: pero yo estaba resuelto á todo, y, como dije antes, tenía una confianza ilimitada en el Divino

Corazón; y sin ser profeta ni hijo de profeta, tenía cierto sentimiento de que todo había de salir á maravilla.

Dije que aquello era para quitar la gana de reir, y sin embargo tuve que reirme varias veces, pues bien sabe V. R. que siempre tengo risa atrasada, y así tengo que ir la colocando aún en las cosas más serias. El caso fué que D. Juan Rodas, sin duda con los años, se ha puesto más gordo de lo que él desearía, y como íbamos fuera de camino pues no le había, el pobre se cansaba mucho y tenía que ir despacio; y como al mismo tiempo veía que yo me adelantaba, todo era decirme: Padre V. R. anda muy de prisa; ó bien, Padre, yo me admiro de que V. R. conserve todavía tanta agilidad. Otra vez me dijo: los PP. de la Compañía todos, por lo general, andan mucho: sin duda desde el noviciado los acostumbran á andar. De modo que el pobre iba sólo preocupado con lo material de la marcha, con lo cual me daba á conocer que era mayor el sacrificio que hacía, sólo por acompañarme, y por esto se lo agradezco más.

Nada de particular ocurrió, en las dos primeras horas de marcha; pero al cabo de ellas topamos ya con una veredita de salvajes que V. R. puede figurarse cómo sería; vereda y de salvajes. Sin embargo, D. Juan Rodas que venía detrás, respiró al oír vereda: lo menos creyó que íbamos á entrar en la vía lactea; pero el pobre pronto volvió de su engaño, pues apenas comenzó á caminar por ella, y observó que la vereda se diferenciaba poco del bosque espeso, dijo muy serio: "entre arvejas y porotos todos sois vosotros"; el cual refrán me hizo no poca gracia.

De pronto la escena cambió por completo: encontramos ya pisadas de salvajes, y esto nos dió á conocer que los teníamos no muy lejos; y no bien nos habíamos repuesto de la sorpresa que naturalmente nos causaron las dichas pisadas, cuando encontramos un palo de leña encendido, señal inequívoca de que hacía muy poco que habían pasado por allí. Tomé el palo encendido y volví unos cuantos pasos para mostrarlo á D. Juan Rodas que venía detrás. Hablamos unos momentos conviniendo en que los Avishiris debían de estar muy cerca de nosotros, pero no creíamos que lo estuvieran tanto. Apenas me separé del Sr. Rodas, y caminé unos veinte pasos, me pareció ver por entre la espesura, y á pocos metros de distancia, el color cobrizo de la piel de un salvaje desnudo.

Lo que entonces pasó por mí no acertare á decirlo á V. R. El corazón me dió un vuelco, como se dice vulgarmente. En aquel momento sentí susto, sentí temor, sentí consuelo, sentí alegría y sentí vergüenza de ver una persona desnuda. Todos estos afectos se excitaron en mí casi simultáneamente de modo

que apenas me di cuenta de lo que pasó por mí. Di casi maquinalmente dos pasos más y me encuentro delante de dos indios que habiéndome visto ya, se habían detenido. Al verme, como era natural, su primer movimiento fué de sorpresa; pero esta duró poco, pues al verme sin armas fácilmente conocieron que nada tenían que temer, y enseguida renació en ellos la confianza. Nos acercamos mutuamente; enseguida llegó D. Juan Rodas con los demás, y ¡cosa verdaderamente prodigiosa y por la cual serán pocas todas las gracias que demos al Divino Corazón! aquellos salvajes que por primera vez en su vida veían una persona con barba, que es lo que á ellos más les llama la atención, se mostraron desde luego tan confiados, tan tranquilos, y, en cuanto era posible, tan afectuosos, que no podía menos de conocerse el influjo especial de la gracia que obraba en ellos.

¡Pero en qué estado se encontraban! En mi vida se me olvidará la impresión que experimenté cuando ya estuve cerca de ellos. ¡Pobrecitos! Eran hombre y mujer, ambos como de veinte y cinco á treinta años, de buena estatura y fisonomía: la cara redonda me recordaba el tipo asiático; pero en vez del color aceitunado, el cobrizo que con la añadidura del achote está casi siempre rojo. El hombre completamente desnudo; y la mujer, si no del todo, estaba tan mal cubierta que distaba mucho de aparecer siquiera medianamente honesta ¡Pobrecitos! ¡Y en semejante estado andaban allí entre nosotros sin experimentar ni el más leve asomo de pudor ni vergüenza! ¡Cuánto hubiera yo dado por tener en aquellos momentos ropa con que cubrirlos! ¡Cómo me acordaba entonces de tantos católicos que gastan cada año sumas considerables en sostener un lujo evidentemente culpable!

Ellos una vez convencidos de que no íbamos á hacerles mal alguno, nos manifestaron desde luego una confianza salvaje que no entiende de miramientos ni de consideraciones. Uno de los peones del Sr. Rodas llevaba en la mano un machete, y tan pronto como se lo vió el avishiri le echó mano declarándole buena presa: el peon, por no disgustarle se lo dejó. Ya se ve, los infelices están todavía en la edad de la piedra, como podrá ver V. R. por esa curiosa hacha que le remito; así que una hacha de hierro ó un machete es para ellos un tesoro. Yo llevaba á prevención en el bolsillo un paquete de anzuelos grandes, y les di cuantos quisieron: ¡con qué avidez los cojían! Con esto quedaron contentos.

¡Cuánta pena me daba no saber su lengua! Era imposible entenderse con ellos más que por señas. Ellos sin embargo hablaban mucho, pues eran vivos; pero nosotros nos quedábamos completamente en ayunas, y acabábamos por reírnos mutuamente.

Una vez hechos amigos, tratamos de pasar adelante; y del modo que pudimos les hicimos entender nuestro deseo de ir á su casa, á lo cual ellos no presentaron dificultad alguna. Pareció que ellos, cuando nos encontramos, iban á pescar á un riachuelo cercano; pero con nuestro encuentro la pesca de peces se convirtió en pesca de anzuelos con grande gusto de ellos.

Empezamos, pues, á caminar en dirección de su choza, y en seguida la mujer desapareció en la espesura del bosque, quedando el hombre con nosotros, en lo cual podrá V. R. conocer desde luego su sencillez y la completa confianza que le habíamos inspirado. La mujer, por lo que nosotros pudimos calcular, fué sin duda á avisar á los demás de la choza, y principalmente á esconder en el bosque inmediato sus armas, pues temían, y no sin fundamento, que á los peones caucheros se les antojasen. Dieron, sin embargo, algunas lanzas que remito para el R. P. Provincial. V. R. tendrá ocasión de admirar el trabajo y habilidad que eso supone, teniendo en cuenta que las han hecho con hachas de piedra, conchitas de los ríos y dientes de animales.

Debimos caminar todavía más de hora y media para llegar á la choza de los Avishiris, sirviéndonos de guía nuestro salvaje el cual se desempeñó de tal manera, que nada tendría que envidiar á la persona más atenta y mejor educada. Era cosa que nos tenía admirados tanto á D. Juan Rodas como á mí, y sobre lo cual quiero llamar la atención de V. R. El salvaje que, como dije antes, era vivo, al verme con barba larga, y observando al mismo tiempo que tanto D. Juan Rodas como los peones me guardaban ciertas consideraciones, pensó allá para sus adentros, y según sus ideas, que yo sería algún cacique ó cosa por el estilo y desde luego se puso á mi lado y se dedicó exclusivamente á atenderme.

Ya dije antes que el camino era como de salvajes, y excuso referir á V. R. la multitud de malos pasos, los puentes inverosímiles, los túneles, etc. que se encontrarían continuamente: pues bien, apenas llegábamos á un punto un poco cerrado, el indio cortaba con el machete las ramas que me podían impedir el paso: si era algún lodazal en que veía que yo me podía hundir, se adelantaba con mucha presteza, cortaba unos cuantos palos y los colocaba en el lodo formando un puentecito por donde pudiera pasar sin ó con menos dificultad; y si veía que todavía había algún peligro, pasaba él delante y me extendía el brazo para que me apoyase: cuando debíamos pasar algún arroyo, sobre piedras ó palos, él iba delante señalándome donde había de poner el pié para pisar con seguridad; en fin, era para dar gracias á Dios ver á un salvaje que, en materia de educación y buena crianza, podía dar lecciones á muchos que se llaman personas

cultas y civilizadas. Como he dicho, D. Juan Rodas y yo estábamos maravillados.

¡Pero qué puentes, Dios mío! El paso de uno de aquellos palos, marchando delante el salvaje desnudo y yo cogido de su brazo derecho, era un espectáculo por extremo peregrino. ¡Qué fotografía se ha perdido!

Por fin dimos vista á la chacra. Era un gran desmonte hecho en una loma bastante elevada, y en terreno relativamente seco. Parece mentira que sólo con hachas de piedra haya podido hacerse aquello. ¡Cuánto trabajo habrán empleado los infelices! Estaba sembrada de plátanos y yuca: también tenían alguna caña. En la parte central y más elevada de la chacra estaba situada la casa.

Era este un cuadrilongo como de cincuenta ó sesenta metros de largo y de cinco ó seis de ancho. Estaba dividida por un corredor ó pasadizo longitudinal en dos partes iguales á derecha é izquierda, que formaban como dos cuerpos de edificio, y éstos divididos también en varias habitaciones pequeñas que tenían su entrada por el corredor largo. En cada uno de dichos cuartos vive una familia que debe estar con bastante estrechez, pues son muy pequeños, y no tienen más luz que la que entra por la puerta, también muy baja, ó por las rendijas que dejan entre sí las cortezas de árboles que forman las paredes y tabiques de la casa. Esta resulta por consiguiente muy lóbrega y triste, y sólo la costumbre de vivir en ella, y no haber visto otra cosa la puede hacer agradable.

Su ajuar no puede ser más pobre y miserable: unas ollas de barro pequeñas y mal cocidas, sus hachas de piedra y sus lanzas. Como duermen colgados, tienen todos sus hamacas que hacen de chambira, que así llaman á una sustancia filamentosa que sacan de ciertas palmas. Esto es todo. Como ve V. R., la vida de estos pobres Avishiris no puede ser más miserable ¡Pobrecitos! Se me olvidaba decir que la casa por ambas extremidades termina en lo que por aquí llaman churo, que recordará V. R., es un cobertizo semicircular, el cual en las casas de los Avishiris llega hasta una media vara ó tres cuartas del suelo, y estas son las únicas entradas para la casa; de modo que el que quiera entrar tiene por fuerza que arrodillarse.

Este sistema de construcción obedece, según yo entiendo, á un pensamiento estratégico que, por cierto, révela que no son tontos. Como ellos están continuamente en guerra con sus vecinos, y temen ser atacados, han conocido la ventaja de construir sus casas de esa manera para defenderse mejor en caso de ataque; pues en primer lugar los enemigos para entrar en la casa necesitan, como dije antes, arrodillarse, y entonces son

atravesados fácilmente por las lanzas de los que están dentro; y en segundo lugar, como la casa está tan oscura, sucede que los que entran de fuera, en los primeros momentos no ven nada, y precisamente los que están dentro aprovechan estos momentos para arrojarles sus lanzas y matarlos á mansalva. Como ve V. R., el recurso no puede ser ni más fácil ni más eficaz y seguro. Pero volvamos á nuestra narración.

Apenas comenzamos á caminar por la chacra, ya vinieron á nuestro encuentro algunos Avishiris que habían recibido el aviso de la india. Venían sin armas y mostrando desde luego gran confianza, sobre todo para pedir anzuelos. Poco después llegamos á la choza, ó casa que ya tengo descrita. Al acercarnos á ella salieron varias mujeres y chicos á recibirnos. Yo buscaba la entrada de la casa, pero pronto me convencí de que no había otra que la abertura baja que dejaban los cobertizos de que ya he hablado.

Entre todas habría unas quince ó veinte personas, pues la mayor parte estaban ausentes en aquellos momentos. Todos tenían la misma traza que los dos primeros que dije: los hombres completamente, y las mujeres casi completamente desnudas. ¡Qué infelicidad! Todos tienen grandes agujeros en las orejas por donde se introducen dos carrizos bastante gruesos. Las mujeres llevan también perforado el labio inferior para ponerse un carrizo delgado, ó también una piedra larga y delgada que queda colgada por fuera, y por dentro, al abrir la boca, parece un segundo diente, y que produce un efecto verdaderamente raro.

A poco de llegar, la mujer que habíamos encontrado en el camino, y que por su porte parecía la más autorizada entre ellas, me ofreció un poco de chicha; á mí, la verdad, me dió asco de tomar aquello, y manifestándole todo el buen modo que pude, le signifiqué que no acostumbraba beber chicha; ella insistió, y yo volví á manifestarle que no la tomaba, lo cual conocí que le causó extrañeza con ciertos ribetes de disgusto. D. Juan Rodas tampoco quiso beber; pero los peones sí bebieron. Poco después un indio me trajo una hamaca hecha de ese hilo que aquí llamamos chambira, y que abunda mucho en todos aquellos bosques de la región media del Napo. Estaba teñida en rojo con achote. Tampoco se la admití, pues aunque no era cosa de paladar, yo quería hacerles ver que no iba allí á pedirles nada; sino por el contrario, á regalarles y á hacerles ver prácticamente el cariño que aun sin conocerles les tenía.

En seguida comenzó la distribución de anzuelos que era lo único que llevaba conmigo: y ya se figurará V. R. como se lanzarían á mí sin orden ni concierto, con esa avidez y ese

atolondramiento propio de indios: hombres, mujeres, niños, todos querían anzuelos; y cuanto más les daba más querían. Una muchacha me extendía la mano derecha en la cual le ponía un anzuelo; en seguida lo pasaba á la izquierda, y volvía á extenderme la derecha como si nada hubiese recibido: hízolo así varias veces, hasta que habiéndome extendido la mano otra vez, yo le indiqué su mano izquierda que ya estaba llena de anzuelos; con lo cual conoció que yo había entendido su juego; se sonrió y se marchó.

Son por extremo sencillos y dóciles: pero lo que más nos llamaba la atención era la confianza con que nos trataban; diríase que toda la vida nos habían conocido. Excuso decir á V. R. que me pasaban revista de arriba abajo: el sombrero, el famoso saco que ya conoce V. R., los botones, etc.; todo era una novedad para ellos. Pero no quiero dejar de decir una cosa particular que ocurrió en esto, para que pida más y más á N. Señor la conversión de los Avishiris.

Llevaba yo mi crucifijo colgado al cuello y sujeto á la correa con que acostumbro ceñirme la cintura: uno de los salvajes se fijó en él, me lo sacó de la correa y se quedó un rato mirándole. No puede imaginarse V. R. lo que yo sufriría en aquel momento por no poder hablarle y explicarle lo que aquello significaba. ¡Si tú supieras, le decía yo con mi pensamiento, si tú supieras, hijo mío, lo que es eso, si tú supieras que aquí está simbolizada tu redención, tu salvación y tu felicidad eterna: si tú supieras que ésta es la prueba más grande de amor que ha visto el mundo, y el motivo más poderoso que el hombre puede tener para amar y servir á quien tanto le amó. . . .! pero, como he dicho, yo no podía pasar de esto y de pedir con mucha instancia al Divino Corazón la conversión de esos pobrecitos, pues era imposible de todo punto entendernos.

A fin de tener conocimiento del significado de algunas de sus palabras y poder comparar con alguna lengua conocida, tomé un plátano y se lo presenté á un indio á ver como lo llamaba: una joven que vió esto, corrió hacia adentro y volvió en seguida con dos palos encendidos y un plátano, y se puso á asarlo delante de mí, creyendo sin duda que yo, al mostrarle el plátano, lo hacía por que quería comerlo.

Habiéndose concluido los anzuelos, y no teniendo ya nada que hacer allí, determinamos volvernos á nuestras canoas para seguir el viaje. ¡Cuánta pena me costaba dejarlos, y con cuánto gusto me hubiera quedado allí á pasar con ellos lo que me resta de vida para cristianizarlos y salvarlos! ¡Pobrecitos! ¡Qué habrá sido de ellos desde que me vine! Aquí estoy en Archidona, y no hay día que no vaya con mi pensamiento á aquellos

bosques. Ya me figuro verlos cogidos por los caucheros peruanos, y llevados para ser vendidos en el Marañón donde morirán todos en pocos meses. Para prevenir este crimen, en cuanto estaba á mi alcance, dejé allí escrito un cartelón en gruesas letras que decía: "Esta tribu está bajo la protección especial del Supremo Gobierno; y será castigado con las más severas penas cualquiera que los moleste ó de alguna manera los perjudique" También le encargué al Señor Rodas que tan luego como sepa algún desmán cometido contra ellos, me haga un posta para ir yo mismo á Quito á quejarme al Supremo Gobierno.

Cuando tratamos ya de dar la vuelta para embarcarnos, les dijimos que vinieran con nosotros hasta las canoas donde teníamos otras cosillas que darles, y en efecto nos acompañaron de muy buena gana. Al llegar á las canoas les dimos cuanto teníamos: machetes, cuchillos, espejos, más anzuelos de varios tamaños, chaquirá de varios colores, etc; sin embargo, no quedaron del todo contentos porque no les dábamos hachas que es lo que más necesitan; pero no las teníamos, lo cual yo sentí muchísimo; pero les dí á entender que otra vez que viniera les había de traer hachas y ropa con lo cual se quedaron consolados, y en seguida, mirando y remirando las cosillas que tan á poca costa habían conseguido, uno tras otro empezaron á desfilar, y pronto desaparecieron en la espesura. ¡Con cuánta pena los ví marchar! Dos palabras más sobre estos salvajes.

Cuando D. Juan Rodas me refirió en S. Javier la expedición de sus peones caucheros á Lorocaparina, me dijo que los referidos salvajes eran desconocidos y que no sabía á que raza ó tribu pudieran pertenecer; pero después de haberlos visto, ha convenido conmigo en que son los Avishiris; 1º porque Antonia que es Avishiri legítima tiene el mismo tipo; y 2º porque ellos, al oírnos la palabra Avishiri, nos miraban, lo cual indica que es voz conocida de ellos: además ellos mismos se llaman Avishiris. Queda la dificultad fundada en la ferocidad proverbial de esta raza; pero esta dificultad desaparece diciendo que entre los Avishiris hay tribus feroces y tribus mansas, de las cuales las primeras persiguen á las segundas.

Ejemplo de esto tenemos en esa misma tribu que hemos visitado. Ellos, señalando hacia el S. O., nos dieron á entender con muchos gestos acompañados de suspiros y lamentos que de esa parte venían otros Avishiris á matarlos; y con esa prolijidad material propia de salvajes nos indicaban cómo les clavaban las lanzas en el pecho. Todo lo cual manifiesta claramente, que de los mismos Avishiris unos son mansos y otros bravos. Sus casas ó chozas son enteramente iguales; únicamente advierto diferencia en sus armas, como V. R. podrá advertirlo en esas que le

he remitido. Esas dos lanzas más largas son de los bravos: las otras más cortas y puntiagudas son de los mansos. A más de esto, el terreno en que viven, pues toda la zona comprendida entre el río Yasuní y los Ycahuates se ha considerado siempre habitada exclusivamente por los Avishiris; y los salvajes que hemos visitado están precisamente en el centro de esa zona. Esto no obstante, espero tener con el tiempo datos más positivos y seguros.

Al separarnos de la orilla del Lotocaparina fuimos á una gran isla de arena que hay en frente, en medio del río Napo. Allí pasamos la noche. Al día siguiente, domingo, muy mañana, dije Misa en la playa, sirviéndome de altar un cajón sobre cuatro remos ó canaletes clavados en la arena. Después de la Misa nos despedimos, agradeciéndole, como debía, á D. Juan Rodas su buena compañía. Nos separamos pues, bajando él para su casa de S. Javier, y subiendo yo por espacio de siete días, en los cuales nada digno de mencionarse ocurrió, hasta el Tiputini, afluente del Napo por la derecha.

Poco más abajo de la boca de este río Tiputini se ha establecido Don Delfín Panduro, cuñado del Sr. Rodas, quien, con sus peones caucheros, ha formado una especie de pueblecito llamado "La Fortaleza". Allí me detuve ocho días para misionarlos, como lo había hecho en S. Javier. Tuve el consuelo de catequizar y bautizar varias familias pertenecientes á la antigua tribu de los Angoteros, que habitaban en la orilla izquierda del Napo, y que hoy está casi aniquilada.

Concluída la misión de la Fortaleza me embarqué con mis cuatro indios, y subimos hacia el Coca donde llegamos sin novedad en sólo siete días. En otra canoa tripulada por otros cuatro indios venían Zoila, la rescatada abajo cerca del río Mazán, las dos chiquitas hijas del desgraciado Mister Parker, asesinado en la boca del río Aguarico, y además una indiecita de la tribu llamada vulgarmente "Orejones" del citado Aguarico. Todas venían para educarse en la casa de las MM. del Buen Pastor de Archidona. En el sitio que fué la Coca me detuve en casa de Don Javier Morán á bautizar una hija suya recién nacida, y otros dos que vinieron de la banda malamente llamada de Colombia.

Desde el Coca al Napo empleamos cinco días y medio en esta forma: al Suno poco más de medio día; del Suno á Sta. Rosa casi tres días; al Ahuano un día y al Napo un día y dos horas. Llegamos en Domingo, como á las siete de la mañana, teniendo el gusto de encontrar allí al P. Pérez. Dije Misa, y pasé el día con él. Al día siguiente muy de mañana salimos para el Tena, donde se quedó el P. Pérez, siguiéndome yo para Archidona, donde llegué como á las tres de la tarde sin novedad.

Resumen. Como ve V. R., si debemos mostrarnos agradecidos á Dios N. S. por los beneficios que continuamente á manos llenas derrama sobre nosotros, es evidente que le debemos un agradecimiento especial por los muchos que en esta expedición se ha dignado concederme. Me ha llevado y me ha traído con felicidad: me ha dado ocasión para poner muchas almas en camino de salvación, saliendo unas del estado de pecado en que vivían, instruyéndose otros en las verdades eternas y en sus deberes de cristianos que, ó desconocían por completo ó tenían olvidados, y cobrando todos alguna estimación de la vida cristiana y de la práctica de los sacramentos. Ha habido 136 bautismos, 185 confirmaciones, 57 matrimonios, más de 200 confesiones, pláticas doctrinales, etc. He podido ver por mí mismo las tropelías é injusticias que se cometen en toda esa región con los infelices indígenas ecuatorianos, y avisar en seguida al Supremo Gobierno, para que, viendo lo que exige el decoro nacional maltratado en sus súbditos, provea á su pronto y eficaz remedio. Se han rescatado estas pobres criaturas librándolas de una perdición segura, y poniéndolas en casa de las MM. del Buen Pastor, donde reciben una educación sólidamente cristiana. Se ha rectificado, en cuanto ha sido posible, el plano del río Napo, para lo cual he ido, durante once días con la brújula delante, delineando la multitud de vueltas y revueltas que forma en su caprichoso curso. Sin embargo, no estoy satisfecho en esta materia, pues creo que todavía hay que rectificar; porque no es tan fácil como parece orientarse en estas espesuras. Finalmente (y esto es lo más importante, bastando ello sólo para ser fecundísima en grandes resultados esta expedición), me he puesto en contacto inmediato con los salvajes Avishiris, quedando ya, gracias al Señor, abierta la puerta que conduce á ellos y que por espacio de casi dos siglos ha estado cerrada á la fé y la civilización. Pero como digo, sólo está abierta la puerta, hay que entrar y establecerse entre ellos, y este establecimiento, según entiendo, debe costar sangre: pues parece que la del P. Suárez no bastó, para fecundizar tierra tan árida. Así que, la estación que se funde allí, se llamará "la estación de los misioneros sin miedo", porque es necesario que se familiaricen con la muerte y se acostumbren á verla cara á cara todos los días.

Réstame ahora solamente suplicar á V. R. que, así como se dignó consagrar al Divino Corazón de Jesús este Vicariato, cuando estuvo aquí en noviembre del pasado año, que también ahora ofrecerle los resultados de esta expedición, á fin de que todo redunde en su mayor gloria, alabanza y servicio.

De V. R. afectísimo é ínfimo siervo en Jesús y María.

GASPAR TOVIA S. J.

INDICE.

	PÁGS.
INTRODUCCIÓN	3
I. DE QUITO Á ARCHIDONA.—Paso de la cordillera oriental.—Últimos pueblos de la provincia del Pichincha	5
Á ORILLAS DEL COZANGA.....	10
DE LA CORDILLERA DE HUACAMAYOS Á ARCHIDONA..	14
II. LA ANTIGUA PROVINCIA DE LOS QUIJOS.—Idea general, según informes oficiales primitivos.....	16
LA ANTIGUA DOCTRINA DE ARCHIDONA.....	20
EL RÍO NAPO ANEXADO Á LA GOBERNACIÓN DE LOS QUIJOS	22
III. DE ARCHIDONA Á LA COCA.—De la capital de la provincia de oriente.....	24
DEL COCA AL AMAZONAS.....	33
PROVINCIA DE LORETO.....	36
IV. LAS MISIONES.—Desde 1868 hasta 1875.....	39
DESDE 1875 Á 1892.....	41
RENTAS DE LA MISIÓN.....	42
V. OBSERVACIONES GENERALES.....	44
EXCURSIÓN HASTA EL MAZÁN.—Carta del R. P. Gaspar Tovía, Vicario Apostólico del Napo, al R. P. Superior de la misión ecuatoriana.....	49